

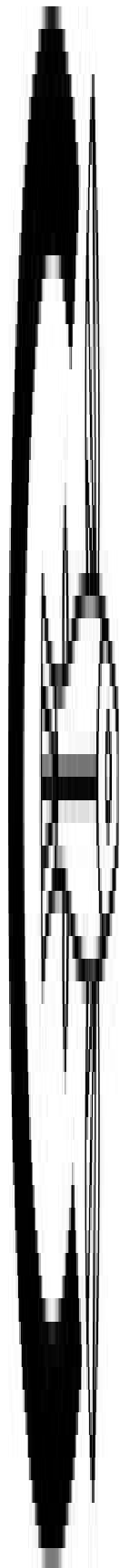
ALEJANDRA DÍAZ

# EL LIBRETO



# **EL LIBRETO**

Alejandra Díaz



## **El libreto**

Primera edición: 2021

ISBN: 9788418500220

ISBN eBook: 9788418500756

© del texto:

Alejandra Díaz

© del diseño de esta edición:

Penguin Random House Grupo Editorial

(Caligrama, 2021

[www.caligramaeditorial.com](http://www.caligramaeditorial.com)

[info@caligramaeditorial.com](mailto:info@caligramaeditorial.com))

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a [info@caligramaeditorial.com](mailto:info@caligramaeditorial.com) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Álvaro, quien vive, ama y comparte sueños conmigo.*

*A mis hijas, que son todo.*

*A los niños, que completan la dicha.*

*A mis padres, que siempre han estado.*

*Para el que ha buscado, para el que se ha encontrado a sí mismo, para el que ha logrado amarse  
como a ningún otro.*

# Prólogo

El 18 de julio de 1936, mientras el general Francisco Franco llegaba desde Canarias para tomar el control del ejército del Protectorado y Santiago Casares Quiroga, incapaz de contener la rebelión ya generalizada, dimitía de su cargo de presidente del Gobierno, Hilda Valladares abrazaba su abultado vientre y le pedía al ser que habitaba en su interior que se mantuviese en silencio y tranquilo durante esta ola amenazante; el mismo silencio que ella mantendría meses más tarde, cuando se llevaran a su propio padre delante de sus narices... Nunca más supo de él.

A la mañana siguiente, entre el horror y el desconcierto, y con la adrenalina en descenso a causa del agotamiento y el hambre, Hilda sintió la oleada de oxitocina que su cuerpo gravídico necesitaba liberar. Ayudada por su madre, doña Lucía, y por una comadrona de manos grandes y fuertes, apodada doña Cata, que residía en su mismo barrio de la sacudida ciudad de Madrid, dio a luz con dolor y desesperación mientras España se quebraba para siempre.

Juan Domínguez Albornoz fue uno de los pocos hombres que no estaba en el frente. El trabajo de parto de su mujer lo mantuvo a salvo. Quería salir y defender su pensamiento y sus ideales republicanos. Las calles militarizadas y el ambiente de rebelión exaltaban su espíritu, pero cuando vio al recién nacido y sintió la esperanza del llanto energético de este nuevo ser que dependía de él, decidió que haría lo que fuese necesario para protegerlo de cualquier destino infantil indigno. Sin embargo, esto no se concretaría hasta trece meses después en Alicante, cuando tuvo la oportunidad de embarcar con destino a Argentina gracias a los contactos políticos de doña Lucía.

—¡Las oportunidades se presentan para tomarlas! —les comentó depositando sobre la desgastada mesa de la cocina los papeles que harían posible el viaje hacia América del Sur.

—¡Tengo miedo, madre!

—Hilda, vais a estar bien o, al menos, mejor que acá. ¡Eso os lo aseguro! —la calmó mientras la rodeaba con sus rollizos brazos.

—¡Si vinieses con nosotros...! —sollozó Hilda con un nudo en la garganta.

—Una madre nunca abandona a un hijo. Tu hermano no va a descansar hasta saber el paradero de vuestro padre —agregó doña Lucía a la par que le daba palmaditas en la espalda a su acongojada hija.

Las dudas y las preguntas merodearon por los sueños de Hilda. Los meses previos a iniciar la travesía fueron de incertidumbre, pero intuía que esa guerra civil anticiparía un cataclismo mundial y ello le pesaba aún más y alteraba su descanso. No quería dejar a su madre, pero la familia que estaba formando merecía una oportunidad para sobrevivir.

—Nos iremos a México. Es la alternativa más sensata en estos momentos. Es el único país que tiene una institución organizada para los españoles —manifestó Hilda.

—Si vamos a emigrar, prefiero que sea a la Argentina —rebatía Juan—. Es un país que ofrece un mayor potencial para mentes inquietas como la mía.

—Pero Argentina no recibe republicanos. Ellos simpatizan con el régimen franquista —discrepó ella, intentando calmar los nervios que la aquejaban desde hacía varios días.

—Los lazos intelectuales de este país de Sudamérica podrían acallar verbalmente mi espíritu para salvar a la familia que llevo —aseguró él para convencerla.

Fue así como los Domínguez Valladares partieron rumbo a América con su hijo Enrique, de tan solo dos años, bien sujeto a su espalda; y lo que en principio era un objetivo ansiado y desesperado se transformó en un sentimiento de angustia y desolación.

La travesía por mar duró veintiséis días y finalizó en el puerto de Buenos Aires. Viajaron con otras familias de españoles que lograron convertirse en la suya propia. Junto con ellos formaron una comunidad de refugiados de la guerra, con contactos que daban apoyo necesario para poder asentarse en las mejores condiciones posibles. A través de estas redes Juan consiguió su primer trabajo. Gracias a sus estudios y a sus conocimientos en el área de la filosofía, ocupó un cargo como asistente de catedrático en la Universidad Estatal de Buenos Aires.

El trabajo completaba la mente de Juan, pero la remuneración era insuficiente para mantener a una familia que anunciaba su crecimiento. Poco tiempo después se enteró de que en el país vecino existían tierras a la venta que poseían las condiciones necesarias para ser cultivadas; de buena calidad y a un precio mínimo. Todo ello con el objetivo de tratar de poblar ese país tan aislado.

—¿Dónde queda Chile? —preguntó Hilda, desconcertada. Los meses de adaptación habían sido un sufrimiento para ella, así que el simple hecho de pensar en la posibilidad de moverse otra vez la descolocó.

—Estamos cerca y la travesía será corta —le aseguró Juan, intentando calmarla.

La personalidad soñadora de este español le otorgaba audacia de sobra para conseguir cualquier objetivo propuesto. Hilda, por el contrario, era una mujer terrenal a la que las situaciones de riesgo o ambivalencia le provocaban ansiedad.

—No estoy segura —titubeó, y se llevó ambas manos a la cabeza a la vez que cerraba sus pequeños ojos color miel—. Aquí ya tenemos un trabajo estable.

—¡Pero tendremos nuestras propias tierras, Hilda! —soltó él, exasperado. Después se acercó a paso lento a la ventana y miró a través del cristal. Pudo observar la suciedad y la inmundicia que presidían las calles de aquel barrio. Luego de un instante, agregó—: Tendríamos la posibilidad de criar a nuestros hijos en un lugar que fuese nuestro... Podríamos construir un hogar para ellos.

—¡Nuestro hogar lo perdimos para siempre al dejar España! —expresó ella, que ya había perdido bastante.

Días después, con otras dos familias, partieron rumbo a aquel país ubicado al final del mapa. Con los contactos adecuados, adquirieron las visas chilenas requeridas. Aún resonaban en su mente las recomendaciones de doña Lucía sobre la importancia de llevar efectivo para comprar tierras y poder trabajarlas ellos mismos. Ese fue el argumento que utilizó Juan a su favor para convencer a su mujer.

La travesía duró dos semanas. Lo más difícil fue cruzar la cordillera de los Andes. El frío se calaba en los huesos a través de los fierros del ferrocarril y Juan temió por la vida de su hijo y del pequeño que crecía en el vientre de Hilda; los abrazó y rezó para que pudiesen mantenerse a salvo. Y en ese momento desesperado decidió que, si sobrevivían, lo único que haría en esta vida sería ser feliz.



Chile les otorgó todo lo que esperaban al dejar España. Las veinte hectáreas en el sur fueron más que suficientes para vivir de todas las bondades que proporcionaba la tierra y mantener a esa gran familia. Pero lo que este país no pudo lograr fue borrar el resentimiento y el rencor en la mente de Hilda. Ella era una mujer menuda, de contextura media y personalidad fuerte, con facciones marcadas por los gestos expresivos de su rostro. Con solo veintidós años sus ojos revelaban más historias de las que ella hubiese deseado. A esas alturas había perdido a su padre y a su único hermano, de tan solo dieciséis años. A este último lo detuvieron mientras buscaba información sobre el desaparecido progenitor y lo fusilaron en el norte de España.

—¡Dime que mi hermano no está muerto! —le gritó a Juan con la carta, arrugada, todavía en las manos—. ¡Era solo un niño!

El pensamiento constante de la vida olvidada hacía que la energía ya no le alcanzara, así que a los veintisiete años se le notaba la labilidad y el peso del sufrimiento en las líneas de expresión que surcaban su cara. Años más tarde, la llegada de una segunda carta, esta anunciando la muerte de doña Lucía, la única persona que le quedaba en España, acabó por resquebrajarle el alma. Rezó en silencio a los pies de su cama de fierro y maldijo el instante en el que abandonó a los que más quería. Odió la España mutilada que la separó de los suyos y la obligó a dejar sus sueños por la imposición de los otros. Entonces tomó la determinación de que nunca más hablaría de sus raíces, y mucho menos de la guerra.

Hilda cerró el libro de su pasado porque no podía vivir el presente con dolor. Se resignó a la suerte y al destino impuesto y envejeció a una velocidad acelerada: primero de espíritu, pues perdió las ganas de seguir, y luego físicamente. Su cuerpo parecía el de una mujer senil. Ni todas las palabras románticas de Juan ni los besos efusivos y pegajosos de sus hijos pudieron retenerla en esta tierra que no quería. Anhelaba lo perdido y, sin angustia alguna, un día dejó de respirar. A los cuarenta y dos años abandonó este mundo y aquel país americano y dejó a un esposo destrozado y nueve hijos.

La vida de Juan Domínguez Albornoz corrió distinta suerte. En España vivían sus padres y sus dos hermanas menores, Inés y Rosario, quienes tenían doce y seis años, respectivamente, al momento que este había emigrado. Habían sobrevivido a la guerra y a la dictadura. Pese a ello, el rostro de Juan nunca pudo borrar las huellas del llanto por los que se habían quedado en su tierra natal. Para alejar de su mente los pensamientos del recuerdo de sus seres queridos, trabajó la tierra en Chile como si siempre lo hubiese hecho; esta fue en el sustento de su descendencia.

Su hijo, Enrique Domínguez Valladares, creció siendo un niño feliz, como anhelaba su padre. Aunque había nacido en España, dejó este país en el pasado. No había nada que recordar, pues toda su vida había transcurrido en Chile. Aquí había aprendido a leer y a escribir gracias a su madre, doña Hilda, porque la escolaridad era un lujo que no podían permitirse. Sin embargo, ayudó a sus hermanos menores a ir a la escuela y aprendió de ellos. Leyó todos los libros que estuvieron a su alcance, se relacionó con la gente más influyente de la época y se convirtió en uno de los hombres más apuestos y refinados, con un gusto innato por el arte.

Se había casado con Matilde de la Fuente, una chilena proveniente de una familia conservadora y acomodada, con quien tuvo cuatro hijos. El mayor se llamaba Fernando. Matilde era una mujer de descendencia alemana, cuyos antepasados también habían llegado al país en un afán colonizador. Era robusta, con el cabello dorado, y tenía hermosas y delicadas facciones.

Enrique y Matilde fueron un matrimonio pleno y dichoso; tanto es así que el día que Enrique abandonó este mundo Matilde decidió que no aceptaría que la muerte los separase y, simplemente, dejó de comer. Intentaron alimentarla de mil maneras, con caldo de avena, sustancia de cogote de gallo y compota con harina tostada, pero ella solo quería morir. Era demasiado católica para hacer una autólisis directa, así que dejó que su cuerpo se apagase despacio por la inanición. Treinta y cinco días después y en soledad acompañó para siempre a su español inmigrante.

Felipe Domínguez Abarzúa, cuarto en la línea sucesoria, afloró con su espíritu inquieto y artístico y quiso recuperar el pasado español de su linaje.

—¡Recuperemos la nacionalidad española, papá!

—¿Para qué la quieres? No tenemos nada allá —afirmó Fernando, convencido de que aquel esfuerzo no acarrearía ningún beneficio.

—Me gustaría irme a vivir a Europa —explicó.

Pese a los esfuerzos de ultratumba de Hilda Valladares, los genes no se pueden cubrir con tierra y el instinto por subsistir de las generaciones futuras dibujó la historia. De este modo, las búsquedas y los recuerdos borrados salieron de nuevo a la luz y lograron descifrar lentamente el árbol cortado, sus enlaces y su descendencia. Fue así como Sara se enteró de que la hermana de su bisabuelo Juan, Rosario Domínguez Albornoz, estaba viva... y residía en Madrid.

**PRIMERA PARTE**  
**CAMBIO DE RUTA**

«Y a veces me he guardado mis sentimientos, porque no pude encontrar un lenguaje para describirlos».

JANE AUSTEN

# Capítulo 1

La fría tarde del 24 de mayo de 1978, en las afueras de Santiago de Chile, Victoria Abarzúa daba a luz en la carrocería de una camioneta. Este era su tercer embarazo y la ola de adrenalina que sintió al confirmar la infidelidad de Fernando Domínguez había iniciado el trabajo de parto. Acababa de asumir que el castillo de naipes que había creado se desmoronaba y las cartas quedaban descubiertas.

Fue una sola contracción, larga y potente, que endureció completamente su vientre e hizo visible la red marcada de estrías y venas tras la delgada y clara capa de piel. Se dobló a causa del dolor y cayó de rodillas sobre el suelo de madera de aquel oscuro despacho. Se tocó el abdomen con las manos y notó cómo cedía la intensidad. Después cogió aire con fuerza y, con las piernas entreabiertas y en la posición que la obligaba a adoptar su abultado cuerpo gravídico, observó con horror que se deslizaba por ellas un hilo líquido, cálido y transparente que asomaba por debajo de su floreado vestido. El tiempo de espera había terminado.

—¡Fernando! —gritó con la voz desgarradora cuando sintió la segunda contracción.

No pudo mantenerse sentada. La necesidad de dejar que la naturaleza siguiera su curso se hacía imperiosa. Por esta razón improvisó una camilla de mantas en la parte trasera de aquella vieja camioneta para poder recostarse. Luego rezó entre lamentos y sollozos, con toda la fe que profesaba desde muchos años atrás. Y se armó de coraje para evitar como fuese el fatídico desenlace que acarrearía su escape. Quiso retenerla dentro de sí, intentó respirar lento y pausado, pero cada contracción traía consigo el deseo inevitable de pujar. Con la mano derecha bloqueó la única salida que tenía ese ser que residía dentro de ella y sintió la humedad cálida en la ropa interior. En un acto reflejo, retiró la prenda mojada para anticiparse a la fatiga que estaba por venir.

Sin poder asumir lo que ocurría, y con más susto que dolor, tocó la cabeza de su hija, suave y moldeable, que asomaba por entre el canal del parto. Guiada por el instinto, la cogió con la punta de los dedos y la giró en el sentido contrario a las agujas del reloj hasta lograr el encaje perfecto... Después pudo sentir que salía, como si fuera jabón deslizándose.

La vio sobre las mantas. Bocarriba, pequeña y frágil, con los ojos cerrados y sin intención de respirar, como si ella no se hubiese dado cuenta de que había nacido. El frío de la tarde le robó el calor a la recién nacida y Victoria distinguió que el vapor de su pequeño cuerpo se elevaba hacia el techo de lata. En ese momento pensó que moriría.

—¡Ayuda! —gritó con desesperación, aun sabiendo que sería un llamado de auxilio perdido y que absolutamente nadie podría ayudarla.

Cuando fue consciente de ello, levantó rápido a esa criatura blanda y mojada y la cobijó debajo de sus ropas; solo asomaba la cabecita por el cuello de su vestimenta. Después la apretó fuerte y comenzó a frotar su cuerpo con las manos para darle calor. Segundos más tarde oyó el sutil suspiro de la vida, un quejido que procedía de su hija, y reforzó el abrazo. Luego vino el llanto, débil pero suficiente como

para traerla de vuelta. El color de la piel del bebé estaba cambiando y los labios azules se tornaron lentamente en rosados; sus manos y sus diminutos pies comenzaron a moverse con suavidad bajo la ropa de Victoria y el latido rítmico y vigoroso del corazón de la pequeña se convirtió en el galope necesario para afianzarse a la vida.

Su madre la observó con detención. El vaivén de la camioneta y el silencio posterior al parto devolvieron poco a poco la quietud a la tarde. Si lo comparaba con sus dos embarazos anteriores, ambos de varones grandes y fornidos, el desenlace de este se produjo de forma sorpresiva e inminente, pues la pequeña solo contaba con veintinueve semanas de gestación. La niña no pesaba más de dos kilos.

Victoria la esperaba con ansia, porque la había conocido desde mucho antes de que fuera gestada. La vio por primera vez durante la adolescencia, cuando empezó a sentirla en sus sueños. A veces trataba de despertarse para ver si alcanzaba a distinguir su rostro. Quería atraparla, solo por curiosidad, sin un atisbo de miedo. Con los años llegaron las preocupaciones propias de la edad adulta y sus sueños se fueron haciendo más complejos, hasta el punto de olvidar la existencia de ese ser inquieto. No fue hasta este embarazo que volvió a verla. La reconoció de inmediato. Aquella silueta delgada y estilizada que, traviesamente, le tocaba el rostro para despertarla. Sabía que era una niña; tal vez un espíritu olvidado en la tierra de los vivos que buscaba su alma gemela, decidida a tomarse todo el tiempo necesario hasta que llegara el momento adecuado para nacer de nuevo.

—Te estaba esperando, Sara —le susurró Victoria en sus orejitas, pequeñas y cubiertas todavía de unto y líquido amniótico.

## Capítulo 2

Tras el nacimiento de Sara, la familia tomó la decisión de mudarse al sur de Chile. El cataclismo que siguió la revelación de las andanzas de Fernando Domínguez —al develar las cartas escondidas en el despacho— trastocó la cordura de Victoria, quien no más de un día después de retornar del hospital, y sin otorgar ningún tipo de comunicado, se dispuso a embalar.

—¿Qué haces, mujer? ¿Acaso has enloquecido? —preguntó Fernando mientras dejaba el sombrero en el perchero del pasillo y observaba el desastre que tenía montado su esposa, que se encontraba arrodillada entre cajas y copas a medio envolver.

—¡Nos vamos al sur! —afirmó sin mirarlo. Tampoco dejó la labor que la mantenía tan concentrada.

Quiso escupirle a la cara el dolor que sentía por su traición, pero algo la contuvo y la impulsó a guardar el secreto. Decidió no exponerle a su esposo la razón de su decisión para evitar empujarlo a que este la abandonase.

Fernando no contestó. Se despojó lentamente de la mojada chaqueta de cotelón azul que llevaba puesta y la depositó sobre una silla cerca del fuego de la chimenea. Luego se sentó en ella y procedió a retirarse las sucias botas de goma. Su rostro dibujó una mueca de desagrado cuando se dio cuenta de la estela de barro que había dejado en el brillante piso de madera.

—Agradezco tu silencio, Fernando. Yo también tengo algunas cosas de las cuales prefiero no hablar —aseguró, esta vez poniéndose de pie y mirándolo fijamente a los ojos. No pudo evitar sentir el nerviosismo que le provocaba su presencia. Fernando generaba en ella una sensación de encantamiento, como el día que se conocieron. Sus ojazos de color café no envejecían con los años y el peculiar y ancho bigote italianizado hacía que se sintiera vulnerable. Se arrepintió de llevar puesto aquel vestido ancho con manga englobada que cubría su cuerpo hasta los tobillos y que tan buena elección le había parecido esa mañana frente al espejo. De pronto se sintió fea, pero no perdió su entereza, y en un intento disimulado por mejorar su apariencia, se despejó los mechones ondulados de su delicado rostro y se los recogió detrás de la oreja. Acto seguido, sin pestañear, agregó—: El despacho... puedes embalarlo tú.

Así fue como los Domínguez Abarzúa, con un camión y medio cargado de muebles antiguos, varios de ellos databan del siglo XVIII —parte de la preciada colección de Victoria—, se trasladaron a poblar la región de Los Lagos, en la localidad de Puerto Varas. Aquellas tierras eran un legado que Fernando había heredado unos años atrás. Allí construyeron una casa de madera nativa en las afueras del pueblo. De estilo colonial, con terrazas y balcones que rodeaban el primer piso, enmarcada por un bosque frondoso e infinitas praderas que permitían que el paisaje deslumbrara a primera vista.

Sara creció en aquel lugar y desde niña se encargó de demostrar su agudeza mental. La creatividad fue un don heredado de los Domínguez; de este modo, era habitual verla bajo algún frondoso árbol de la finca mientras plasmaba con una pluma el torbellino de ideas que surcaba su mente. Solía pensar en

silencio, y de tanto imaginar, confundía la realidad de las cosas y la noción del tiempo. Cuando ello ocurría, era capaz de olvidarlo todo.

—¿Y tu abrigo, Sara? —quiso saber un día doña Victoria. Percibía la mirada fija y el ceño fruncido del progenitor, exasperado.

—¿Lo llevé al colegio? —preguntó titubeante a la par que buscaba en su frágil memoria la imagen de aquella prenda que no recordaba para nada.

—¡Por supuesto que lo llevaste al colegio! Lo tenías puesto esta mañana.

—Tal vez... lo perdí —añadió la niña esquivando la mirada, que clavó en el suelo. Había soltado un suspiro acongojado; estaba dispuesta a asumir la culpa.

—¡Es el tercer abrigo que te compramos este año! Intenta cuidar tus cosas, hija, por Dios —le suplicó su madre, a sabiendas de que la mente despistada de Sara sería un mal sin cura que la acompañaría de por vida.

La delgadez de Sara —de la niña Sara, como la llamaba su abuela— atraía las miradas de los curiosos y el interés de los propios médicos. Los jarabes para el apetito y las vitaminas invernales fueron sus grandes compañeros durante la etapa de crecimiento, sin que nada cambiase la estructura y el aura enfermiza que la rodeaba. Por esta razón, destacaban sus grandes ojos hundidos de color negro azabache, que quedaban enmarcados por un pelo castaño que solía llevar recogido en dos trenzas.

A los cinco años sufrió su primera crisis asmática. Al principio tenía la sensación de que el aire que aspiraba se quedaba dentro de ella, presionándole el pecho y anunciando que aquel espacio pequeño tarde o temprano se acabaría llenando. Entonces se detuvo bruscamente, dejó de correr sobre el pasto húmedo. Se dobló y apoyó las manos en los muslos delgados. Trató de mantener la calma, respirando despacio y con la boca abierta. No sirvió para nada. De pronto, sintió un espasmo, que se incrementaba poco a poco, y un sonido agudo acompañaba cada espiración. Era como si estuviera ahogándose bajo tierra; como si en lugar de aire liviano, dentro de los pulmones tuviera piedras duras y rígidas. Era imposible que los dos órganos esponjosos pudieran soportar ese peso. El quiebre parecía inminente.

—¡Sara! —se oyó a lo lejos la voz angustiada de doña Victoria.

Horas más tarde despertó en la oscura sala de urgencias de un hospital público. La máscara de oxígeno, el goteo del suero y el olor a penicilina le indicaron que no padecía una enfermedad banal. Debía acostumbrarse, porque tenía el presentimiento de que la acompañaría el resto de su vida.

Nunca estuvo segura de que su enfermedad estuviera provocada por el polvo y los gatos, tal como le había explicado a doña Victoria el doctor Fernández, la máxima eminencia en pediatría, cuyos diagnósticos y tratamientos eran cumplidos al pie de la letra por sus pacientes como si hubiesen sido escritos por los mismísimos apóstoles.

—¡La niña tendrá que usar este inhalador toda la vida, doña Victoria! —exclamó el facultativo, haciendo que aquello sonara como una condena perpetua.

—Doctor, también me falta el aire cuando me asusto —comentó Sara con timidez. Tenía los ojos fijos en el único botón encajado de aquel ajustado y, evidentemente, pequeño delantal blanco; botón que amenazaba con desprenderse debido al voluptuoso abdomen del erudito.

—El susto no hace que te falte el aire. Es el polvo —insistió este con una mirada de autoridad.

Sara vivió durante su infancia y adolescencia con su abuela materna, doña Carmen de Abarzúa, y



junto a ella, creció entre ollas y condimentos, entre el fuego y la masa leudando. Con el paso del tiempo aprendió a distinguir desde la cerca de la casa cómo estaba su abuela, feliz o angustiada, solo por el aroma del alimento que esta había preparado. Y para la anciana, el único propósito en la vida era hacer subir de peso a esa chiquilla enclenque. Le daba a diario leche de vaca, pan amasado y huevos revueltos, intentando fehacientemente hacer que su nieta recuperase los dos kilos menos que le quitaron al nacer. Cuando Sara fue mayor, comprendió que algunas mujeres están destinadas a ser delgadas, aunque coman todas las tortillas y manjares del mundo, así que abandonó su misión.

—¡Una niña flaca es una niña enferma! —replicaba doña Carmen mientras se tapaba el rostro arrugado y escondía los bondadosos y pálidos ojos azules detrás de sus manos rollizas. Era la clara imagen de la angustia y la desesperación al ver que su esfuerzo era en vano.

—No soy flaca; soy delgada, abuela, que no es lo mismo —soltó, mostrando desde edad muy temprana su personalidad determinada y convincente.

Pero, sin duda, la relación que más marcó la personalidad de Sara fue el vínculo con su madre, doña Victoria. Es posible que fuera el resultado de aquel cordón umbilical que nunca pudieron cortar. Victoria no empleó una educación dictatorial con su hija, aquello no fue necesario, porque un gesto o una sensación transmitida eran suficientes para comunicar las intenciones y los requerimientos. Por esta razón, la crianza transcurrió en armonía. Entre ellas siempre había paz y complicidad y se necesitaban para ser felices. Cuando Sara tuvo ocho años crearon sus propias reglas, a las cuales se mantuvieron fieles durante toda la vida: «Amarse siempre pase lo que pase; ningún enojo resiste un pedazo de chocolate; siempre hay que decirse la verdad; hemos de hacer juntas todas las cosas importantes y hay que alegrarse de lo que le pasa a la otra y reírse de la vida».

Victoria fue una madre cercana, que luchaba por sus ideales y defensora empedernida de la felicidad de sus hijos. Siempre les dio su apoyo y contención, incluso en las conquistas amorosas cuando eran adolescentes.

—¿Qué es esto, mamá? —quiso saber Diego en una ocasión, cogiendo un regalo envuelto perfectamente con un gran rosón rojo.

—Es un libro, hijo.

—¿Para quién?

—Para que se lo regales a Estela por su cumpleaños. Ella te atrae, ¿verdad? —se interesó Victoria con naturalidad.

—Tal vez —respondió Diego, ruborizado.

—Si deseas conquistar a una mujer, regálale un clásico de la literatura que verse sobre el amor. No existe absolutamente ninguna que no quiera encontrar a su propio señor Darcy —comentó mientras se alejaba por el angosto corredor de la finca al compás del sonido de los clásicos tacones que permitían siempre reconocer su presencia.

Victoria, o la Vicky, como cariñosamente la llamaba su madre, nació en su propia casa, entre el piso de barro y la cocinilla de carbón. Creció corriendo a pata pelada y con el moco colgando, sorteando el frío con unos zapatos grandes, que calzaba con cuidado para calmar el roce que estos le provocaban, y que no solo endurecieron su piel, sino también le forjaron el carácter. Siempre llevaba ropa comprada para otra persona y leía libros que primero pasaron por otras manos; comía pan duro para saciar el

hambre y, al mismo tiempo, racionaba las migas para evitar que se acabasen. A los seis años la enviaron a la escuela en contra de su voluntad. Pese a su temprana edad, deseaba con ímpetu ayudar a mejorar la economía familiar. Por esta razón, pensaba que la educación solo le llenaría la cabeza de sueños, sueños que para una niña como ella eran casi imposibles de cumplir. En cambio, su madre, doña Carmen, supo que si su hija recibía la instrucción necesaria, podría forjar un buen matrimonio y salir del hoyo de tierra en el cual se encontraban.

Sin embargo, a pesar de que Victoria creció con muchas limitaciones, descubrió que hasta el plato más insignificante podía conseguir un toque *gourmet* gracias a las manos de su madre. Doña Carmen multiplicaba los alimentos trabajando la huerta con esmero, y con ella, también dio origen a sus más preciadas especias. Esa fue la gran desgracia de la Vicky cuando se convirtió en adulta: crecer junto a una mujer capaz de hacer poesía en la cocina, impregnarse a diario de los aromas emanados de esta y tener que limitar su ingesta debido a la dieta impuesta por la diabetes que la aquejaba.

Fernando Domínguez, por el contrario, nació en una cuna de oro. Hijo de Enrique Domínguez Valladares, un inmigrante español nacido en Madrid en pleno golpe de Estado, y de una consentida y aristocrática chilena, doña Matilde de la Fuente, creció rodeado de óleos e imprentas, al amparo del manto cultural que se espera para alguien de su condición social. Fue a las mejores escuelas y universidades, y cuando anunció su enlace con Victoria Abarzúa, una mujer sin linaje y con una educación inadecuada, provocó tal revuelo familiar que su madre desarrolló un tic nervioso en el ojo izquierdo que le generaba un vergonzoso y constante lagrimeo; un problema que la acompañaría hasta el día de su muerte.

Ambos jóvenes se conocieron ya entrada la edad adulta. Para la Vicky, superar la barrera de los treinta años sin marido no suponía un problema; de hecho, no le afectaba lo más mínimo, a diferencia de otras mujeres. Desde niña había decidido que no iba a casarse, ya que cuando falleció su padre, comprendió que su destino era cuidar a doña Carmen para devolverle a la abnegada mujer todos los desvelos y sinsabores que arrastraba consigo. Sin embargo, Fernando Domínguez alteró sus planes.

La pareja se vio por primera vez el caluroso verano de 1972. Aquella mañana Victoria acompañó a su madre a recolectar frutos en la planta de arándanos de la finca de los Domínguez. Esa era la tercera vez que acudía, y aunque no era un trabajo muy ameno para ella, porque la distancia entre los arbustos le impedía conversar con las demás recolectoras, tampoco le desagradaba demasiado la labor que realizaba. El sol golpeaba con fuerza en la nuca y las gotas de sudor que corrían por la frente robaban la poca hidratación que aún tenía. Entonces sintió que la lengua se le quedaba pegada al paladar. Notó la fatiga por la falta de alimento, pues llevaba sin comer varias horas; esto le provocó un mareo. Se sentía desfallecer. Segundos después vio que le tiritaban las manos. Pese a los ojos nublados, a lo lejos logró divisar a su madre, que corría hacia ella como un espejismo.

Despertó dos horas más tarde en la unidad crítica del hospital de Puerto Varas. Primero identificó el llanto silencioso de doña Carmen y luego se topó con la mirada protectora del joven señorito de aquella finca.

—¡Hola, soy Fernando! —la saludó con voz suave mientras, torpemente, se ajustaba su gran reloj de cuero en la muñeca izquierda—. Te desmayaste, así que intenta descansar.

El joven estaba de pie junto a su cama, con la prestancia y la contextura que su metro ochenta de talla

y sus exuberantes bigotes negros y enroscados le podían otorgar.

—¿Dónde estoy? —preguntó Victoria, recorriendo con los ojos el lugar, y evitando el saludo de Fernando.

—Estás en un hospital, hija —la tranquilizó doña Carmen mientras le cogía la mano—. El médico dice que todo va a estar bien.

Ese mismo día se enteró de que tenía diabetes, y aunque en aquel momento pensó que eso ya era una mala noticia, ni siquiera imaginó que conocer a Fernando Domínguez le traería pesares casi tan grandes como aquella enfermedad.

A pesar de la distinción propia de su porte y de su apellido, Fernando era un joven tímido y de pocas palabras. Creció cobijado bajo el ala de su progenitora, quien lo consideraba reservado e intelectual. Esta sobreprotección maternal se vio incrementada al morir su primogénita, a causa de una Leucemia, cuando tenía tan solo quince años. En ese instante decidió que cuidaría con celo de su único hijo varón, sin vaticinar que lo convertiría en un hombre pollerudo e inseguro. Nunca pudo olvidar la partida de Julia.

El llanto desesperado de doña Matilde y el desconsuelo ahogado de Enrique Domínguez se perpetuaron como una angustiada remembranza en la memoria de Fernando. Pero lo que más le marcó fue la incapacidad de asumir que, inevitablemente, su hermana se iba a morir.

—¡Me duele la espalda! —gritaba Julia en aquella oportunidad.

—Te duele porque no te has levantado —intentaba explicarle Fernando—; apóyate en mi hombro e intentemos caminar.

Julia estaba débil, a esas alturas ya había perdido veinte de sus cincuenta kilos; tenía la piel traslúcida y los ojos hundidos, que, junto con la calvicidad por la quimioterapia, le otorgaban un aspecto cadavérico. Intentó ponerse de pie, pero tras tocar el hombro de su hermano y posicionar las rodillas erguidas, se desplomó en el piso de madera junto a la cama. Se oyó el crujido al resquebrajarse los desgastados huesos de su cuerpo, seguido por el alarido de dolor de Julia.

—¡Mamá! —chilló esta mientras adoptaba la posición fetal que su cuerpo le obligaba a mantener para mitigar el dolor.

Fernando palideció, se acercó a su hermana y, mientras gritaba, logró percibir su aliento. El dolor de la carne carcomida por el cáncer y el olor a putrefacción disfrazada se quedaron plasmados en todas sus células sensitivas. Y de haber deseado que no se fuese nunca, pasó a rezar para que Dios se la llevara con él y la transformara en el ángel hermoso que siempre había presumido tener.

Por esta razón, tras la muerte de Julia, Fernando dedicó su vida a complacer a su madre con la única intención de verla feliz; situación que duraría hasta que conoció a Victoria.

No supo exactamente qué fue lo que lo cautivó de la Vicky; tal vez la mirada triste de aquellos párpados caídos que escondían unos tenues ojos azules; o la pureza de su alma carente de maldad, que se reflejaba en su rostro blanquecino; o la sutil manera de disimular sus pronunciadas curvas. Todo ello dejaba en evidencia la falta completa de vanidad, rasgo que caracterizaba a Victoria. La joven era la antítesis de doña Matilde, y aunque Fernando intentaba alejar la idea de su mente, sabía que en parte la había elegido como compañera para rebelarse contra la autoridad materna que lo había acompañado toda su vida.

—No puedes estar hablando en serio, Fernando —replicó doña Matilde al enterarse de la noticia. Se puso de inmediato de pie y dejó el prolijo bordado que tenía entre manos sobre el sitial verde en el cual se encontraba sentada. Luego señaló a su hijo con el dedo índice y continuó—: ¡Te lo prohíbo, Fernando! No vas a manchar la estirpe de esta familia trayendo a casa a esa gentuza.

—No se preocupe, madre. No volverá a vernos por aquí —soltó, y se dio la vuelta para alejarse hacia la puerta. Caminaba en completo silencio mientras notaba que se formaba el nudo más amargo que jamás había sentido en la garganta—. Me iré con Victoria a vivir a Santiago —agregó a la par que cerraba la puerta.

Doña Matilde murió tres años más tarde. Primero falleció Enrique Domínguez, que, pese a sus ochenta y tres años en el cuerpo, mantuvo hasta sus últimos días la prestancia del hombre apuesto y refinado que siempre había sido. Y después, en soledad, lo acompañó su mujer.

—¿Hay algo más en que pueda ayudarla, doña Matilde? —le preguntó en aquella oportunidad la enfermera antes de retirarse de la habitación.

Le costaba articular palabra. Ella había decidido morir por voluntad propia. Era demasiado católica para cometer una autólisis directa, así que sin más preámbulo, y tras la muerte de Enrique Domínguez, simplemente dejó de comer.

—Necesito hablar con Nandito —le pidió, dejando de manifiesto el gran esfuerzo que debía realizar para pronunciar las palabras.

—¿Nandito?

—Fernando —aclaró. Y sus ojos arrugados se humedecieron.

—Hoy es tarde, doña Matilde. Su hijo debe de estar durmiendo; mañana a primera hora lo llamaremos —explicó con una sonrisa mientras arropaba su delgado cuerpo bajo las mantas de la cama. A la mañana siguiente Matilde de la Fuente ya no despertó.

## Capítulo 3

Tras la muerte de su madre, Fernando, desolado por la pérdida, se sumió en una larga depresión que lo agotó poco a poco. Los primeros años de matrimonio se había comportado como un esposo cordial y afectivo, pero tras la partida de doña Matilde todo cambió. Dejó de comer, de dormir y descuidó su aspecto; ya nada le importaba. Evitaba a Victoria, a la que culpaba inconscientemente del distanciamiento con su madre. Para evadir sus penas, Fernando se dedicó a cultivar y producir la tierra, al igual que todos sus antepasados, y se transformó en un hombre silencioso y poco comunicativo, pero, aun así, se mantuvo fiel a su papel de esposo protector. Como padre, siempre tuvo dudas sobre sus habilidades. Disfrutaba de la soledad, así que salir a caminar o leer un libro era mucho más estimulante para él que conversar con sus hijos, y aunque fue un proveedor natural, era un padre ambivalente que guardaba la distancia con la prole, razón por la cual dejó en manos de Victoria las conversaciones incómodas propias de la adolescencia.

Los hijos mayores, Diego y Felipe, eran la noche y el día. Diego era alto y robusto, de facciones marcadas y carácter fuerte; Felipe, por el contrario, tenía un cuerpo delgado y estilizado y presumía de un rostro fino y delicado. Además, al igual que Sara, había heredado la respingada nariz de su abuelo Enrique Domínguez.

Con Felipe, Fernando Domínguez se convirtió en un hombre intolerante. Solía perder los estribos al ver la sensibilidad, a su juicio excesiva, de su segundo hijo. Lo consideraba un niño diferente, que no era capaz de disfrutar con las labores del campo, y teniendo en cuenta la templanza del progenitor, esta era la única actividad que podrían realizar juntos. Sin embargo, resultó prácticamente imposible porque cualquier esfuerzo físico ejercido por aquel chiquillo debilucho acababa en una queja lastimera que podía durar varios días.

—¿Qué importa que te ensucies las botas, Felipe? ¡Madura, hijo, por Dios! —lo reprendía mientras pateaba el barro con ira e impotencia.

La falta de privilegio verbal en el temperamento de Fernando y su desesperanza al ver a su hijo siempre tan frágil y débil le provocaban una rabia tan grande que decidió alejarse cada vez más de este para evitar dañarlo con su forma de actuar o con sus palabras.

Diego, por el contrario, disfrutó de una relación bastante más sólida con su padre. Tenía la audacia para levantarse temprano y acompañarlo a trabajar, arrear animales y pasar hambre y frío a su lado si era necesario. Este cumplió con los patrones impuestos por los Domínguez y se casó por la Iglesia católica. Desde aquel momento, toda la familia esperó ansiosa el anuncio de la llegada del primer descendiente.

Con Sara la historia fue diferente. El día de su nacimiento Fernando se limitó a manejar y no emitió palabra ni opinión; trasladó a su mujer al centro asistencial más cercano sin darle apoyo ni consuelo. Y ese fue su comportamiento durante los años restantes.

—¡Por favor, Fernando, no olvides que mañana es el cumpleaños de la niña! —le recordó doña Victoria una vez.

—¿Y qué quieres exactamente que haga? —le respondió este sin dejar de pulir la plata de su despacho.

—¡Que estés!

Pero pese a su aparente indiferencia, para él su única hija era la luz de sus ojos y Sara siempre se sintió amada y protegida por él. Fernando la consideraba una luchadora porque fue la única de los Domínguez Albornoz a la que oyó morir y volver a la vida en menos de un minuto. Por eso, cada vez que la miraba a los ojos le recordaba su templanza y determinación. Esta templanza se pondría a prueba varios años después, cuando observó a su hija caminando descalza con el sucio y desgarrado vestido de novia, los ojos desorbitados y la mirada perdida entre las paredes de un frío apartamento tras descubrir que Pedro... había desaparecido.

## Capítulo 4

Sara y Pedro se conocieron durante la primavera del año 2001. Ocurrió mientras ambos estudiaban en la Universidad de Chile.

Era la época de exámenes y Sara no podía concentrarse en la finca si no estudiaba bajo el amparo de un frondoso árbol. En la Facultad de Arquitectura, una construcción que hacía honor a la docencia impartida, encontró el lugar perfecto en uno de los pasillos exteriores, que, pese al cemento, contaba con el verde necesario para poder estudiar sintiendo el contacto directo con la tierra. Un día este pasó por delante de ella. Iba buscando un lugar disponible. Su porte y su contextura atlética captaron la atención de Sara, que detuvo la mirada en su rubia cabellera desordenada. Él se dio cuenta de que lo observaba, así que sacó la mano de su chaleco de lana de color café y se presentó:

—Hola, soy Pedro —saludó estirando la mano—. ¿Puedo sentarme a tu lado?

Era un joven apuesto, sin duda, aunque sus rasgados ojos color miel, escondidos tras las oscuras gafas negras, le otorgaban un toque de turbidez que le restaba belleza al rostro.

La tarde transcurrió en silencio entre los jóvenes estudiantes. Las maquetas de Sara y los dibujos de Pedro ocuparon el espacio y consumieron el tiempo, hasta que sintieron el fresco del ocaso sobre ellos.

—Me voy —dijo ella recogiendo los papeles con premura para evitar que el rocío los mojase. En ese instante, sin querer, mostró su personalidad precavida y controladora.

—¿Puedo invitarte a un café? —preguntó él mientras procedía a ayudar a Sara con la recolección del material. No sabía que con aquella invitación cambiaría el destino de los dos para siempre.

Caminaron por las transitadas calles de Marcoleta, en Santiago de Chile, hasta que llegaron a un pequeño boliche con tan solo tres mesas. Se sentaron junto a la ventana para disfrutar con el movimiento vehicular de la ajetreada tarde capitalina.

—El Barros Luco es un clásico en este lugar —le comentó el joven.

Pero Sara solo pidió un café. Sabía que no era una cita propiamente dicha. Además, le incomodaba comer frente al joven apuesto que acababa de conocer.

Al llegar el pedido, Sara removió el líquido de la taza con la mente en blanco, disfrutando de la cata perfecta del mejor café tostado que podía recordar: humo y madera en nariz, de tonalidad oscura, brillante y luminosa, y el borde difuminado que realzaba la variabilidad cromática. Era terciopelo en boca con notas de vainilla tardía; cuerpo, acidez y suavidad en equilibrio.

Su excelente paladar, capaz de diferenciar una amplia gama de sabores y sensaciones, había logrado catalogarla como una experta en la elección del café. Con los años se había convertido en una crítica implacable y selectiva de todo lo que pudiese llevarse a la boca.

La expresión relajada de su rostro mientras ingería el aromático brebaje no dejó indiferente a Pedro:

—Me atrevo a asegurar que te ha gustado el café —habló con una sonrisa.

—¡Está perfecto! ¿Cómo descubriste este lugar? Llevo un año estudiando a dos cuadras de acá y no sabía que existía.

—Busqué la crítica. Este sucucho es uno de los pocos locales que exporta el mejor café colombiano —manifestó bebiendo un sorbo y con la expresión de satisfacción de quien ha realizado una increíble hazaña.

—¡Fue un acierto! —aseveró ella. Después añadió—: A todo esto..., me llamo Sara.

—Ya lo sabía, Sara Domínguez; lo leí en los apuntes que traes —aseguró ante la mirada perpleja de ella.

Desde aquel día mantuvieron el contacto diario y, con ello, iniciaron paulatinamente una relación. Al principio solo era compañía, pero con los meses la rutina generó estabilidad, que consolidó a la joven pareja.

Tres años más tarde, después de terminar la universidad, se mudaron a vivir a Puerto Varas. Gracias a un amigo, Fernando Domínguez le consiguió a su hija un puesto como arquitecta. A Pedro le buscó otro de dibujante. A ambos en una empresa de construcción de casas en el sur de Chile. Sara adquirió un apartamento frente al lago y Pedro rentó un estudio cerca de la empresa. Allí se convirtieron en una pareja sólida y a finales de septiembre del año 2006, sin ningún dejo de romanticismo, se comprometieron.

—Deberíamos casarnos —planteó Sara, rompiendo el prolongado silencio al que los habían llevado sus respectivas lecturas—. Con los regalos podríamos armar una casa.

En el fondo hubiera preferido una propuesta romántica, como cualquier chiquilla, pero su practicidad fue mayor: no tenía sentido generar un gasto en mobiliario si los regalos de un enlace podían cubrirlo.

—Estoy de acuerdo —contestó él sin moverse de su sillón de cuero negro tan cómodamente ubicado junto a la calefacción de la sala. Después esbozó una fingida sonrisa, miró a Sara un segundo y continuó con la lectura de su libro.

—¿El anillo lo elijo yo? —prosiguió ella a la par que observaba sus estilizados y huesudos dedos.

—Confío en tu buen gusto —respondió Pedro con la vista clavada en las líneas de aquella novela negra que lo tenía ensimismado.



## Capítulo 5

La noticia del compromiso conmocionó favorablemente a la familia Domínguez, aunque doña Victoria no lograba estar tranquila del todo. Le preocupaba que su hija no encajase con el perfil tan apático y concreto de la personalidad de Pedro. Sin embargo, se abstuvo de hacer comentarios. Esa fue una decisión que le pesaría toda su vida.

Los preparativos para la boda duraron diez meses. Fernando Domínguez reservó una casona a los pies del lago Llanquihue para la fiesta y mandó a faenar tres corderos para recibir a todos los Domínguez que lo acompañarían a entregar a su hija en el altar.

Doña Carmen no salió de la cocina desde que supo la noticia. Se propuso a sí misma descubrir la receta perfecta para preparar el mejor pastel de bodas. Elaboró un diseño de cuatro pisos con bizcocho de chocolate suizo y guindas al coñac cubierto de merengue platinado que estaba a la altura de cualquier gran pastelería de renombre.

Los días previos la casa de los Domínguez Abarzúa se repletó de música, bailes y comida. La llegada de familiares y amigos lejanos para festejar tan importante acontecimiento dio vida a la casona de campo.

Sara se alojó con sus padres. Después de la boda el matrimonio se iría a vivir al apartamento de Pedro, y su residencia actual era un gran desorden entre papeles y cajas embaladas.

La noche de antes de la boda Sara no podía conciliar el sueño. La luz entraba tenue por la ventana a medio cerrar de su habitación. El rayo sutil iluminaba la platería de su blanco vestido, mandado a traer directamente desde Francia. Para los expertos en alta costura chilena, fue un desafío modificar los ángulos y las medidas sin alterar la idea original del diseñador, para que se ajustara al delgado y estilizado cuerpo de Sara. Ella lo miró con detención. «Es una obra de arte», pensó. Sin embargo, a pesar de embargarla la felicidad, algo lógico, no pudo evitar sentir en el estómago el vacío doloroso del presentimiento de la fatalidad.

A la mañana siguiente, sábado 14 de julio del año 2007, amaneció nublado y lloviendo. El pronóstico del tiempo anticipaba un día despejado durante la tarde, pero nadie se percató de que antes de eso llovería.

—El único problema podría ser el barro —aseguró Fernando Domínguez, calmando la histeria de las mujeres de la casa—; solo hay que tener la precaución de caminar lento.

Sara lucía radiante. El cabello castaño y levemente ondulado le caía sobre los hombros y el tono rojo bermellón de los labios combinaba a la perfección con su estilizado rostro. Los ojos negros y penetrantes armonizaban con el arqueado de las cejas y su respingada nariz. Durante el trayecto hacia la iglesia Fernando Domínguez no pudo dejar de mirar a su hija. Era la niña más bella que habían visto sus ojos. Ya tenía veintinueve años, pero todavía podía ver la fragilidad en su rostro; esa fragilidad de aquel ser que siempre necesita ser rescatado.

La multitud se aglomeraba en la puerta del templo. Sara descendió del auto con la ayuda de su padre y se topó con las miradas de perplejidad de los asistentes.

—¿Qué ocurre, papá? —preguntó al ver que doña Agustina, la madre de Pedro, se acercaba a paso rápido hacia ella con el rostro rígido e inexpresivo.

—¡Pedro no ha llegado! —respondió esta, angustiada, mientras recogía los bajos de su brillante vestido para que no se ensuciaran por el contacto con la tierra mojada—. Hemos intentado localizarlo por teléfono, pero está apagado. Debe de venir de camino —agregó intentado convencerse de que aquello no era más que un fortuito percance.

Sara supo de inmediato que algo malo había ocurrido. Lo sintió igual que la noche anterior. Se llevó las manos al abdomen y se dirigió, junto con su padre, a una sala de la iglesia que el sacerdote le ofrecía dada la situación. No pudo tomar asiento; caminaba en círculos mirando al techo. Entonces sintió que se le secaban los labios; las manos sudorosas se le quedaban pegadas al ramo de novia.

—¡Permiso! —interrumpió una joven.

Al verla, Sara corrió a abrazarla. No se despegó de ella y lloró en silencio sobre su hombro derecho. Fernando Domínguez abandonó despacio el salón porque sabía que aquella mujer era la única capaz de ayudar a Sara en aquel momento.

—¡No llores, gordita! —trató de calmarla. Después cogió el ramo de las manos de Sara, ya algo deshojado, y lo depositó sobre la mesita de centro—. En veinte minutos más, cuando te estés casando, te vas a arrepentir de haber corrido tu maquillaje.

Aquella joven era Alma, su amiga de toda la vida. Ambas se habían conocido durante la primaria y nunca más se habían separado. Era una mujer robusta, de pelo largo, rebelde y cobrizo, con unos ojos grandes de color verde esmeralda que había heredado de su abuelo paterno. Los lucía con orgullo porque, aunque casi todos en su familia eran trigüeños, al igual que ella, nadie había heredado tan codiciados ojos. Cada vez que se miraba en el espejo la historia de miles de generaciones traspasaba la intensidad del iris; y cuando descubría algo hermoso o emotivo, sentía que su abuelo se emocionaba a través de aquellos intensos ojos.

Alma contuvo sus propias emociones, pues tenía que ser más fuerte que Sara, pero ella también intuía que algo no estaba bien.

—¿Cuánto tiempo lleva de retraso? —quiso saber Sara, intentando disimular las lágrimas frente a un pequeño espejo que colgaba en la pared de la sala.

—Casi una hora.

—Es mucho tiempo —pensó en voz alta—. ¿Y si le ocurrió algo?

—Puede ser —dijo Alma, dubitativa.

—¡Acompáñame a su apartamento! —gritó Sara mientras salía de prisa de la habitación parroquial.

Alma corrió tras ella, pero no alcanzó a sujetarla antes de que resbalara en la tierra mojada. El blanco de su vestido desapareció y acabó sentada en un charco de lodo. Hubo un silencio piadoso, seguido por el llanto de ira y vergüenza de Sara, que golpeó el suelo con el puño y maldijo su vida. También al Dios que en aquel momento tenía de testigo. No permitió que la ayudasen. Se sacó los zapatos de color marfil y caminó descalza hasta el auto de Alma. Llevaba el rostro desfigurado y manchado de barro.

## Capítulo 6

El apartamento de Pedro estaba en perfecto orden. La cama tendida, la loza lavada, los libros en la estantería se mantenían organizados por temática y apilados a la perfección. Revisó los cajones y las repisas y al llegar al clóset observó con horror que todavía estaba colgado... el traje de novio.

—¡Ni siquiera se vistió! —exclamó llevándose las manos a la boca. En el fondo, tenía la esperanza de que algún infortunio en el camino lo hubiese desviado de llegar a la iglesia, pero no estaba preparada para asumir que tal vez había decidido no casarse con ella.

—Ya, amiga, tranquila. —La abrazó Alma mientras se encaminaban hacia la salida. Alma nunca imaginó que llegaría un día en el que no encontrara las palabras correctas para consolar a Sara.

Mientras su amiga buscaba las llaves para poder cerrar el apartamento, los ojos de Sara se posaron en una hoja que descansaba sobre el sillón de cuero negro donde Pedro solía leer. Temblorosa, se acercó pensando que las piernas no la acompañarían, y cuando tuvo aquel blanquecino papel delante, lo cogió con la punta de los dedos. Entonces sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. La nota estaba dirigida a ella.

—¡Salió del país! —interrumpió la gruesa y áspera voz de la madre de Pedro, producto del desgaste de las cuerdas vocales tras años fumando tabaco. La mujer ingresaba en el apartamento justamente en aquel momento por la puerta que habían dejado abierta—. Nos han informado desde la aduana. Anoche cruzó la frontera hacia Argentina.

Sara vio a cámara lenta que la que iba a ser su suegra se acercaba a ella y la abrazaba. La oyó llorar y pedir perdón por el comportamiento de su hijo. Y notó las lágrimas que brotaban de los ojos de aquella rolliza mujer y surcaban su cara, arrastrando el rímel negro, que manchó aún más su vestido de novia. Inhaló el olor impregnado a cigarrillo que emanaba de ella y sintió repulsión.

—¡Alma —gritó—, sácame de aquí!

Entonces arrugó la carta con todas las fuerzas que su puño le permitía.

## Capítulo 7

Durante la noche del desafortunado 14 de julio, Victoria Abarzúa veló celosamente el sueño de su hija. Limpió su rostro de lágrimas y lodo y guardó el desaliñado vestido de novia en una bolsa en el armario. Observó el estado de desorden en el que estaba el apartamento de Sara y procedió a desarmar aquellas cajas tan bien embaladas. Después se acostó junto a ella, la acurrucó entre los brazos y lloró en silencio, hasta que el cansancio y las emociones del día le hicieron cerrar los ojos.

Un pequeño ruido la despertó de madrugada. Oyó movimiento en el comedor. Entonces se dio cuenta de que Sara no se encontraba en la cama junto a ella, así que se levantó en silencio y caminó por el pasillo. Tuvo la sensación de estar en otra parte, porque el lugar, sin calefacción, transmitía un frío abandono. Al llegar al comedor experimentó con fuerza el dolor de Sara como si fuese el suyo propio. Reconoció a su hija, una muchacha pequeña, más delgada que nunca, con la carne pegada a los huesos. Reflejaba una fragilidad quebrantable. En penumbras, estaba guardando cosas apresuradamente en una maleta.

—¿Qué haces, hija? —se interesó doña Victoria mientras encendía la luz de la lámpara.

—Me voy —susurró Sara con el rostro endurecido.

—Pero, cariño, las cosas tal vez se pueden arreglar —agregó al mismo tiempo que la abrazaba para intentar que recuperase un poco la cordura, a sabiendas de que no existía reparo ni consuelo en aquel momento.

—¡Me dejó plantada en el altar, mamá! ¡No puedo cambiar eso! —gritó, molesta, alejándose de ella—. Me abandonó porque no me ama.

—¿Por qué estás tan segura? Tal vez solo se asustó...

—Solo lo sé —dijo sin mirarla a la par que cerraba bruscamente la maleta.

—Pensemos un poco las cosas. Déjame hablar con su madre —insistió en un último intento desesperado para evitar una decisión precipitada.

—¡Me voy, mamá! Parece que no me estás escuchando.

Ni todas las buenas intenciones de Victoria podrían hacer que Sara cambiara de opinión. Pese a lo alterado de su juicio, ya había tomado la determinación de marcharse y no daría un paso atrás. Después caminó por el reducido espacio del *living* para dejar la maleta roja junto a la puerta.

—¿A dónde vas, hija? —preguntó Victoria, que la obligó a detenerse frente a ella. Temía la respuesta.

—A España, mamá.

## Capítulo 8

Tres años antes...

—¿Qué haces en la oscuridad? —interrogó Fernando con el ceño rígido, intentando disimular el disgusto al ver invadido su despacho.

—Disfrutando de la claridad de la luna. Nunca antes me había percatado de lo hermosa que se ve desde esta sala.

—Debe ser porque es mi sala —comentó con un dejo de ironía que se evidenció con el rechinar tenue de sus dientes.

Caminó a paso firme hacia el sillón tras el escritorio donde se encontraba sentado Felipe. Este, al notar la tensión del ambiente, se levantó ágilmente.

—Dime qué quieres...

—¿Cómo sabe que quiero algo?

—Te conozco, Felipe. ¿Quieres plata?

—No, padre.

—Siéntate —le ordenó señalando la pequeña silla frente al escritorio de cedro pulido. Acto seguido, se acomodó en el sillón que recientemente había dejado su hijo y lo reclinó, fijando la vista al techo del despacho.

—No tengo todo el día, Felipe —insistió.

Se notaba el nerviosismo. Le sudaban las manos y aún no estaba seguro de si podría enfrentar a su padre. Finalmente, logró sacar un débil hilo de voz.

—Quiero que recuperemos la nacionalidad española, papá.

—¿Qué? —preguntó con ímpetu, salpicando de saliva la cara de Felipe.

—Dije que recuperemos...

—¡Te escuché! —lo interrumpió Fernando—. Pero no lo logro entender. ¿Para qué lo necesitas?

—Quiero irme a vivir a España —comentó con timidez.

—¿Y se puede saber con qué dinero?

—He ahorrado.

—Haz lo que quieras...

—¿De verdad?

—Sí, pero de mi bolsillo no saldrá ningún peso. Ni siquiera para traerte de regreso.

Con sus palabras inundó los ojos del aventurero. Aquello exaltó la ira de Fernando, que detestaba la sensibilidad del muchacho. Empuñó las manos para contenerse y dejar la conversación ahí. Sabía que si decía una palabra más, su hijo estallaría en llanto y él mismo terminaría enfrentado con Victoria, quien seguramente saldría en su defensa.

—Haz lo que tengas que hacer, hijo —agregó esforzándose para parecer empático—; tienes mi

apoyo.

Fue así como Felipe —cuarto en la línea sucesoria—, a través de un experto en descendencia, desenredó los hilos de la familia Domínguez. Los antepasados eran originarios de España y habían llegado a Chile en 1938 huyendo de la guerra. Los primeros en cruzar la frontera fueron Juan Domínguez Albornoz e Hilda Valladares, quienes con su hijo Enrique de casi dos años, que había nacido en España en pleno golpe de Estado, llegaron a la ciudad de Buenos Aires en la República Argentina. Al poco tiempo de su llegada se enteraron de que en Chile había buenas tierras a la venta, así que decidieron cruzar la cordillera de los Andes y asentarse en este país de América, donde tendrían ocho hijos más.

Durante ese proceso investigativo, liderado por Felipe, el experto en descendencia pudo rearmar el árbol cortado [Anexo 1]. Gracias a ello se enteraron de que la hermana menor de Juan, Rosario Domínguez Albornoz, seguía viva con casi noventa años y residía en Madrid.

## Capítulo 9

Desde que supo de la existencia de Rosario Domínguez, Sara quiso conocerla. No podía dejar de imaginar cómo era, a quién se parecería y qué historias familiares podría contarle. Sin embargo, Pedro le dijo que aquello era una insensatez y fue muy convincente.

—¿Te volviste loca? —expuso mientras se llevaba las manos a la cabeza y la miraba asombrado—. Tú no puedes perderte ninguna... Ahora quieres ir a buscar a una anciana con quien tienes un ADN tan diluido; prácticamente, no las une nada. ¡Vas a hacer el ridículo, Sara!

—Pero imagina, Pedro —se defendía esta—, poder conocer a alguien que te cuente cómo eran tus antepasados, sus gustos, sus talentos...

—¡Qué estupideces dices! —exclamó a treinta segundos de perder la paciencia.

Con el tiempo, Sara había asumido que jamás concretaría esa idea. Discutir con Pedro era algo que siempre prefería evitar, aunque supusiera acallar sus propios ideales. Pero después de la mariconada de este, podía permitirse hacer una locura sin ser tan juzgada. Fue entonces cuando la desafortunada noche del 14 de julio despertó en la alcoba junto a su madre y se dio cuenta de que esas imágenes que se repetían en su mente no eran un mundo inventado, sino más bien su trágica realidad. En ese momento decidió que debía marcharse y el primer lugar que le vino a la mente fue Madrid. Después se levantó y caminó en la oscuridad buscando su maleta roja.

Antes se sentó a escribirle un correo electrónico a su jefe en la empresa de construcción. Redactó tres borradores, ya que no sabía exactamente qué decir. Él fue testigo de lo ocurrido en primera fila. Sara sentía vergüenza y le faltaban ideas. Después de darle algunas vueltas, lo resumió en un simple... renuncio. A continuación, compró el primer vuelo que consiguió y preparó la maleta de mano. Solo se llevaría esa. No había plan de vida; por tanto, prefería tener que hacerse cargo únicamente de su persona.

Era una maleta roja que había comprado en un viaje a Italia con sus padres y su hermano Felipe seis años atrás, en la Viale delle Milizie de Roma. Había sido un viaje de vacaciones, lejos de preocupaciones y discusiones, porque la maravilla cultural y arquitectónica de Italia no permitía el paso a los problemas de la vida mundana. La adquirió regateando en un pequeño local dirigido por un comerciante hindú. Llevaba tantos recuerdos, vestidos y regalos que requería con urgencia una maleta extra para volver a Chile.

—¿Cuánto cuesta la roja?

—Cuarenta euros.

—¿Y en cuánto me la deja?

—¡En cuarenta euros! —afirmó serio el comerciante, cuya expresión resaltaba aún más las pecas que el sol había dibujado en su tez morena.

—Mire, caballero, sé que a usted no le interesa, pero yo soy una simple estudiante y este viaje lo están financiando mis padres —explicó Sara con un tono irónico de tristeza en la voz—. Ellos me advirtieron de que no podía comprar tantas cosas; sin embargo, necesito llevarlas a mi país. Son recuerdos de Roma. Si usted me ayuda, ¡se va a convertir hoy en una maravillosa persona!

—Treinta y ocho euros.

—Le ofrezco treinta y cinco euros y le prometo que no volverá a verme nunca más en la vida —propuso Sara al ver la sonrisa derrotada de su contrincante.

La madrugada siguiente al fatídico 14 de julio guardó en su maleta roja lo esencial: ropa y artículos de aseo para el viaje, un poco de dinero en efectivo que tenía guardado y una novela de amor y desamor que había leído cientos de veces y que le recordaba la belleza idílica del amor correspondido. Dentro del libro metió varias fotos de su familia, porque la menor de los Domínguez Abarzúa tenía una relación romántica con el papel impreso, el olor a libro antiguo y el deseo de tocar con las manos un momento de alegría familiar que había sido estampado en papel; era lo único que necesitaba llevar consigo.

Después cerró la maleta roja. Unas horas más tarde cogió un taxi que la llevaría rumbo al aeropuerto. No estaba segura de lo que estaba haciendo. El corazón le latía tan fuerte que cada golpe le dolía aún más que el anterior.



## Capítulo 10

Madrid

Madrid, con sus imponentes y ajetreadas calles, con expresiones artísticas en cada esquina, con su gente siempre alegre, optimista y deprimida. Guiados por la inercia laboral de la semana, por las ganas de hacerlo todo y no perderse nada; tolerantes y empáticos, ajenos a la llegada de esta joven chilena que permanecía quieta en plena plaza de la Puerta del Sol admirando cada pulgada que iluminaba ese día de julio. La gente caminaba a su lado sin detenerse. Sara cerró los ojos: quería recordar ese momento de increíble paz. Había mucho ruido, pero ella lo percibía como el sonido más armónico que jamás había escuchado.

—¡Disculpá, che! —la interrumpió una voz a su lado—. ¿Nos tomarías una fotografía?

—¡Sí, claro! —respondió mientras recibía la aparatosa cámara.

—Solo tenés que enfocar y apretás el botón grande —le explicó el turista limpiándose el sudor de la frente, exacerbado por el exceso de kilos que lo acompañaba.

—¡Hace calor! —comentó Sara como muestra de apoyo a la incomodidad que aquejaba a su compañero latinoamericano.

—¡Vos tenés que disminuir un poco los bifés de chorizo, amor! —dijo con una carcajada la mujer que estaba junto a él.

—¡Eso nunca, querida! Mirá que este abdomen le hace honor a mi vasta trayectoria culinaria —se defendió, logrando arrancarle una sonrisa a Sara.

—¿De dónde sos? —preguntó la desconocida.

—De Chile.

—¡Mirá, che, vecina! —exclamó la pareja, con esa personalidad extravertida tan característica del argentino—. ¡Disfrutá Madrid!

El cuarto que rentó en la Gran Vía era tal y como lucía en el anuncio. El día de su llegada dejó el equipaje sin deshacer junto al sillón azul del amplio dormitorio y se metió bajo el cubrecamas blanco de la simplona cama de dos plazas. Tenía la intención de dormir inmediatamente, cerrar los ojos y desaparecer por varias horas, pero la necesidad de tomar una ducha para despojarse de las agotadoras horas de vuelo fue más fuerte, así que se levantó.

El blanco de la pintura destacaba sobre el resto y le daba un toque de luz y exacerbaba la apariencia de limpieza. Gracias a ello pudo apreciar en su totalidad el gran mueble empotrado, el cual ocupaba completamente dos de las paredes del comedor. Estaba repleto de libros antiguos. Sara observó perpleja y en silencio durante varios minutos aquella joya literaria. Había cientos de obras reunidas allí para ella, esperando el momento oportuno para ser leídas, protegiendo la memoria de los pasajeros que habían plasmado en sus hojas historias nuevas con el único propósito de ver si podrían, al menos un poco, olvidar las suyas propias.

Cuatro cuadros en blanco y negro de Madrid colgaban de las paredes e incitaban a recorrer la gigantesca urbe. El ruido de los autos que cruzaban la Gran Vía era una invitación para cualquier oído humano; un boleto para caminarla, disfrutarla y sumergirse en la esencia de esta majestuosa ciudad. Sin embargo, para Sara no era suficiente.

Todavía con el cabello mojado, se sentó en el cómodo sofá azul y, con el cuerpo desnudo, se miró en el espejo que tenía enfrente. Mientras sus ojos recorrían las curvas pudo distinguir su figura armoniosa y estilizada. La delgadez compensada con los atributos anatómicos equilibrados y su metro y medio encajaban con ese rostro amable y sutil adornado con la nariz más respingada que la naturaleza puede otorgar. El pelo castaño brillante, con las puntas un poco onduladas que rozaban los hombros, la hacía parecer bella. Sus ojos de color negro intenso, grandes y penetrantes, se nublaron cuando fue consciente de que, pese a estar a miles de kilómetros, la manifestación de dolor y de vacío se sentía igual que cuando estaba en Chile.

La sensación era como si le hubiesen arrancado un brazo sin preguntarle si estaba lista para vivir sin él. Había perdido la capacidad de verle el lado positivo a las cosas. La mezcla de soledad y cansancio la obligó a ponerse de pie. Entonces quiso acercarse al espejo para estudiarse a conciencia, para después caer de rodillas en el suelo helado de su nuevo hogar... y llorar desesperadamente; tal y como había hecho en el apartamento de su país natal unos días atrás, con la misma intensidad, o tal vez peor, porque ahora no tenía a nadie más. Lo que en algún momento le pareció una buena idea, ya no lo era tanto.

Luego caminó hacia la ventana del dormitorio, cerró las cortinas y, aunque eran las tres de la tarde, se acostó con la intención de dormir, o quizá morir... Lo que su cuerpo decidiese hacer primero.

# Capítulo 11

A lo lejos se oía el ruido de las sirenas. Por un instante, Sara pensó que estaba en casa de su hermano Diego, que residía en Santiago de Chile. Él y su cuñada Estela tenían un pequeño apartamento en el centro y cada vez que los visitaba percibía el sonido de la ciudad de noche, que le robaba la tranquilidad de los sueños. Era tan distinto a su apacible sur de Chile...

En ese instante se sintió segura; sin embargo, recordó que estaba en Madrid y que se encontraba ahí sola. Así que, aunque tenía un poco de hambre, no fue capaz de encender la luz; se abrazó a la almohada y siguió durmiendo.

Veintiséis horas fue lo que necesitó su cansado cuerpo y su apaleado espíritu para recuperarse y querer vivir nuevamente. Tenía mucha sed; sintió la lengua gruesa y pegada al paladar. Intentó sacar la mano para alcanzar el reloj y notó que esta temblaba al iniciar el movimiento. Estaba débil, la falta de ingesta le había afectado. Se acordó de su abuela e imaginó cómo la habría reprendido si se enterase. Entonces se levantó a paso lento y se dirigió hacia la pequeña cocina, cuyo color burdeos de las paredes contrastaba con el resto del apartamento. Recorrió con la vista los cajones y estantes colgantes. Después procedió a abrirlos y sonrió cuando se topó con la loza guardada en ellos, preparada para recibir a dos visitantes. Qué ironía.

Cogió un vaso y tomó agua del grifo de la cocina. Sintió el cambio de temperatura del agua al pasar por la boca, su paso conforme descendía por el esófago y cómo iba hidratando célula por célula su resquebrajado cuerpo. Percibió el sabor cristalino. De repente, asoció la pureza del agua de Madrid a la del sur de Chile. No sabía si era fruto del delirio por la sed o una coincidencia, pero logró sentir la familiaridad que necesitaba en aquel instante.

Paseó de nuevo por el apartamento, decorado con buen gusto, y se sentó en la mesa blanca, que estaba presidida por una vasija larga y estilizada que contenía en su interior flores artificiales rojas. Nunca le habían gustado las flores de plástico, pero en aquella ocasión debió reconocer que estas le proporcionaban vida y color al lugar. Entonces se fijó en que junto al florero habían dejado un pequeño chocolate con una nota a su lado que decía: «Que disfrutéis de la estancia». Experimentó una punzada de dolor en el estómago; el dolor del hambre. El movimiento intestinal agudo y desordenado hacía que se retorciera. Y decidió que había llegado la hora de salir.

Se puso un liviano vestido turquesa que marcaba a la perfección la simetría ósea de sus clavículas. Se dio cuenta de que había adelgazado. No sabría decir cuántos kilos había perdido, pero definitivamente pesaba menos.

## Capítulo 12

Necesitaba alimento; su cuerpo y su enlentecido cerebro lo pedían a gritos. Bajó a pie los ocho escalones de su edificio para salir a buscar lo que fuese necesario con tal de que pudiese recuperar la cordura y la energía para vivir. Aunque, en realidad, no había mucho que pensar; la búsqueda iba a ser sencilla: paella y una copa de sangría. Aquello sería el complemento perfecto para impregnarse de este país que no era el suyo, pero que le recorría las venas.

Añoraba disfrutar de un lugar con mesas al aire libre. En una callejuela cerca del apartamento divisó un pequeño local decorado con bombillas colgantes en un escenario a la intemperie. El calor de la tarde invitaba a sentarse en la única mesa que aún estaba disponible.

Todavía no había llamado a su madre. De hecho, no había cargado su celular ni comprado un nuevo chip para estar comunicada con el mundo que había dejado en Chile. Hacer las cosas sin planearlas no era su característica más fuerte, pero en esta nueva faceta decidió apoyarse en la relación umbilical que ambas poseían y confió en que Victoria Abarzúa sabría a miles de kilómetros que, al menos en el terreno físico, se encontraba bien.

La penumbra recelosa de la tarde madrileña iluminaba tenuemente, anunciando la inevitable llegada de la noche.

—¿Qué vas a tomar? —interrumpió la voz de la garzona, que encendía con sigilo la vela que decoraba la mesa.

—Sangría —respondió Sara sin evitar ruborizarse. En Chile habría sentido vergüenza por tener que salir a beber sola; es más, probablemente no lo hubiese hecho.

—¿Copa, media jarra o jarra?

—Jarra, y una paella, por favor —le pidió sin mirarla.

—¿Estás segura? —preguntó con incredulidad la mujer mientras depositaba el lápiz junto a su oreja derecha—. ¿Esperas a alguien más?

Sara sintió el peor de los puñales. Ni en mil años se habría imaginado sola en un restaurante. Durante los últimos cuatro años Pedro había sido su compañía: cenas de aniversario, almuerzos de domingo, café de media mañana en la oficina. Pero la vida perfecta que había planificado con ese hombre, que ella consideraba el adecuado, acababa de desmoronarse. Entonces recordó a su madre y las conversaciones que ambas habían mantenido meses antes de la boda:

—¡Es difícil encontrar a alguien completamente compatible! Solo hay que tener proyectos en común, acuerdos básicos, respetar las necesidades individuales de cada uno y buscar espacio para la soledad —le dijo a su madre en un intento por convencerla de que casarse con Pedro era la decisión más sensata de su vida.

—¡Ni siquiera entendí lo que dijiste, hija! Para mí la conexión debe ser amor del bueno, y punto —expresó doña Victoria en un arranque desesperado por hacer que Sara definiera de una vez la extraña

relación sentimental que tenía con Pedro.

—Mamá, presiento que no estás feliz por mí —le reprochó, exasperada. No sabía por qué, pero su felicidad no estaba completa si no obtenía la aprobación de los demás.

—¡Sí estoy feliz! Quiero que te cases y que tengas muchos hijos. Pero tengo una sensación extraña; eso es todo —aseguró mientras se llevaba la mano al pecho con disimulo para acallar la corazonada que la perseguía.

—¿Qué es una sensación extraña? ¿Crees que no me va a hacer feliz? —se defendió Sara al percatarse de la angustia de Victoria—. Porque ¡ya lo hace! Al menos, yo solo necesito una relación estable y segura. ¡Tú deberías entender eso! —se quejó de nuevo, intentando justificarse.

—¡Lo comprendo! Y convivo con ello, pero no estoy convencida de que sea lo más adecuado para ti —agregó dándole un beso en la frente. Con este gesto pretendía acabar con el tono álgido de la conversación.

La terraza del pequeño local madrileño absorbía por completo la luz de la luna a través de la techumbre. La música proporcionada por el piano y la brisa le daban un toque de encanto, como si fuera un lugar de antaño.

—¿Retiro la otra copa? —insistió la mesera.

—Sí, por favor. No espero a nadie —informó Sara a la par que observaba cómo depositaba en la mesa el succulento plato.

Pollo, conejo y judías envueltos en aroma a tomate y escondidos con celo entre el arroz humedecido. Todo ello dedujo del olor que desprendía. También reconoció el ajo y el azafrán. Haber aguantado tantas horas sin comer tuvo su merecida recompensa: la paella valenciana le daba la bienvenida a este país tan distante.

Sin duda, una jarra de sangría era lo que su alma necesitaba, pero más de lo que podía tolerar su reducido estómago. No escapó a la sonrisa burlona de la mujer.

—¡Te lo dije! —afirmó esta. Después se apartó el pelo de la cara y le regaló un guiño cómplice y travieso.

—¿Hay que estar muy desesperada para pedir una jarra? —quiso saber Sara, intentando ser amable.

—¡Algo así! —respondió la mesera. Después añadió con curiosidad—: ¿Qué hace una extranjera como tú tan sola en un lugar como este? A diario me topo con turistas que van de paso; la mayoría, en grupos o parejas. Los solitarios son los locales, los residentes que, escapando de su rutina diaria, beben un poco por la noche para aliviar su carga.

Sara sonrió. No encontró la respuesta adecuada para contestar su pregunta. Esa desconocida era el primer ser humano con quien intercambiaba unas palabras en ese continente y la había dejado en jaque dos veces en menos de una hora. Sin embargo, la sensación de no tener nada que perder la animó a hablar con franqueza.

—No lo sé. Planeo averiguarlo.

—Mi nombre es Inés —se presentó ella sin dejar de limpiar la mesa de Sara, donde había dejado la cuenta sobre el tablero—. Madrid tiene respuestas para todo.

Cuando terminó, decidió caminar despacio observando el pavimento de adoquines y admirando la belleza que transmitía su imperfección. Apenas se había alejado cien metros del local, oyó la única voz

que podría reconocer en Madrid.

—¡Eh, tú, chica solitaria! ¿A dónde te lleva la noche? —se interesó Inés, que trataba de ajustar el ritmo en la marcha para caminar juntas.

Sara reconoció en Inés un rostro amigable. Era una mujer de unos treinta y tantos años, con un dejo de misterio y soledad en los ojos. Bastante más alta y fuerte que ella, con la cabellera rubia recogida perfectamente con un lápiz de escribir.

—¡Hola! ¿Inés, verdad?

—Así es, la misma. Voy rumbo a mi segundo trabajo. Está a dos manzanas de aquí. Si no tienes nada mejor que hacer esta noche, quizá te gustaría acompañarme.

—¿En qué trabajas? —se interesó Sara.

—Sirvo mesas en un tablao flamenco. El espectáculo es buenísimo.

—¿Siempre te llevas a gente allí?

—Solamente a las almas perdidas —explicó Inés con una sonrisa.

—¿Por qué trabajas tanto? —continuó Sara con su interrogatorio. La pregunta descolocó a Inés por el tono, considerando que ambas eran dos perfectas desconocidas.

—Es una larga historia —se excusó. Después de un suspiro y un breve silencio, agregó—: Tengo una hija.

Sara evidenció la nostalgia contenida en Inés y el brillo en sus ojos; todo ello fruto de la maternidad culposa. Si hubiese planificado esa noche, sin duda habría elegido algo similar. Sumergirse en España, ver y sentir la pasión del baile la habían hecho estremecerse. Por un instante presintió que todo iría bien. Viajar diez mil kilómetros para buscar un rastro pequeño de su ADN, perdido después de casi noventa años de historia, no era una idea tan descabellada. Tal vez fuera la soledad o quizá el colorido y la calidez del baile flamenco, pero experimentó el ansioso deseo de pertenecer a ese lugar.

—¿Cómo te lo has pasado? —quiso saber Inés, que se había sentado a su lado para descansar un poco. La noche estaba siendo muy ajetreada.

—Bien. Gracias por traerme contigo —confesó Sara, y le apretó la mano.

—¿Otra jarra de sangría? —la desafió Inés—. Las chicas y yo hemos hecho una apuesta: les aseguré que una chilena era capaz de beberse sola una jarra completa.

—¡Suficiente por hoy! —se disculpó Sara, risueña, en complicidad con su nueva amiga.

Horas más tarde regresó a su apartamento con ganas de descansar. Sabía que ya había dormido bastante, pero estaba agotada mentalmente. En ese instante fue consciente de que no había ajustado nada de lo que se supone que hay que arreglar al suspender una boda. En Chile eran las nueve de la noche, así que decidió sentarse a escribir un correo electrónico para despejar la mente y evitar las preguntas inevitables que acarrearán las llamadas telefónicas.

Querida Alma:

Lamento no haber tenido la oportunidad de despedirme. Sabes que eres muy importante en mi vida, pero en este momento tan doloroso solo pensé en mí. Para tu tranquilidad, quiero que sepas que estoy bien. Me encuentro en España, llegué hace dos días.

Necesito pedirte, por favor, que me ayudes con todos los trámites necesarios que conlleva suspender una boda. En el velador de mi pieza, en el apartamento, hay una agenda planificadora. Mi padre tiene una llave. Ahí está todo. Pídele también a mi madre que te ayude a devolver los regalos que llegaron a la casa.

Con el vestido no sé qué hacer. Regálalo, véndelo, rómpelo si crees que es lo adecuado, pero, por favor te pido, sácalo de mi apartamento.

Te quiero,

Sara

Luego cerró el computador y acomodó la cabeza en la almohada. El impacto de estar sola en aquel lugar le hizo replantarse sus proyectos. Tal vez no había sido su idea original, pero ya que estaba en Madrid, además de localizar a Rosario Domínguez, buscaría un empleo para rearmar la vida en aquella ciudad. Se quedaría a vivir todo el tiempo que fuese necesario, y cuando tuviese el coraje suficiente, volvería a Chile a enfrentar a Pedro.

## Capítulo 13

Sara

Desde edad muy temprana Sara había huido del romance. Su educación católica en un colegio solo para señoritas le trajo a la memoria las penas del infierno, pormenorizadas por las religiosas. Si alguna muchacha osaba enamorarse cuando su mente solo podía estar ocupada por las letras, la música o las artes del bordado, ni el rosario completo podrían salvarla de salir de la temida lista de espera que conducía al purgatorio.

En ese colegio aprendió cocina, danza, economía doméstica y las plegarias de la virgen, en italiano y en latín antiguo; pero el conocimiento sexual no formó parte del programa educativo. Lo único que se podía saber de aquello procedía de leyendas contadas y transmitidas como historias de ultratumba entre las distintas generaciones de estudiantes; hasta que las más aventuradas en la exploración y el conocimiento masculino se encargaban de instruir a las incrédulas almas contenedoras de hormonas, que oían las liberadoras bondades de lo prohibido.

Junto con una personalidad práctica, Sara forjó su espíritu concreto en la elección de un compañero y se dio el lujo de descartar a los pocos pretendientes que tenía si estos no cumplían con las altas aspiraciones académicas o un nivel intelectual adecuado. Por eso nunca imaginó una relación en la que existiese la necesidad permanente de estar con la pareja. Para ella era simple: la pasión y el romance formaban parte de la utopía del encantamiento.

Las manifestaciones de cariño entre Sara y Pedro carecían de encanto y la cursilería propia de romanticismo se encontraba ajena a la relación. Sara era consciente de ello y, aunque lo aceptaba, en más de una ocasión intentó explicárselo:

—¿Me amas, Pedro?

—¿Qué pregunta es esa, Sara? Por supuesto que te amo. ¿Qué crees, que estoy acá contigo porque estoy acostumbrado? —le respondía él, anticipando que aquella pregunta generaría algún conflicto.

—Siento que no nos vemos como una pareja de enamorados...

—¡Nosotros nos vemos como la pareja exitosa que somos, y punto! —agregaba elevando el tono y cerrando el aparatoso diario local. Después se ajustaba bien los lentes al tabique nasal y fruncía el entrecejo. Estaba molesto por tan desgastante conversación.

Sara no lograba asumir la pérdida. Tenía el plan de vida perfecto y jamás, ni en la peor de las pesadillas, imaginó que su futuro marido desbarataría ese esquema. Su desvelo durante los primeros días en Madrid fue un reflejo fiel de ello. La tercera noche la pasó mirando el techo sin poder conciliar el sueño. Creyó que enloquecería. Su mente desvariada no paraba de analizar cada segundo anterior al 14 de julio. Seguía sin comprender qué era exactamente lo que más le había dolido: que Pedro la hubiese dejado plantada en el altar o que le contara por carta... que estaba con otra mujer.



## Capítulo 14

Alma, 17 de septiembre de 2007  
(dos meses tras el arribo a Madrid)

Aquella calurosa mañana, mientras barría el empolvado piso de madera de su apartamento, Sara se sobresaltó al oír el timbre. La única vez que alguien había tocado a su puerta se había topado con una desaliñada vecina, que buscaba a su gato extraviado.

—¿Cómo se te ocurre huir de Chile sin avisarme? —le reprochó Alma con el rostro serio en un arrebato de emociones incrementado por el cansancio de tan extenuante travesía.

—¡¿Qué estás haciendo aquí?! —gritó Sara, eufórica, al ver a su colorina amiga apoyada en la puerta de su apartamento. Pese a las desgastantes horas de vuelo, todavía conservaba su belleza exuberante tan característica.

Alma era una mujer llena de luz, como le decía su abuela; irradiaba paz, equilibrio y bondad, cualidades que hacían prácticamente imposible enojarse con ella. Le temía a la oscuridad y a la soledad y conocía sus habilidades para convencer a cualquiera de que la ayudase a vencer sus miedos infantiles. Sara no era la excepción y el primer día que la vio entendió que debía amar a su amiga sin cuestionamientos, y aunque no comprendía la falta de madurez en sus caprichos, asumió que en la vida todos necesitan sentir el apoyo de diferentes maneras.

Las dos amigas se conocieron en la primaria, durante el primer día de clase. Alma ingresó de la mano de su padre. Estaba nerviosa y sentía el mismo pesar en el estómago que cuando iba al médico o a ponerse alguna vacuna y se aferraba con fuerza a esa sensación premonitoria de que nada cambiaría el destino de lo que sucediese los próximos cinco minutos. Tras soltarse de la mano de su progenitor, experimentó, a sus inocentes seis años, una sensación de miedo paralizante que le recorrió el cuerpo. Ese temor vino acompañado de un hilo cálido y liberador que bajaba por sus piernas. Enseguida se formó en el suelo un charco de orina y el miedo inocente se acababa de transformar en terror. Había liquidado cualquier opción de crear amistades, pues nunca podrían olvidar a la colorina pecosa que había dejado su marca el primer día de clase. Sin embargo, sucedió algo inesperado que cambió ese destino desafortunado.

Alguien se acercó caminado a paso lento, sin desviar la mirada. Era la niña más flacuchenta que Alma jamás había visto. De hermosas facciones, con el cabello castaño que llevaba recogido en una cola, rostro amable y una sonrisa perfecta, pese a faltarle los dos dientes delanteros; pero con una estructura ósea completamente prominente. Alma observó que en su uniforme escolar entraban dos niñas como ella y sus tobillos, que escondían las calcetas azul marino, podían ser rodeados sin ningún inconveniente por dos de sus rollizos dedos.

—¡Hola! —exclamó la niña casi invisible—. Soy Sara.

Sara emanaba una personalidad imponente y avasalladora que compensaba todos los kilos que le

faltaban a su cuerpo. Se paró delante de ella y dejó caer la chaqueta al suelo. Luego la pisó con fuerza y la arrastró a un costado. Entonces la recogió del piso y la metió en una bolsa dentro de la mochila.

—¡Tranquila! —le susurró a Alma en el oído—. Tengo ropa de recambio.

Ese día las dos niñas sellaron su pacto de amistad para siempre; rieron por años recordando la cara de la madre de Sara al descubrir la chaqueta orinada. Fue difícil convencerla de que no había sido ninguna niña mal portada que quería hacer sufrir a Sara. Le contaron que había sido un gato huérfano que deambulaba por la escuela y que daba buena suerte que se orinara en alguna prenda. Sara no solía mentirle a su madre, pero el orgullo y la honra de su amiga estaban en juego.

La complicidad entre ambas niñas se forjó en un pacto de hermandad que duraría muchos años y que se puso a prueba en la preadolescencia, cuando los problemas no deberían existir. Con tan solo doce años, Alma tuvo que hacer frente a la pérdida de sus padres.

—¡Habla más lento, que no te entiendo! —le pidió Sara, con voz de desesperación, en aquella oportunidad.

—¡Mis padres están muertos, Sara! ¡Ven, por favor!

Estos habían acudido a una reunión de padres del colegio una noche lluviosa de marzo. La pregunta de la madre de Alma antes de salir, sobre si llevar un suéter gris claro o uno rojo, aún resonaba en su mente.

—El gris, mamá. Resalta tu sonrisa —respondió la niña—. Te lo recuerdo por si te dan ganas de enojarte conmigo cuando veas las notas.

Ambas soltaron una carcajada. Luego la madre la abrazó; un abrazo largo y fuerte. Alma sintió que su madre aspiraba el aroma que desprendía su cabello. Por un breve momento, tuvo la sensación de que quería llevarse consigo algo de ella.

—¡No nos esperen despiertos! —ordenó la madre.

El aroma a rosa y jazmín de su perfume se impregnó en su vestimenta y se quedó perpetuado en ella. Como los gritos de su abuela cuando descolgó el teléfono; como la fría sala de espera del hospital; como cada mirada de compasión que recibía de todos cuantos se acercaban. Solo era capaz de percibir el perfume de su madre, que había penetrado en cada fibra de su ropa infantil. Decidió guardar aquella polera sin lavar en una bolsa sellada, que escondió en su baúl de madera. Solo la abrió en dos ocasiones: el día de su boda y cuando se puso de parto de su hija. Y lo hizo para cortar un pequeño fragmento y coserlo dentro de su vestido de novia y en el camión que usaría en el hospital para recibir a su primogénita.

De su padre no recuerda mucho. El día del accidente había salido hacia el auto minutos antes que su madre.

—¡Volvemos pronto! —aseguró desde la puerta.

Alma creía que las frases «no nos esperen despiertos» y «volvemos pronto» eran más que una ironía y tenía la esperanza de encontrarles el sentido algún día.

Cuando Sara se enteró de lo ocurrido, corrió a ver a Alma, que estaba en su casa rodeada de gente. Le pareció que todo ocurría a cámara lenta; las palabras de pésame y consuelo, como si fuese una película de terror.

—¡Esto apesta! —se quejó Sara con un tono seco, sin siquiera abrazarla—. ¡Vámonos de aquí!

Así fue como Sara rescató a su amiga de esa realidad ilusoria y la transportó a un mundo paralelo de fantasías y sueños mágicos.

Durante la adolescencia la naturaleza privilegió a Alma con una facies armoniosa y natural que, sumada a su carácter apacible, la convirtieron en una de las muchachas más cotizadas por los jóvenes del pueblo. Sin embargo, su obsesión por el peso fue su gran condena. Después de la muerte de sus padres, era habitual verla robar y engullir grandes cantidades de pasteles, para luego pasar meses siguiendo dietas estrictas de sopa de apio y manzana verde. Enfermó muchas más veces que Sara. El trastorno alimentario que padecía le provocó una alteración digestiva progresiva. Pasó seis semanas de diarrea que le acarrearón una desnutrición que le robó el color y la sonrisa. Tuvo que ser ingresada en una fría sala de hospital, donde se enfrentó a las miradas de compasión del equipo médico. Después recibió el apoyo de la nutrición parenteral, pero en su mente continuaba rechazando su cuerpo obeso y voluptuoso.

De aquello ya habían pasado varios años. En ese instante estaban en Madrid y el escenario era diferente. Sin embargo, nuevamente una de ellas debía ser ayudada por la otra.

## Capítulo 15

El abrazo entre las amigas fue inmediato; ninguna de ellas fue capaz de contener las lágrimas. Las conmovió encontrarse en un país tan lejano al propio.

—Es que... ¡no puedo creer que estés aquí! —agregó Sara, secándose el rostro—. ¿Cómo pasó esto? Cuando tocaron a la puerta pensé que era la vecina buscando a su gato. Tu llegada ha sido lo más emocionante que me ha ocurrido en el último mes —rio.

—¡simple! —respondió su amiga mientras dejaba la maleta en el recibidor y se sacaba el abrigo verde musgo que traía puesto—. Después de leer ese correo electrónico que me enviaste fui a tu apartamento, le pedí a tu madre que devolviera los regalos, anoté tu dirección de Madrid, volví a mi casa, hice una fogata, quemé tu vestido de novia, luego compré un pasaje... ¡y me vine a emborrachar contigo!

El frío de la tarde se equilibró con las risas cómplices de las muchachas. Se sintieron como las niñas de antaño, con la capacidad invencible de que no existía obstáculo para ellas. Iniciaron la charla comentando trivialidades de la infancia, y aunque Sara estaba más interesada en conocer los detalles del viaje de Alma a Madrid que en revelar las desgracias propias, su amiga venía dispuesta a abrir las heridas de inmediato.

—¿Tienes vino? —preguntó Alma, inspeccionando con curiosidad la cocina—. Mi cuerpo lo necesita...

—¡Sí, tengo! —contestó la dueña de la casa, desenvolviendo una botella cubierta con papel de periódico.

—¿De cuál? —La miró perpleja. El buen vino era algo que unía a las amigas; ambas habían realizado juntas varios cursos de cata por las viñas de Casablanca.

—Eh... tinto —titubeó Sara, y cerró los ojos con una mueca de desagrado, anticipándose a la reacción de su amiga, que tanto conocía.

—¿Cómo que tinto?! ¡¿Qué cosa es eso?! —exclamó Alma con burla mientras procedía a quitarle la botella de entre las manos.

—No sé, dice tinto.

—¿Cómo puedes comprar un vino que no proceda de una cepa identificada?! Esta cosa no tiene ni buqué; con suerte, serviría para hacer sémola con vino —añadió Alma, sacándole una carcajada a su melancólica amiga.

—No sabes cuánto me alegra que estés aquí conmigo.

—¡Ya, gordita! Cuéntamelo todo. ¿Qué bicho te picó para venir a llorar tan lejos? —la interrogó a la par que colocaba dos copas sobre la mesa.

—No lo sé, amiga, necesitaba irme... Desaparecer.

—Pero... podíamos haber desaparecido juntas en Chile. Habríamos quemado todo lo referente a Pedro en el balcón de su apartamento, podríamos haber colgado una foto con su rostro horrible y

haberle tirado dardos o, ¡mejor aún!, le podríamos haber lanzado piedras a su escarabajo, o haberle dejado cartas anónimas intimidantes, o...

—¡Ya, ya, sí, entendí! Pero no quiero vengarme de él; solo quiero que se me pase el desconcierto y la vergüenza —suspiró con resignación.

—Lo entiendo...

—No, no lo entiendes.

—O sea, me imagino que es difícil de asimilar, pero el tiempo y el llanto ayudan, amiga. ¿Lloraste?

—Un poco. Lloré hasta que se me acabaron las lágrimas. Ahora ya no lloro; ahora leo todo lo que puedo —dijo, recorriendo con la mirada la imponente biblioteca de la sala.

Entonces se produjo un silencio, que fue interrumpido por Alma.

—¿Cuántas camas tiene este lugar? —preguntó, levantándose de la silla y dirigiendo sus pasos al pequeño dormitorio.

—Una.

—Trata de no roncar, por favor, que... ¡mañana nos vamos de viaje! —aseguró aplaudiendo con energía. Después esbozó una sonrisa, entusiasmada.

—¿Cómo que de viaje? —dudó Sara.

—¿Acaso tienes algún otro panorama para mañana, gordita? —preguntó Alma, bebiendo el último sorbo de su copa. Acto seguido, frunció el ceño, cerró los ojos y arqueó la boca en una expresión de desagrado.

—Pensaba salir a buscar trabajo...

—¡Eso es algo que se puede hacer por Internet! —afirmó acabando con la discusión. Luego sonrió burlona y empujó a su amiga hacia el dormitorio.

A la mañana siguiente, cuando Sara despertó, Alma ya se había levantado y tenía la mesa puesta para tomar el desayuno.

—Qué agradable sensación —confesó al verla.

—¿Qué cosa? —respondió esta sin dejar de llenar las tazas de café.

—¿Que alguien que te quiere te prepare un desayuno?

—Yo no solo te quiero, gordita... Yo haría cualquier cosa por ti. ¡Ahora come! —le ordenó—. Que estás muy flaca, y lo sabes.

—Ven a desayunar conmigo —le pidió Sara mientras tomaba asiento.

—Solo un café para mí. Yo no necesito tantas calorías.

—Y empezamos de nuevo...

—¡¿Qué?! Solo digo que estoy un tanto pasada de kilos.

—¡Eso no es verdad! Eres voluptuosa y curvilínea, con la gracia y el encanto del rostro más perfecto del mundo, los ojos verdes más mágicos de todos y un cabello cobrizo que envidiaría cualquier princesa mitológica. Si no te alimentas..., ¡no pienso viajar contigo a ninguna parte! ¡Esta fruta picada es para ti! —exigió, y la miró fijamente. Porque Sara era la única que conocía los oscuros secretos de la mente de Alma. Ella sabía que la imagen que Alma veía en el espejo estaba absolutamente trastocada por la realidad.

—¡Sí que tienes poder para convencer, chica! —cedió mientras empezaba a comer junto a su amiga.

Sara se dejó llevar por la energía de Alma. Viajar sin saber el destino final le dio un impulso de serotonina a su agotado cerebro. Caminaron hacia la estación de Atocha, disfrutando de la cálida mañana que el mes de septiembre les regalaba. Cogieron el tren y, después de acomodar sus pertenencias, Sara tomó asiento junto a la ventana y se dejó llevar por el cansancio acumulado de las últimas noches de insomnio.

—¡Despierta, Bella Durmiente! —la sobresaltó Alma—. Ponte el sombrero: el sol está pegando fuerte y no queremos que la poca grasa que tienes se derrita, ¿verdad?

—¿Ya llegamos?, ¿tan pronto?

—Así es. ¡Bienvenida a Toledo! Primera parada obligada —suspiró complacida.

Maletas en mano, las dos amigas abandonaron la estación para coger un taxi. Al observarlas de lejos, nadie pensaría que dos personas tan físicamente opuestas fuesen tan complementarias.

—Podríamos hacer un *tour*, ¿te parece? —propuso Sara con un entusiasmo que no expresaba desde hacía varios meses.

—Sí, mañana es buena idea.

—¿Mañana? ¿Nos alojaremos aquí? —se asombró Sara. Pensaba que recorrerían Toledo por la mañana y proseguirían con la ruta. Amaba a su amiga, pero no tenía ánimo para irse de farra.

—¡Por supuesto que nos vamos a quedar a dormir! No pretenderás que seamos las típicas turistas que se pierden la oscuridad y la magia toledana —la regañó Alma. Era imposible rebatirle nada.

—Nunca dejas de sorprenderme. Por eso te quiero tanto.

—Nos deja en el Eugenia de Montijo, por favor —solicitó Alma al chofer.

El céntrico hotel *boutique* tenía mucho encanto. La historia y la cultura medievales se mezclaban con un toque de elegancia y romanticismo.

—Caminemos hacia la catedral —sugirió la colorina—. Está a dos pasos de aquí.

La majestuosa construcción arquitectónica de la cultura gótica las dejó perplejas. Desde las grandes puertas hasta cómo se disponía el espacio interior. El edificio al completo logró borrar de su mente sus propias preocupaciones superfluas. Sara creyó que nada podría sacarla de aquel trance, ni mucho menos alterar ese instante de perfección, hasta que oyó el sollozo ahogado de su compañera.

—¿Estás bien? ¿Qué pasó? —se preocupó Sara, y tomó a su amiga del brazo para detener su caminar.

—¡Extraño a la pecosita! —refirió esta, aprovechando la oscuridad de lugar para cubrir su inminente llanto.

—Amiga, tranquila. La pequeña está muy bien. La abuela debe de estar consintiéndole todo —manifestó Sara. Luego la abrazó solidarizándose con su sufrimiento.

—Sí, lo sé. Es mi sentimentalismo maternal —explicó mientras se enjugaba las lágrimas e intentaba fingidamente sonreír.

—Nada que una buena comida y una copa de sangría no solucionen —dijo Sara dirigiendo el paso hacia la salida—. Te invito a almorzar. ¡Vamos!

Caminar, fotografiar y descubrir historias secretas en cada esquina. La visita acabó por consumir la tarde de las chilenas. El aromático café en la plaza de Zocodover fue el escenario perfecto para captar la esencia del templado atardecer.

—¿Quién desea conocer lo que le depara el destino? —las interrumpió una gitana. Era una mujer

sesentona; al menos, eso estimaban sus marcadas líneas en el rostro. Con el cabello albino y tomado en una trenza que le llegaba hasta la cintura; llevaba un vestido largo de colores brillantes, sucio y desgastado, con múltiples pulseras en las muñecas que sonaban constantemente mientras se desplazaba por el lugar.

—¡Uf! Mi suerte ya está echada —suspiró Alma haciendo una pausa.

—¿Y qué hay de ti, ojos tristes? Muéstrame la mano y te lo diré —trató de convencerla la desconocida, que se había sentado junto a la silla de Sara.

—¡No, gracias! No creo mucho en estas cosas —se excusó esta, sin mirarla.

—Entonces no pierdes nada —agregó la mujer, extendiendo la palma a la espera de la mano de Sara.

—Tiene razón —la alentó Alma, golpeándola con la mano en el codo—. Dale, será divertido.

Con una mueca de resignación, pues conocía a la perfección la testarudez de Alma, Sara estiró la mano derecha y le ofreció la palma a la desconocida. Sintió sobre la piel el roce de la uña larga y la mirada fija de aquella mujer. Entonces experimentó un miedo paralizante y retiró la mano con rapidez.

—¡No desespere! Él regresará a por ti —gritó la gitana con la mirada desorbitada. Después añadió—: Bienaventurados los que son salvados de las llamas, porque abren su alma para sentir... — Posteriormente, se puso de pie y se alejó de las chilenas a paso rápido y sin mirar atrás.

El cansancio del día, después de conocer los ocultos y sorprendentes secretos de la noche guiada por Toledo, se cobraba su cuota de agotamiento, y aunque la obligación de dormir se hacía imperiosa, Alma insistía en su plan para recuperar la integridad emocional de su amiga.

—Ven, sentémonos en el bar un rato antes de subir a la habitación —sugirió Alma dirigiéndose a la barra y dejando atrás a su exhausta compañera.

—¡Estoy cansada, amiga! Quiero dormir. Paso por hoy —le comentó Sara desde la escalera para subir a la habitación. Necesitaba dormir cobijada bajo las tapas; su cuerpo se lo pedía a gritos.

—¡Nada de eso! Hazle honor a tu juventud, gordita —volvió a la carga Alma mientras la arrastraba del brazo en dirección al bar—. Dos copas de espumante, por favor.

—Ahora mismo, señoritas —respondió el camarero, sin evitar sonreír al ver la cara de derrota y sufrimiento de Sara. Esta trataba de sentarse en el incómodo asiento.

La barra, reluciente y a media luz, rodeada de pinturas al óleo, incitaba a olvidar el ajetreo del día, a liberar el desgaste caminado y a involucrase en la propuesta temática nocturna.

—¿Qué crees que me intentó decir la gitana? —preguntó Sara, que había dejado sobre el tablón de madera la guía fotográfica recién adquirida que trataba sobre las atracciones toledanas.

—Que te salvaste de Pedro...

—No, me dio la sensación de que hablaba del futuro —prosiguió Sara, pensativa, y se llevó la mano a la cara.

—¡Que tengas cuidado cuando hagas fuego, y punto! Además, tú no crees en esas cosas, ¿o sí?

—No, no creo —contestó insegura. Después le dio un sorbo a la copa—. Pero... ¿y si quiso decirme que mi destino o mi final está maldito?

—Disfruta del camino. Ahí se esconde la felicidad. El destino y el final llegarán por sí solos —expresó Alma dándole un beso en la frente.

—Es cierto, amiga —concluyó. Luego hizo una pausa y añadió—: Hay un detalle que no te he

contado.

—Dime, me estás poniendo nerviosa, Sara —habló seria, abriendo sus grandes ojos verdes y poniendo toda la atención sobre el rostro de su amiga.

—Pedro me escribió una carta.

—¿De qué carta hablas? ¿Cómo la conseguiste? —preguntó intrigada—. ¡Muéstramela!

—No puedo mostrártela. ¡La perdí!

—Mentira —se quejó Alma, cubriéndose el rostro—. ¿Qué decía?

—Solo alcancé a leer las primeras dos líneas. —Sara cogió fuerzas para continuar el relato, que la estaba torturando desde hacía días—. Me contaba que había dejado embarazada a Mónica y que se estaba ahogando de dolor.

—¿Qué? ¡Me estás hueviando! —gritó su amiga, sin importarle haber captado la mirada de los presentes.

—Shhh. Que nos están mirando.

—Me importa una mierda que nos miren. ¿Y el resto? Vamos, Sara, ¡que me estás matando de la angustia!

—Fue el día de la boda. Encontré la carta en su sillón de cuero negro. Cuando vi que estaba dirigida a mí, comencé a leerla, pero luego nos interrumpió la mamá de Pedro. Arrugué la carta y no logro recordar dónde la puse. La busqué, pero creo que la dejé en el apartamento de Pedro —expresó Sara bajando la vista.

—Bueno, al menos leíste lo más importante —resolvió Alma algo más calmada—. Sea lo que sea que dice el resto, no cambia el hecho de que es un maricón que dejó embarazada a otra mujer y no se casó contigo.

—Busqué a ver si la encontraba y asumí que estaba perdida. Tal vez algún día tenga la fuerza suficiente para enfrentar a Pedro y que me cuente el final de aquellas líneas.

—Amiga, sé que te duele ahora, pero la salvada de no casarte con ese experimento de hombre la vas a agradecer a la larga.

—¿Por qué dejó embarazada a Mónica?! —soltó con disgusto—. Si no hubiese un hijo de por medio, las cosas podrían haberse solucionado de alguna manera.

—Te dejó en el altar, te engañó con otra mujer a quien dejó embarazada y, además, no fue capaz de dar la cara —susurró su amiga. Había bajado el tono de voz por la vergüenza que acarrearía que alguien escuchase semejante declaración—. ¿Realmente lo habrías perdonado?

—No lo sé, tal vez. Hay noches en las que pienso en lo que me faltó por leer; ¿y si me pedía perdón? ¿O quería que lo siguiera a la Argentina?

—¡Estás mal, amiga! Con todo lo que te quiero, no puedo dejar de decírtelo. Lo que te hizo es imperdonable, ya no hay vuelta atrás.

—¿Por qué con Mónica? —continuó Sara, como si esa noche la hubiesen liberado para hablar de todas sus dudas—. Ella ni siquiera hablaba... No tenía opinión. Tú la cachabas, ¿cierto?

—Algo la ubico.

—Es una mina con cero iniciativa y sin ideas propias. En las reuniones jamás dijo nada; es de esas mojigatas que apoyan al bando que más les conviene. Aún la veo escondida tras sus lentes, con el pelo



perfectamente tomado, con la sonrisa tatuada en el rostro porque sí y porque no, incapaz de matar una mosca... Y quién lo diría, la hueona me cagó la vida.

—Amiga, no te tortures. Acá la mina da lo mismo. No nos olvidemos de que Pedro era quien tenía el compromiso contigo —comentó Alma, que fue categórica con sus palabras, porque aunque Pedro nunca había logrado ganarse su empatía al completo, jamás pensó que fuese capaz de engañar a su amiga con otra mujer.

—¿Cómo pude ser tan estúpida? —protestó Sara moviendo la cabeza—. Le he dado vueltas una y otra vez, he revisado todos mis mensajes y no encontré luces de que algo así podría ocurrir. La noche antes de la boda le escribí que descansara, que el día siguiente iba a ser un día importante... y que lo amaba.

—¿Te contestó?

—No lo hizo, y el mensaje no aparecía como leído. Asumí que se había dormido temprano. Ahora sé que se había ido a la Argentina. Al día siguiente no le escribí; estaba más preocupada de la lluvia que de saber si él había visto ese mensaje.

—¿No has pensado que tal vez no lo amabas? —se interesó Alma con sinceridad. Siempre creyó que su amiga seguía con Pedro por miedo a dejarlo, por el inmenso control que este ejercía sobre ella.

—Eso suena a premio de consuelo, porque si no lo amaba, lo mejor que me pudo pasar fue que me dejara plantada en la iglesia —expresó irónicamente y con voz seca.

—No quise decir eso...

—Tranquila, amiga, lo sé. Me encantaría no haberlo amado, pero a estas alturas tengo tantos sentimientos hacia él que me resulta imposible definirlos. Lo que mi cabeza no logra descifrar es por qué me dejó por Mónica. Insisto, la mina no tiene personalidad. A su lado ella no se va a notar.

—¡Por eso mismo! Porque hombres como Pedro no pueden tolerar a una mujer inteligente y exitosa a su lado; son incapaces de disfrutar de los logros de su compañera si opacan el suyo propio. La vida se centra en ellos. Y para alcanzar sus objetivos necesitan destruir a todos los que puedan brillar a su lado.

—Ojalá tengas razón...

—La tengo, amiga; la tengo.

## Capítulo 16

Al día siguiente, el movimiento acunado del tren sumergió a Sara en un sueño inquieto en el que recordaba a los suyos. Mientras dormía, vio a su madre quemando su propio vestido de novia, tal como Alma había destruido el de ella unos días atrás. Estaba feliz y liberada, con un vestido rosa pálido danzando alrededor de una fogata, como si fuese una pequeña niña haciendo alguna travesura.

—Llegamos a Granada —la despertó Alma, entusiasmada—. He oído maravillas de este lugar.

El hotel era la portada de un cuento infantil. De arquitectura antigua, en piedra y fierro, con los techos altos y recelosos al ingreso de la luz. Estos detalles le daban el encanto medieval deseado.

—Nos falta el puro príncipe —soltó Alma mientras contemplaba a su alrededor.

—¡Tú no necesitas ningún príncipe! —protestó Sara tomando su maleta roja y dirigiéndose al ascensor.

—Es cierto, amiga. Mi Rubén es un hombre maravilloso.

—Tanto pretendiente que tuviste... Cuando conocí a Rubén, no imaginé que te casarías con él. Y pensar que finalmente fue una gran decisión...

—Yo lo supe desde el principio. Un día llegó tarde a buscarme para salir a cenar y me miró con su carita de cachorro pidiendo disculpas. Al ver cómo brillaban sus ojos grandes supe que un hombre como él jamás me haría sufrir, y no me equivoqué —confesó sonriendo mientras ingresaban en el estrecho y antiguo ascensor.

Las calles de Granada cantan y encantan, y la temperatura templada de la tarde, muy agradable, incitaba a participar de ellas. La música flamenca local y el entusiasmo del turista provocaban una sensación de libertad que no dejaba a nadie indiferente. Los angostos pasadizos ascendentes escondían infinidad de mercadillos que reflejaban en las piedras de sus productos el brillante resplandor a la vista encandilada del turista.

—¡Espera! —exclamó Sara—. Esta es la cartera más hermosa que he visto en mi vida. —Era una artesanía brillante en colores fuertes y contrastados, adornada de dorado tornasol, que realizaba las tonalidades azules, amarillo, carmín y fucsia en un armónico ensamblaje.

—¡Me encanta! Yo te la regalo —se ofreció Alma a la vez que sacaba los arrugados billetes del interior de su bolsillo.

—No, amiga, no es necesario —la interrumpió Sara, poniendo la mano sobre la de ella para impedir que pagase.

—Por supuesto que sí —insistió esta—. No me prives de regalarte algo que es capaz de hacer brillar tus ojos.

Después continuaron con el recorrido. El colorido de las calles hipnotizaba y la historia se veía estampada en cada uno de sus matices. La vista de Sara se posó en un separador de libros que vendía un mercader callejero y que decía:

Dadle limosna, mujer, que no hay en la vida nada como la pena de ser ciego en Granada.

FRANCISCO DE ASÍS DE ICAZA

—¡Qué cierto! —confesó—. Tienen una ciudad hermosa.

—Es una desgracia ser ciego en Granada, pero es peor gozar de buena vista y no ver nada —agregó el hombre.

—¡Toda la razón! —contestó Sara, y asintió con la cabeza—. Deme cinco, por favor.

—¿De dónde sois?

—De Chile —se apresuró Alma en contestar.

—¡Bam Bam Zamorano! —le comentó el comerciante al hombre que permanecía sentado a su lado, provocando la carcajada de las compradoras.

Aunque Sara hubiese preferido que no ocurriese, llegó el último día de la travesía de las amigas por el sur de España y, con ello, el imposterizable recorrido por la ciudad de la Alhambra se hizo presente.

Aquella era una belleza majestuosa derivada del arte andalusí, con palacios y jardines envolventes capaces de transportar a sus visitantes a través de la historia y encandilar con luz propia. Era un complejo edificado sobre la ciudad palatina y concebido inicialmente para alojar al emir y a la corte del reino nazarí. Se encontraba cubierto por un verde y frondoso manto que le otorgaba una visión indiscutible de principado. Aquel patrimonio cultural de la humanidad era una visita obligada para las chilenas.

—¿Puedes creer que los jeques desposaban acá a varias mujeres, además de las concubinas? Eso es lo que yo llamo «ser una en un millón» —soltó Alma con ironía—. Y su pensamiento y opiniones no dejaron rastro.

—Eran otros tiempos, amiga. Las mujeres únicamente existían a la sombra de los hombres —explicó Sara, que se había quedado hipnotizada con la perfección impoluta del tallado de doce leones blancos que rodeaban una fuente de agua. Imaginó a las mujeres en los balcones superiores admirando la belleza por las mañanas.

—Qué maravilla que ahora podamos elegir a juicio cierto al hombre que nos haga feliz y asegurarnos de que nos ame únicamente a nosotras, ¿no crees? —comentó la colorina—. Ni por todos los palacios del mundo cambiaría esa libertad. Nosotras podemos equivocarnos, arrepentirnos, partir de nuevo... Lo que queramos. La vida es nuestra y solo nosotras decidimos cómo vivirla.

—No quiero que te vayas a Chile. Te necesito para poder reírme un poco de la vida.

—Tengo que volver, gordita —le dijo, colocando las manos sobre los hombros de Sara—. Encuentra lo que sea que hayas venido a buscar, recupera tu esencia y empápate de esta maravillosa cultura, que yo disfrutaré contigo en la distancia cada aventura que saque a la luz la hermosa sonrisa que ocultas ahora.

# Capítulo 17

24 de mayo de 2008  
(diez meses tras el arribo a Madrid)

El sonar estridente del teléfono despertó a Sara; era su hermano Diego, que la llamaba desde Chile.

—Voy a ser tía. Qué maravilloso regalo me han dado —gritó, agitando con euforia el celular—. ¡Los felicito, Diego! Es lo más hermoso que puede ocurrirnos... ¡Mamá debe de estar emocionada!

—Mamá y papá están felices —aseguró él, sin poder contener la risa al notar la efusiva reacción de su hermana.

—Lamento perdérmelo todo —agregó ella con nostalgia.

—Yo lamento que estés en España, Sara. Tú no eres así —se quejó Diego, sabiendo que aquellas palabras traerían consecuencias.

—¿A qué te refieres con que no soy así? —quiso saber su hermana con la coraza puesta esperando el ataque.

—A que no puedes arrancar como una niña consentida al otro lado del mundo huyendo de los problemas. No te vas a dar ni cuenta cuando ya lleves un año allá y estés exactamente en el mismo punto de partida. ¡Vuelve a Chile! Acá yo mismo puedo ir a sacarle la cresta a Pedro, y créeme que he estado a punto.

—Lo estoy haciendo por mí, Diego; es algo que necesito...

—¿Por ti? Qué pensamiento más egoísta. ¡Estás gastando el dinero de papá! Y no me digas que estás intentando encontrarte a ti misma o buscando respuestas, porque eso es la cursilería más grande del mundo. Sabes que te quiero, pero no puedo dejar de decirte lo que pienso.

Después de cortar la llamada, Sara no pudo disimular sus emociones. Las palabras de Diego y la noticia de una nueva vida despertaban de nuevo sus dudas en relación con ese viaje. Llevaba diez meses en Madrid y tal vez era el momento de tomar algunas decisiones. La visita a Rosario Domínguez era ya un hecho que no podía seguir postergando.

Ese mismo día, horas más tarde, salió de su apartamento y cogió un taxi que la llevaría a la casa de la hermana de su bisabuelo. Mientras caminaba hacia la parada, se preguntó si aquella extraña se parecería en su forma de ser a los Domínguez que ella conocía. Estos se caracterizaban por ser una familia tradicionalista. Nada podía salir a la luz pública y los conflictos familiares eran el secreto mejor guardado. Recordó una ocasión cuando tenía diez años. Victoria y Fernando se encerraron en su alcoba a discutir y pudo oír el sollozo de su madre, que traspasó las paredes. Pese a su corta edad, percibió cómo las penetrantes y dañinas palabras que soltaba Fernando Domínguez calaban en las entrañas de Victoria como si fuesen una verdadera herida física. Sintió que esta se desangraba y agonizaba durante horas; sin embargo, a la mañana siguiente el día transcurrió como si nada hubiese ocurrido. Todos se levantaron temprano porque era sábado y los Montalvo estaban invitados a

almorzar. La jornada fue tranquila y apacible. Fernando Domínguez limpió la parrilla y eligió cuidadosamente el vino, evidenciando en todo momento una sonrisa tranquila en el rostro. Doña Victoria, por su parte, recibió los elogios correspondientes por su característica tarta de ruibarbo, que la había coronado como una excelente pastelera entre sus amistades.

Hubo música, risas, y los niños jugaron ajenos a cualquier realidad durante toda la jornada. Cuando las luces se apagaron y la soledad y el silencio volvieron a la casa de los Domínguez, Sara no pudo evitar hablar:

—Mamá, ¿qué pasó anoche? Te oí llorar. ¿Estás bien? —preguntó con su inocencia infantil. Deseaba a gritos escuchar que no sucedía nada malo.

—Un problema sin importancia, hija. Estamos bien. Fue un gran día, ¿verdad? ¿Te divertiste? — Respuesta suficiente para acallar la curiosidad de Sara por un buen tiempo.

Cinco años después Sara se enteró por unas cartas que su hermano Felipe encontró en el despacho de su padre. En ellas se contaba que había otra mujer. La lealtad hacia Victoria la impulsó a mostrarle aquellas cartas tan bien guardadas. Pero su respuesta le causó aún mayor desconcierto.

—Lo sé, hija. Son diecisiete cartas, todas en hoja de cuaderno, con letra manuscrita, sin faltas de ortografía y desgastadas por los años. Todas tienen el mismo tipo de sobre, alargado y con un borde rojo y azul, y ninguna está firmada —aseguró Victoria con voz de resignación al verse obligada a enfrentar la realidad que había disfrazado con éxito por tantos años.

—Mamá, ¿cómo no te angustia saber esto? Yo no pude dormir pensando cómo iba a contártelo. Creí que no lo sabías. No sé cómo puedes convivir con ello.

—Esas cartas no me angustian. Las que me quitan el sueño son las cartas que responde tu padre; esas que yo no he leído.

—¿Y cómo permites que esto pase?! —exclamó Sara, tapándose los ojos con las manos mientras meneaba la cabeza. Era incapaz de comprender que una mujer tan inteligente y luchadora como Victoria consintiera semejante bajeza.

—¡No lo permito! Nadie puede enterarse nunca de estas cartas. Si yo guardo este secreto por el bien de mi familia, tú, a tus quince años, hija, tendrás que hacer lo mismo.

Ese hermetismo familiar era un sello que Sara había cultivado a la perfección y se entreveía en su personalidad. Nada podía ser más vulgar que transparentar las debilidades. Los fracasos personales y profesionales debían permanecer escondidos; darlos a conocer era la puerta para ser el blanco de las burlas de cualquiera. Sin embargo, Pedro la había expuesto frente a todos. Si al menos hubiese sido solo un amorío pasajero, ella lo habría sepultado de alguna manera, o tal vez incluso lo habría aceptado, tal como había hecho su madre unos años atrás, y aunque renegaba constantemente de la estampa de silencio que había heredado, aún podía recordar más de alguna situación donde se hubiese visto expuesta a tener que justificar el modo de actuar de Pedro frente a los demás.

—¿Y Pedro? No lo veo por aquí —preguntó Alma en una oportunidad en la que ambas compartían en el departamento de Sara, en Puerto Varas. Sus ojos fijos y entreabiertos evidenciaban desconfianza. Pedro nunca había conseguido la aprobación de la chica. Esta siempre mantuvo la distancia porque había algo en su comportamiento y en la manera en la que lograba influir en Sara que no le agradaban.

—Se enfermó...

—Pobre, y justo el día de tu cumpleaños —dijo con ironía.

—No seas pesada, Alma...

—Necesito la verdad —susurró tomándola del brazo y apartándola a un rincón de la sala, sin dejar de sonreír a los demás invitados.

—Está enfermo, ya te lo dije —se justificó, a sabiendas de que mentir a su amiga no la enorgullecía.

—Enfermo de la cabeza, querrás decir. Hay que estar bastante falto de cordura para enojarse, encerrarse en su apartamento y no asistir al cumpleaños de tu novia. ¡Deja de aparentar que todo está bien! A mí no me engañas ni un minuto.

Un ruidoso taxi se detuvo junto a ella. El contacto de la goma gastada con la acera provocó un chirrido. El taxista había frenado en seco y eso la trajo de vuelta a la realidad.

—Calle de Serrano, número 38, por favor —solicitó al chofer del taxi madrileño—, en Pozuelo de Alarcón.

Sabía que se requería valor para hacer esta visita. Había transcurrido el tiempo suficiente en Madrid para conseguirlo. Mientras tanto, había enviado cientos de currículos y realizado más de treinta entrevistas laborales sin tener aún ninguna respuesta positiva. Así que necesitaba buscar a la familia de su bisabuelo antes de que se acabasen el dinero y la paciencia. Era una buena idea, porque el retorno a Chile se hacía cada vez más inminente.

Durante el trayecto en el taxi Sara recordó el funeral de su bisabuelo Juan. En las remembranzas de su niñez registró el suceso como un gran acontecimiento familiar. Fue un día despejado, algo no tan habitual en el sur de Chile. Era la jornada propicia para jugar al aire libre y compartir con algunos primos de tercer y cuarto grado a los que jamás había visto antes.

Juan Domínguez Albornoz murió a los ochenta y seis años. Tuvo un desenlace imperial y falleció en la misma cama que lo acompañó por medio siglo y que tiempo atrás había asistido al último suspiro de su mujer, Hilda Valladares. Fue una agonía de tres días, lo que dio tiempo a la familia para llegar y reunirse en torno a él. Probablemente, al final ya no escuchaba, pero su inmensa descendencia entró a llorarle, hablar con él y despedirlo como solo a un Domínguez le hubiese gustado que ocurriese.

Durante las tres mañanas del velorio las ollas hervían, desde las primeras horas del alba, grandes cantidades de comida, como para alimentar a diez veces los presentes. Por las tardes lo habitual fueron los rezos. Se cantaban las interminables letanías a la virgen en una voz lenta que requería despertar a la audiencia de forma reiterada, con la entonación aguda y desafinada de sus rezadoras.

Sara escuchó historias sobre el abuelo Juan contadas hasta las tantas de la madrugada. Estas eran acompañadas siempre de rezos y más comida, la cual era otorgada, de acuerdo con las tradiciones, a los visitantes llorones como ofrenda; por si el alma del difunto necesitase algún perdón divino.

La investigación del experto en descendencia reveló que Rosario Domínguez Albornoz era una mujer solitaria. Había tenido una hija, la cual falleció a los treinta y siete años; dejó dos hijos pequeños a su cuidado. Sara habría agradecido un pequeño informe de personalidad de esta tía bisabuela lejana; le aterraba la idea de una mala recepción. Por ello había dilatado lo más que pudo aquel encuentro. Pero aquella mañana de primavera se levantó con la determinación de contactarla. Tal vez ese día en particular necesitaba compañía. Sin darle muchas vueltas, tras cortar la llamada de su hermano Diego,

llamó al número que tenía registrado. Su madre siempre le decía que era de mala educación llegar a un lugar sin avisar. Entonces eso fue lo primero que hizo.

Se anunció como Sara Domínguez Abarzúa, bisnieta de Juan Domínguez Albornoz, que emigró a Chile en 1938, y explicó que el objetivo de su llamado era conocer a la hermana de su bisabuelo aprovechando que estaba de paso por Madrid.

—¡Por supuesto, Sara! —se alegró la mujer al otro lado del teléfono, después de un largo e incómodo silencio—. Mi abuela y yo... estaremos encantadas de recibirte.

No tenía ningún presente, así que se le ocurrió pasar a comprar chocolates. Si hubiese pensado bien ese momento, habría llevado algo característico de Chile: artesanía en cerámica, un buen libro de cocina, esencias de murta para el cabello... Pero como no lo hizo, los chocolates franceses fueron su mejor alternativa.

Mientras recorría las calles madrileñas en el taxi cayó en la cuenta de que este actuar tan rebuscado por su parte, de juntar el pasado y el presente, sin siquiera tener tan clara la historia de por medio, sería el evento más trascendental de su familia. Aquel podía ser el cierre de un ciclo para la aventura en busca de paz y oportunidades de dos jóvenes esperanzados... Y ella, solo pensando en sí misma, venía a abrir las heridas sin pensar en las consecuencias. Estuvo a punto de volver, pero su espíritu inquieto la mantuvo a flote; al fin y al cabo, ya estaba ahí... y si su bisabuelo había sido capaz de cruzar el océano sin un plan claro, ahora ella tenía la oportunidad de hacer lo mismo en la dirección opuesta.

## Capítulo 18

Rosario

La casa de Rosario Domínguez, para asombro de Sara, era la misma en la cual había crecido su bisabuelo Juan. Era una construcción sólida, con reparaciones modernas en piedra, pero que no había perdido para nada su dejo histórico. Estaba distribuida en cuatro plantas y aledaña al parque urbano más grande de Europa conocido como la Casa de Campo. Estaba rodeada del verde más fresco y frondoso de todo Madrid.

Sara se detuvo a apreciar la arquitectura de aquel monumento. La luz se distribuía de forma natural y armoniosa por entre sus ventanas y la magnífica buhardilla. Imaginó a su bisabuelo Juan en aquella vivienda, corriendo por los pasillos y arañando las paredes a escondidas, enterrando tesoros en la fuente de agua y contando las hojas de los árboles en las tardes otoñales. Luego imaginó a su abuelo Enrique celebrando su cumpleaños... Y finalmente a su padre, Fernando Domínguez, y pensó: «¡Cómo hubiese disfrutado de este paisaje! Habría armado un huerto y cultivado en él para darle vida a la tierra de esa casona. Aquí habría sido muy feliz».

Aunque no quiso hacerlo, no pudo evitar dejar volar aún más su imaginación y representarse a sí misma viviendo en Madrid desde siempre, forjando su personalidad entre letras y pinturas, conociendo al hombre más perfecto de todos, casándose con él en ese lugar, y no dando pie a ninguna tragedia amorosa.

La silueta acercándose de Rosario Domínguez la obligó a regresar a la tierra. Era una mujer de presencia imponente. Impecablemente peinada, con una cabellera alba recogida en la parte superior que le daba un estilo aún mayor de elegancia. El rostro, desgastado por los años, pero sin perder la esencia de la belleza de su juventud. Cuando vio a Sara, la miró fijamente con sus rasgados y penetrantes ojos azules y le sonrió a cierta distancia. Una vez que llegó a su lado la observó y le dijo:

—Te pareces mucho a mi padre. Él era el ser más delgado que jamás nadie haya visto.

El recibimiento fue mucho más natural de lo que Sara preveía. En aquella casona vivían doña Rosario y su nieta Luisa. Esta última era una mujer de unos cuarenta y tantos, que no se había casado ni tenía hijos. Trabajaba administrando una galería de arte, que era toda su vida. Residía con su abuela desde que falleció la madre, y de eso ya hacía casi treinta años.

El blanco mantel de la mesa potenciaba el brillo nacarado intenso del plato. El pimentón verde y el pepino decorado con vinagre de jerez complementaban armoniosamente el sabor frío al contacto con el paladar, donde ese potente ensamblaje de tomate y aceite de oliva creaba una mezcla perfecta en aquella sopa, ideal para el templado día de aquella tarde de verano.

El almuerzo fue distendido. Las tres mujeres hablaron en confianza. Revivieron la historia de los Domínguez en Chile y la cicatriz de los Domínguez en España... y lo difícil que había sido la infancia en un país que había matado sueños, amores y descendencia.



—Tu belleza es la de mi hermano, niña —afirmó doña Rosario—. Tu sonrisa me recuerda a él. ¿Qué edad tienes?

—¡Treinta desde el día de hoy! —informó con un leve tono nostálgico.

—¿Es tu cumpleaños? —preguntó Luisa, sorprendida. De inmediato, se puso de pie y levantó su copa de *chardonnay*—. ¡Y elegiste este día para conocernos! Brindemos por ello entonces.

—Así es. Estoy acostumbrada a estar con la familia para esta ocasión —comentó Sara sonriendo mientras levantaba la suya y correspondía al brindis.

Varios álbumes con infinidad de fotografías y cartas fueron desenfundados para ella. Escuchó todas las historias que Rosario Domínguez podía contarle. No pudo disimular su sorpresa cuando vio las imágenes de su tatarabuelo. La semejanza física era indiscutible; la delgadez extrema que nunca había comprendido acababa de cobrar sentido. Tenía la mirada perdida, la piel canela tenue y perfecta, el pelo castaño, la nariz respingada y las manos finas y alargadas. Aquel desconocido era como ella desde todos los ángulos.

—¿Cómo era él, señora Rosario? —se interesó Sara sin poder apartar los ojos de aquellas antiguas fotografías.

—Dime tía Rosario.

—¿Cómo era mi tatarabuelo, tía Rosario? —corrigió.

—Él era un soñador... Un hombre de letras y música, y tenía la voz más maravillosa que hubiésemos escuchado —afirmó la anciana, clavando la vista en una de las imágenes—. Era habitual hablarle y sentir que su mente estaba en otro lado. Yo siempre creí que estaba pensando en Chile, en aquel país que guardaba y acogía a su primogénito y, con él, a toda su descendencia.

—¿Qué recuerda de su hermano? De mi bisabuelo Juan —continuó Sara, en un impulso por querer saber todos los detalles de aquellos a quienes no conoció.

—Juan era un hombre con una inteligencia desbordante. Siempre destacó por su habilidad con las letras. Tenía muchos manuscritos que escribió desde muy joven. Él creía en la necesidad del romance en la vida de todo ser humano. Era muy popular entre las mujeres —le aseguró riendo.

—Yo no creo en el romance —manifestó Sara sin pensar en lo que decía. Se arrepintió de sus palabras de inmediato. Lo que menos deseaba en aquel instante era tener que revelar su fatídico desenlace amoroso en el altar.

—Eso es porque nunca te has enamorado —explicó doña Rosario, levantándose de la cómoda silla de mimbre en la terraza—. Yo perdí a mi primer marido hace más de cincuenta años. Él era el padre de mi única hija. Por suerte, esta era ya mayor cuando ocurrió. Falleció a causa de un accidente de coche, y lloré un día completo su muerte. Pero cuando perdí a mi segundo esposo, hace diez años, sentí que me estaban desgarrando el alma. Mis oídos se negaban a seguir escuchando la trágica noticia. Murió de un tumor cerebral en un hospital de Barcelona. Ya conocíamos su enfermedad y sabíamos cómo sería el desenlace. Aun así, mi cerebro no asumió nunca esta pérdida. Él fue el amor de mi vida. Me rescató de una vida corriente y sin sentido. Hizo mi existencia plena y feliz, fue mi complemento y a su lado siempre necesité ser una mejor persona.

El silencio nostálgico inundó el espacio de la terraza. Luisa le acercó un pañuelo a su abuela para que se secara las lágrimas silenciosas que rodaban por sus arrugadas y suaves mejillas.

—Cada vez que lo tenía delante, todavía me pasa cuando miro sus fotografías —prosiguió la anciana—, me veía a mí misma reflejada en él... Sus ojos eran los míos. Él fue mi otra mitad, mi alma gemela, así que cuando se fue de mi lado, sentí que no podría volver a vivir.

Sara aprovechó el suspiro de doña Rosario para enjugar sus propias lágrimas. El relato de su tía abuela había coronado a la perfección aquel reencuentro.

—Qué hermosa historia —dijo Sara, cogiendo la mano temblorosa de su tía—. Ojalá algún día pueda sentir algo parecido. Ni siquiera... lo logro imaginar.

—¡Es inimaginable! Cuando se fue, hasta respirar se convirtió en una tarea dolorosa —prosiguió—. Sin embargo, lo intento cada día porque cuanto más viva, más cerca estará la muerte por fin.

—¡Gracias por compartir esto conmigo!

—Gracias a ti, Sara, por cruzar el océano —correspondió mientras tomaba un bolso marrón algo desgastado de uno de los estantes—. Quiero que lo conserves. Es uno de mis mejores tesoros, de cuando era adolescente. Se trata de un bolso mágico. Si guardas un libro dentro, su historia se convierte en realidad —aseguró, volviendo a recuperar el brillo de la sonrisa.

—¿Para mí? Pero... ¿por qué? —preguntó Sara sin disimular su grato desconcierto.

—Porque aquí en España solemos hacer regalos de cumpleaños a aquellos a los que queremos.

Al correr la tarde, Sara les relató sus costumbres: anécdotas familiares, matrimonios, funerales, el trabajo cultivando la tierra y lo hermoso que era Chile y cuánto lo extrañaba. Les contó que estaba en Madrid para trabajar, pero que aún no había conseguido concretar ese plan.

—Cerca de mi galería hay un pequeño teatro que están reformando —intervino Luisa—. Sé que están contratando a gente. Si quieres, mañana puedo preguntar.

## Capítulo 19

Al lunes siguiente del encuentro con las Domínguez, con el alma reconfortada tras haber recuperado el hilo familiar roto, y gracias a los contactos de Luisa, Sara tenía concertada una entrevista laboral.

Teatro de las Artes era el nombre más descriptivo para ese pequeño salón en el barrio del Retiro. Estaba ubicado al final de una galería que vendía desde inciensos hasta camisetas del Madrid para los turistas. La vida bohemia se marcaba en todas sus tiendas y culminaba en el fondo con unas letras rojas de neón que anunciaba el arte teatral. Mezclado con música y café, contenía un pequeño boliche en su interior. Contaba con solo seis mesas para dos personas cada una y estaba ubicado fuera de la boletería del teatro. Entonces se topó con un nuevo letrero que ofrecía la mezcla de cafeína y actuación con el título de Café de las Artes.

Sara no tenía claro en qué podría desempeñarse en ese lugar, pero sí estaba segura de que, además de ganar algo de dinero, sí o sí, necesitaba una ocupación. Ya había tenido suficiente tiempo para sí misma. Había leído veinte novelas del estante de su apartamento y cocinado y perfeccionado su técnica culinaria española. Había descubierto que la copa era la medida de sangría perfecta para ella. Se había cortado el pelo y había adquirido ropa nueva —nada en exceso, eso sí— para asegurarse de que la usaría toda. Finalmente, había enmarcado todas las fotografías que traía desde Chile para darle un aire hogareño a su apartamento.

La sala de espera, en la recepción, era un pequeño corredor. El lugar adquiría vida a través del rayo artificial de los carteles luminosos de la propaganda.

—Encantado de conocerte, Sara. Soy Daniel García, director del teatro —se presentó, y le dio un fuerte y corto apretón de manos—. Pasemos a mi oficina.

Daniel tenía un rostro amable y unos ojos azules intensos que adquirían realce y brillo cuando sonreía.

La entrevista se basó en su apreciación y experiencia con el arte, el manejo de situaciones conflictivas con el público, la opinión sobre un buen café y su compromiso y disponibilidad ante un nuevo trabajo.

Esa misma tarde recibió un llamado.

—¿Sara Domínguez?

—Sí, con ella. ¿Quién llama? —consultó sabiendo que la única llamada que había recibido en meses proveniente de Madrid debía de estar relacionada con su reciente entrevista.

—Mi nombre es Laura y soy la administradora del café en el Teatro de las Artes. ¿Cómo estás?

—Bien, Laura, gracias —respondió sintiendo que el corazón se le iba a salir del pecho en cualquier momento.

—Llamaba para contarte que el trabajo en el café es tuyo. Te esperamos mañana a las ocho de la mañana.

Aquella noche fue imposible conciliar el sueño. Llevaba meses esperando una oportunidad así, y aunque no supo si fue gracias a Luisa o a sus méritos propios, decidió disfrutar del momento y no cuestionar el proceso.

A la mañana siguiente el nerviosismo del primer día laboral se hizo notar. Sara despertó una hora antes de lo previsto y no fue capaz de desayunar. Sintió el movimiento del tripaje a tal intensidad que hasta habría tolerado mal el agua en ese instante.

Recorrió las calles con ansia y al llegar al teatro percibió que le sudaban las manos. Recordó su primer día de trabajo como arquitecta en Chile. La sensación había sido muy diferente. Tal vez por la seguridad del diploma o por la inexperta juventud laboral que acompaña esa confianza de no tener nada que perder. Sin embargo, su primer día laboral en Madrid estaba mucho más nerviosa.

Esperó paciente a ser atendida y recibir instrucciones. Mientras tanto, contempló el correr apurado de la gente. Todos estaban concentrados en sus labores. Se sentó en una de las sillas metálicas de la cafetería. Su personalidad estructurada la impulsó a ordenar el ramillete de flores que ocupaba el centro de la pequeña mesa.

A lo lejos divisó el caminar seguro y firme de una mujer. Tenía la silueta y el andar estilizado de una bailarina de *ballet*. Cuando la tuvo más cerca, observó su cuello alargado y la perfección de su cabello, que llevaba recogido. Iba ataviada con un vestido negro, de falda suelta y ancha que cubría sus pantorrillas. Ello le daba un toque de elegancia y juventud.

—¿Eres Sara Domínguez? —preguntó esbozando una sonrisa y alargando la mano para saludar—. Mi nombre es Laura y soy la supervisora de la cafetería. Serás mi asistente. ¡Bienvenida!

Las habilidades sociales innatas de Sara le facilitaron el proceso adaptativo. Logró encajar a la perfección entre sus compañeros de trabajo y el día fluyó como si hubiese estado en aquel lugar toda la vida. Trabajar con el aroma a café impregnado en el cuerpo le otorgó una nota de placer y energía adicional a esta nueva etapa. No le afectó el cansancio, ni mucho menos el hambre, y rechazó el alimento durante todo el día. Las ganas contenidas de moverse por un objetivo y de equilibrar todo el tiempo detenido durante los últimos meses se evocaron en ella como un acto desenfrenado de energía, pero al final de la jornada se sentía desfallecer. Sin embargo, aún tenía fuerzas para recorrer aquel teatro en penumbras.

El apacible lugar, en ese momento ajeno al ruido de su remodelación, estaba en silencio, así que se oían a través de las butacas las risas y los aplausos de los espíritus visitantes.

—Ey, Sara. Vamos a tomar algo —dijo Laura, sobresaltándola—. ¿Te vienes con nosotros?

—Me apunto —respondió, reflejando con su voz eufórica la inminente necesidad de dejar atrás el agotamiento y el cansancio del día.

—¡Daniel, hora de cenar! —llamó Laura. Tenía la vista clavada detrás de Sara.

Él estaba tras el escenario ajustando las luces. Sara se sorprendió al verlo, como si fuese un fantasma. Llevaba más de diez minutos recorriendo aquel lugar en silencio y no se había percatado de su presencia. Le pareció algo más bajo que el día de la entrevista. Esperaba con todas sus fuerzas que no la hubiese visto husmeando por ahí en su primer día de trabajo.

—Hoy paso. ¡Que lo paséis bien! —exclamó sin levantar la vista de las luces. Para tranquilidad de Sara, estas lo mantenían concentrado.

La cena fue la culminación perfecta para que la chilena se sintiera aún más en confianza con las únicas dos mujeres que laborarían con ella.

—¿Y de qué parte de Chile eres? —se interesó Laura mientras colgaba la chaqueta en el respaldo de la silla.

—De Puerto Varas, un pequeño e idílico pueblo en el sur de Chile —refirió con emoción.

—¿Por qué idílico?

—Porque tiene un lago imponente rodeado de volcanes, con construcciones hechas, en su mayoría, en piedra y madera. Pese a la lluvia y el frío, allí los inviernos son increíblemente cálidos y el aroma a chocolate se percibe en cada esquina —expresó con esa nostalgia que sentía cada vez que recordaba su tierra. Sin duda, disfrutaba estando en Madrid, pero el arraigo de la patria se evidenciaba en el brillo de sus ojos negros.

—Me encantaría visitarlo —aseguró Olivia a la par que daba un golpe en la mesa con el puño. Ella era la actriz más antigua del teatro, ya que había fundado la empresa junto con Daniel hacía más de diez años.

—¡Serían bienvenidas! —se alegró Sara, riendo por el entusiasmo de sus acompañantes—. Mi abuela Carmen cocinaría una semana completa para nosotras. Entre las tres la volveríamos loca porque está obsesionada con hacer subir de peso a la gente delgada.

Las tres rieron y conversaron de los proyectos y del desempeño de cada una en el teatro. Le relataron a Sara sus orígenes en la actuación y varios chascarros que habían ocurrido mientras actuaban, pero no pudieron evitar sorprenderse al saber que Sara no tenía conocimientos ni estudios en el tema.

—¡No eres actriz! —soltó Laura, abriendo los ojos. Se había llevado la mano a la boca fruto de su desconcierto. Laura era una mujer directa; tanto tiempo detrás del escenario había hecho que perdiera la sutileza para disfrazar las palabras.

—No, no lo soy. Ni siquiera participaba en los actos escolares —confesó Sara con sinceridad.

—Daniel nunca ha contratado a alguien que no actúe —aseguró Laura—. Lleva tres semanas entrevistando a gente sin decidirse por nadie... ¡Debes de haberlo impresionado, chica!

—No tengas en cuenta los comentarios de estas dos —interrumpió Olivia al ver la cara de preocupación de Sara—. Conozco a Daniel desde hace muchos años, y aunque ese hombre es un completo misterio, si te contrató debe tener buenas razones, aunque nunca sepamos cuáles.

—Debe haber visto mis potencialidades ocultas. Quizá soy un diamante en bruto —manifestó Sara, intentando darle una nota de humor a la conversación. Por un momento creyó que la buena suerte del día acabaría en ese momento y se resignó a ello.

—Yo creo que es tu talento para el café. La forma en la que mezclaste los distintos tipos de granos... Fue como sentir que hacías música —reconoció Laura a la par que le guiñaba un ojo.

—Además, tienes conocimientos en arquitectura. No vamos a poder actuar hasta que esté todo listo, así que serás un gran apoyo para el teatro —prosiguió Olivia mientras le daba una suave palmada en la espalda—. ¡No lo dudes!

—Gracias, chicas. Ahora sí voy a poder dormir tranquila —comentó con una carcajada. Sin embargo, sabía a la perfección el motivo por el cual Daniel la había contratado. Lógicamente, era por la conexión

con Luisa. Era evidente que ella no estaba calificada para el cargo. A pesar de este descubrimiento, estaba decidida a disfrutar de su experiencia y dar lo mejor de sí mientras durase el contrato.

## Capítulo 20

Luisa, 20 de septiembre de 2008  
(catorce meses tras el arribo a Madrid)

Luisa era una mujer marcada por las tragedias de la vida. Perdió a su madre cuando era una niña y su abuela la había acogido en la crianza, al igual que a su hermano. Su padre fue incapaz de asumir el rol parental impuesto y entregó el cuidado de los menores a doña Rosario, asumiendo que la buenaventura económica compensaría la ausencia materna. Pero el desconsuelo por la pérdida de su única hija desoló a Rosario Domínguez, que los primeros años fue incapaz de asumir el cuidado efectivo de sus nietos.

Luisa, por el contrario, adoptó el papel protector de la casa. Se convirtió en una madre para su hermano y en una amiga para su abuela. Su rostro delgado y marcado por las líneas de expresión revelaba la secuela de los sinsabores. Tuvo amores furtivos, pero su personalidad autoritaria e independiente, forjada por sus experiencias de la vida, alejaba a cualquier pretendiente. Sus días se habían tornado monótonos y silenciosos, hasta la llegada de Sara...

Aquel día de septiembre marcaba el fin del verano y Sara había cogido el tren para visitar a su familia española en la Casa de Campo. Se había habituado a hacerles compañía los sábados por la tarde.

—¿Parece que las Domínguez somos un desastre para el amor en cualquier parte del mundo? —comentó Luisa mientras procedía a llenar las tazas de café de porcelana.

—Al menos, a ti no te plantaron en el altar —suspiró Sara con resignación. Cada día se sentía más cómoda hablando del tema; al fin y al cabo, había transcurrido más de un año desde aquel desafortunado 14 de julio.

—¡Al menos, a ti te pidieron matrimonio! A mí, ni eso —comentó Luisa abrazando a Sara y riéndose de sus desgracias—. La verdad es que mi corazón debe de ser de paja, porque me cuesta amar a otros.

—¿Nunca te has enamorado? —preguntó Sara con el rostro relajado del que acostumbra a disfrutar de un buen café.

—Solo una vez...

—¡Cuéntame! —le pidió, y bebió un sorbo. Había subido los pies descalzos al sillón de la sala de estar; señal de evidente confianza y familiaridad.

—No lo sabe nadie —afirmó, ruborizada. Después de una dubitativa pausa, prosiguió—: Una amiga organizó una cita doble. Éramos ella, su novio, un amigo de este y yo. El joven era un militar del Ejército y, como siempre, no me gustó. Dos años más tarde fui a una comida de la galería. Habían invitado a bastante gente porque se presentaba la nueva colección. De pronto, se acerca un joven alto y delgado y me dice:

»—Hola, cuánto tiempo. ¿Te acuerdas de mí?

—¿Era el chico de la cita? —preguntó Sara con los ojos atentos en Luisa.

—¡No! Era el novio de mi amiga —respondió, tapándose la cara con las manos.

—¡Mentira! —exclamó Sara con la boca abierta, sin disimular su evidente asombro—. Pero... ¿ya no estaba con tu amiga?

—No, habían terminado. Al principio, creí que solo era una coincidencia, pero comenzó a enviarme mensajes y venía a verme a la galería. Me traía flores, bombones y libros —comentó Luisa y dejó escapar un suspiro—. Fueron los tres años más felices de mi vida.

—¿Por qué ya no están juntos?

—Por política. Él era un defensor del régimen franquista y yo crecí en una familia desmembrada a causa del golpe de Estado y la Guerra Civil. Teníamos ideas muy diferentes.

—¡Perdonad, chicas! —interrumpió doña Rosario, envuelta en una bata de seda gris—. Quédate a dormir, Sara, que ya es tarde.

—No se preocupe, tía. Aún alcanzo el tren.

—Quiero que te quedes —insistió con esa calma pausada y el tono de elegancia que la caracterizaban.

—Tampoco tengo ropa —se justificó. Sin embargo, deseaba quedarse. Dormir en otra casa que no fuese la suya propia era algo que no estaba habituada a hacer, pero la familiaridad que percibía en aquel lugar la hacían sentir cómoda.

—Yo te presto una chaqueta azul para mañana. Seguro que te favorece y hace juego con el cielo despejado —agregó Luisa con tanta seguridad que Sara no pudo más que asentir con la cabeza.

Los amplios pasillos, con las paredes blancas y las pequeñas ventanas, conducían a los salones interiores. En ellos, los techos altos de madera, con vigas a la vista y puertas grandes con pequeños vidrios, permitían la entrada perfecta de la luz y hacían posible disfrutar de la vista en primer plano del bien mantenido y conservado jardín. Un gran arrimo con un florero central de porcelana gris guardaba en su interior ocho rosas amarillas recién cortadas. Estaba rodeado de fotografías en blanco y negro con marcos dorados que mantenían el toque nostálgico del recuerdo por las almas perdidas que alguna vez habían habitado la casona.

El dormitorio destinado a Sara estaba ubicado al final del pasillo, donde terminaba el recorrido del encanto colonial. En su centro tenía una cama de dos plazas con cuatro pilares tallados en color burdeos. Las paredes eran de piedra y madera, y la chimenea, al fondo de la habitación, otorgaba con una sutil llama la candidez perfecta para la noche otoñal.

Sara se acomodó en la poltrona verde junto al fuego y, bajo la luz de la lamparilla, procedió a leer lo que traía en el bolso marrón; aquel mismo bolso que le había regalado su tía Rosario meses atrás. Percibió el silencio y la tranquilidad de la noche, respiró hondo y se sintió parte de ese lugar. Hacía más de un año que había dejado Chile y, por primera vez en mucho tiempo, logró sentir paz.



## Capítulo 21

A la mañana siguiente, el sol entraba tenue por el pequeño balcón de fierro forjado. Sara recogió lentamente las hojas desteñidas que el viento había depositado en él y admiró el paisaje. La belleza alcanzaba todo lo que el ojo humano podía abarcar. Tejados asfálticos a lo lejos, iluminados por el rayo al contacto con la transparencia de las gotas de agua, de color verde intenso, y árboles a medio vestir mimetizados con el encanto de las fuentes antiguas y los deslustrados adoquines.

—¿Puedo pasar? —interrumpió la voz suave y cándida de su tía.

—Sí, buenos días —respondió. Una ráfaga de viento se coló por la puerta de la habitación y Sara se abrazó a sí misma.

—Qué hermoso escenario, ¿no te parece? —comentó la anciana mientras depositaba una taza en las manos de Sara—. Es una vista majestuosa.

—¡Majestuoso no es adjetivo suficiente! Y el aroma a café que lo acompaña ahora lo convierte en indescriptible —relató Sara con el rostro sumergido en el encantamiento.

—¿Por qué decidiste ser arquitecta? —quiso saber la mujer, que había tomado asiento a su lado. Sara no esperaba un interrogatorio a esa hora de la mañana, pero la sutileza de su tía la impulsó a contestar con franqueza.

—Porque puedo crear lo que estoy imaginando. Mi mente siempre ha sido muy inquieta y poder concretar lo que veo en ella es lo único que me permite dormir tranquila —se rio.

—*Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen —leyó en voz alta doña Rosario—. Gran novela; capaz de encandilar a generaciones enteras. Una buena elección para llevar en el bolso.

—Sí, tía —expresó, acomodando la taza de café sobre las piernas—. Me enamoré de Darcy a los dieciséis años y aún me quita el sueño. Su timidez sobrellevada por la necesidad de conquistar... lleva años cautivándome.

A esa casa le hacía falta la vida que el tiempo se llevó con la muerte de Ángela. Su muerte fue el primer hecho desolador e inesperado en la vida de Rosario Domínguez. Perdió a su niña, y aunque sus nietos eran razón más que suficiente para seguir viviendo, y se esforzó por sobreponerse, comprendió que una madre nunca puede recuperarse de la muerte de un hijo. Sin embargo, cuando llegó a la vejez, se dio cuenta de que casi lo había vivido todo y comenzó a recuperar la energía necesaria para vivir. Recobró la alegría y la facilidad para disfrutar de los pequeños regalos y las sutilezas de la vida. Doña Rosario, al igual que todos los Domínguez, ponía a la familia por encima de todas las cosas.

—Háblame de tus padres... ¿Qué opinan de la personalidad aventurera de esta Domínguez chilena?

—Mi madre es mi alma gemela —comenzó Sara—. Ella es puro corazón. No ve la maldad y siempre intenta encontrar el lado positivo de las cosas. Defiende a su familia con uñas y dientes y nos ama tal cual somos... incluido a mi padre.

»Recuerdo cuando me fui a la universidad. Tuve que dejar mi calmo Puerto Varas, un pueblo de luz y estrellas, para mudarme a la capital. Mis padres fueron a dejarme en auto. Yo iba a vivir con mi hermano Diego en su apartamento, pues este estaba aún soltero. Mi madre y yo lloramos con fuerza cuando nos despedimos en la puerta del edificio. No era capaz de subirse al auto... y cuando lo hizo, lloré tanto que pensé que me quedaría sin lágrimas. Me recosté en la cama y sentí que mi vida se desgarraba sin ella. No dejé de llorar hasta que tocó a la puerta de mi habitación, me abrazó y me acunó para que me quedara dormida.

—Qué historia más bonita —confesó la tía, poniéndose nuevamente de pie. Sufría dolores a causa de un lumbago crónico que la obligaba a mantener su desgastado cuerpo en constante movimiento—. ¿Y cómo lo consiguió?

—¡No se fue! —rio Sara, levantándose junto a su tía, y apoyando ambas manos en la baranda del balcón de madera—. A pesar de los alegatos de mi padre, se quedó conmigo y con mi hermano en Santiago.

—¿Durante toda la carrera?

—No, solo fueron diez meses de besos, abrazos y buena comida. Retornó a casa cuando mi mejor amiga, Alma, se vino a vivir a Santiago al año siguiente para estudiar Literatura. Nos arrendaron un departamento que compartimos por tres años. Con Alma, mi madre me dio un beso en la frente y se fue sonriente sin mirar atrás.

—¡Las madres siempre sabemos cuándo nuestros hijos están en buenas manos! —refirió la anciana—. Alma debe de ser una gran amiga.

—La mejor del mundo. Es mi compañera en la vida. A veces lamento sentirme atraída por los hombres; si no fuese así... ¡sin duda me casaría con ella! —confesó Sara con una confianzuda carcajada.

—¿Ella es profesora de Literatura? Qué interesante.

—Sí, es ilustradísima. Su casa tiene una gigantesca biblioteca donde solíamos refugiarnos a leer en nuestra infancia. Alma debe de conocer todas las palabras del diccionario y es capaz de asombrar a cualquiera con su envolvente lenguaje; bueno, siempre y cuando no emplee chilenismos —dijo sonriendo con la nostalgia del recuerdo en el rostro—. Pero actualmente no ejerce. El amor por su familia, sobre todo por su pequeña, que tiene síndrome de Down, ha hecho que se centre en leer cuentos y sacar sonrisas en su propia casa.

—Esa pequeña debe de ser una bendición.

—Lo es, tía. Es la pecosa más tierna y dulce que existe —asintió Sara con los ojos empapados. Se tomó un momento para continuar—: Cuando nació, el diagnóstico nos tomó por sorpresa. Yo estuve en el parto con Alma, porque Rubén temía desmayarse, y cuando la vimos, Alma la abrazó, le dio un beso en la frente y le dijo que era el regalo más hermoso que podría haber recibido. Yo tomé su manita pequeña y le prometí que la amaría toda mi vida, mientras guardaba en la memoria la sonrisa encandilada de mi mejor amiga.

—Qué hermoso es querer así, como os queréis vosotras.

La claridad de la mañana, con sus despejados cielos, confirmaban la predicción de su prima. La cara de Sara lucía luminosa con aquella chaqueta azul. Se sintió completa en este balcón de Madrid junto a su tía abuela, que le otorgaba seguridad y cariño.

—¿Y tu padre? —continuó doña Rosario.

—Mi padre —hizo una pausa— es un hombre escondido en muchas vidas. Los ojos tristes y las líneas de su rostro lo delatan, pero su voz no lo materializa. No digo que no ame a mi madre, sin duda debe de hacerlo, y tal vez... esa sea su peor tortura.

—¿Los echas de menos?

—Mucho, tía —respondió con nostalgia.

—Entonces hay que apurarse para rezar por ellos en misa.

—¿Misa?

—¡Por supuesto, Sara! Como todo buen Domínguez, pedimos perdón por nuestros pecados y agradecemos lo que nos concede la vida —manifestó con una sonrisa traviesa. Después le dio un abrazo y se dirigió a la puerta.

Minutos más tarde, las tres mujeres bajaron a pie por las escalinatas hacia la capilla del barrio.

—La mañana otoñal es un regalo de Dios —comentó Rosario Domínguez mientras se desplazaba a paso lento—. Y si Dios la envía, hay que darle las gracias.

Su cabello albino, en armónico movimiento con el equilibrado vaivén de la brisa, mantenía el resplandor vivo en sus ojos. La sonrisa constante y marcada, que no pretendía disimular la pérdida dental generada por los años, y el paso firme y ágil que llevaba le proporcionaban un semblante juvenil; ese que solo un corazón fuerte y satisfecho puede reflejar.

—¿Te gustan los domingos, Sara?

—La verdad es que no mucho, tía... Prefiero los viernes.

—¿Por qué no?

—Me angustia pensar en las labores que se avecinan al día siguiente.

—¡Pero, Sara...! —exclamó su tía—. ¿No te gusta el domingo porque no disfrutas del lunes? Cuando llegues a vieja como yo, lamentarás pensar de esa manera. Disfruta de todos los días de la vida, porque los que te regalaron no son tantos como crees. Absorbe la calma del domingo y siente nostalgia por los que ya no están contigo. Aprovecha el tiempo, lee un libro, escribe una carta, llena tu vida de momentos que valgan la pena recordar.

—Gracias, tía —se emocionó Sara mientras la tomaba del brazo para ayudarla a subir las escaleras de la capilla.

Septiembre marca estaciones y Sara sintió por primera vez en España la remembranza de su propia tierra. Al retorno de la misa, volvió con la firme determinación de honrar sus costumbres.

—Hoy voy a cocinar yo, tía Rosario —afirmó a la par que examinaba la mercadería de la cocina.

—Qué sorpresa, cariño —se alegró doña Rosario tras notar la destreza que mostraba en la cocina su sobrina nieta.

—En septiembre celebramos las fiestas patrias en Chile y recordamos la independencia —explicó mientras procedía a picar cebollas—. Así que haré empanadas siguiendo la receta de mi abuela Carmen.

—Qué exquisito suena eso —asintió—. ¿Cuántas veces has preparado empanadas?

—¡Esta es mi primera vez, tía!

—Se nota, querida —comentó ella. Tía y sobrina se miraron fijamente antes de estallar en carcajadas.

## Capítulo 22

23 de diciembre de 2008  
(diecisiete meses tras el arribo a Madrid)

El frío que calaba los huesos anunciaba la llegada de la inminente estación invernal. Aquella tarde los tonos pasteles habían desaparecido y la nieve vestía los árboles desnudos y acaparaba las miradas curiosas en el parque del Retiro. Aquello parecía un verdadero palacio de Cristal.

Sara se deleitaba con el aire helado que recorría su estilizada nariz. La falta de masa muscular la obligaron a utilizar varias capas para compensar su escuálida protección anatómica. Sintió el roce del hielo a través de los guantes de cuero negro y sonrió al notar el mezcquino contacto del sol, cuyos rayos se colaban por entre las nubes, en las mejillas.

—¡Hola, guapa! —saludó Luisa a la vez que se acercaba—. Qué día más bonito para quedar.

—Así es, prima. ¿Un café? —propuso Sara, abotonándose completamente su abrigo turquesa.

—Me encantaría.

—¿Cómo está la tía? —se interesó Sara, porque le había cogido mucho cariño a esa mujer.

—Bien. Preparando la casa para mañana. Dice que llegues temprano.

—Lo haré. Yo llevo el postre. —Se quedó unos segundos callada; después agregó—: Todavía no sé qué regalarle.

Las muchachas caminaron por el gran parque madrileño. Habían fortalecido su relación durante los últimos meses. La personalidad transparente y amable de Sara y el alma caritativa que poseía Luisa forjaron la alianza perfecta.

—¿Cómo te va en el teatro?

—De maravilla, prima. El equipo es perfecto. Todos son muy talentosos.

—Ese tal Daniel es muy raro, ¿no crees? —comentó Luisa ajustándose la bufanda de felpa gris—. Desde que lo conozco me ha saludado siempre de la misma manera. Baja la vista, luego la levanta y me dice muy serio: «Buenos días». Nunca me ha preguntado ni siquiera por el clima.

—¡Al menos te saluda! A mí hay días en los que creo que no logra verme —refirió Sara, mofándose de la situación—. Cuando lee un guion, puede estar horas sin mirar a nadie. Además, tiene la manía de recibir los libretos impresos y perfectamente anillados para revisarlos.

—¿Cómo es posible? ¿No utiliza un ordenador?

—No, está obsesionado con el papel.

—Se parece a una que yo conozco —afirmó Luisa, golpeando el codo de su prima.

—¿A mí?! —se sorprendió Sara con una sonrisa nerviosa—. Tal vez un poco... Es que leer un libro impreso es un placer único.

El momento acompañaba a disfrutar de un paseo sin rumbo fijo, a perderse por la soledad de las calles sumergidas en el ajeteo durmiente de la tarde de domingo, a pisar los charcos congelados y oír el

sonido que genera la delgada capa de hielo al romperse tras el contacto con el tacón de las botas; a contemplar el arte madrileño desde todos los ángulos... Esas sensaciones provocaron que Luisa tuviera una idea:

—¿Te gustaría acompañarme al Museo del Prado?

—¿A esta hora? Son más de las seis de la tarde; debe de estar cerrado.

—Tranquila. Tengo que acercarme por unos trámites de la galería y estoy autorizada para entrar cuando no hay público. ¿Te animas?

—¡Sin público! Por supuesto que sí —manifestó Sara, entusiasmada.

El imponente campus, que albergaba los tesoros más emblemáticos celosamente guardados, se abría en pleno centro de la capital española. Era la cuna de las más importantes colecciones custodiada a través de los siglos, que adquiría un ambiente lúgubre y misterioso desprolijo de sus habituales visitantes.

—Hola. Vengo acompañada de mi prima. ¿Puede visitar el museo mientras nosotros hablamos?

—Sí, claro, Luisa. Que no toque nada, por favor, y que lleve un mapa consigo para no perderse. ¿Ha visitado el museo antes? —consultó el encargado.

—Hace años, cuando era una niña, vine con mis padres.

Los oscuros pasadizos albergaban las más diversas sensaciones: intriga y venganza, utopía y realismo mágico, catolicismo en esencia y pensamiento, felicidad, romance y dolor; era un abanico de florecientes sentimientos estampados y transmitidos en cada milímetro de tela.

—¿Perdone, a dónde va? —la detuvo un guardia.

—Tengo autorización —respondió Sara mostrando su credencial.

—No hay problema, pero si quiere ver *Las meninas*, dese prisa porque va a cerrar la sala.

¡Y ahí estaba! La gran majestuosidad inmortalizada a través de los años. El óleo más perfectamente trabajado. Sara se detuvo al fondo del salón y lo observó de lejos, sin la aglomeración de turistas que recordaba, cuando no era capaz de comprender el revuelo que generaba aquella pintura.

Caminó despacio, sintiendo la emoción del autor al perpetuar su pincel entre los lienzos. Se conmovió por la dulzura y se transportó al interior. Su mirada se posó en el segundo plano para visualizar la imagen real del espejo. Disfrutó de la luz que entraba con sutileza y permitía contemplar la amplitud absorbente del momento.

—Ningún cuadro le hace sombra, ¿verdad? —la sobresaltó Luisa.

—¡Me asustaste! —gritó abrazándola—. Nada puede compararse con este cuadro.

—¿Has pensado en tener hijos? —preguntó su prima con la vista fija en la infanta.

—Voy a tener dos: un niño y una niña. Los veo desde hace años en mis sueños —aseguró Sara, intentando no sonar como una loca. Al igual que a su madre, solían visitarla en sueños dos seres infantiles, de manera repetitiva, lo que le hacía suponer que sería su descendencia.

La tenue iluminación de los pasillos y los escasos funcionarios que aún deambulaban por el museo le recordaron a Sara las sabias palabras de su tía Rosario. Sin lugar a duda, ese domingo había creado un mar de recuerdos imborrables en su memoria, que heredarían incluso sus futuras generaciones.

## Capítulo 23

A la mañana siguiente, en medio del ajetreo propio de la víspera de Nochebuena, Sara todavía necesitaba comprar un regalo para su tía Rosario. A Luisa le había buscado uno con bastante anticipación; era una colección de discos de vinilo, pues imaginaba a su prima escuchándolos durante las tardes en la bella casona de campo.

Se dirigió caminando a una casa de antigüedades que había captado su atención tiempo atrás en la Gran Vía. La humedad provocada por las bajas temperaturas y la acumulación de gente producía una sensación de sofoco en aquella pequeña tienda. Sara sintió que desfallecía, y cuando estaba a punto de salir a la calle, su mente se posó en un antiguo reloj de arrimo. Le entusiasmaba comprar una reliquia para su tía, poder obsequiarle un presente con historia. Esa era suficiente recompensa después del desgaste y el agotamiento a causa de la búsqueda.

La casa de las Domínguez estaba perfectamente decorada. Las luces que la adornaban y el aroma a jengibre le recordaban las Navidades pasadas. Sara evocó en su mente las fiestas de su infancia. En Chile, durante las Navidades, la casa de los Domínguez Abarzúa se adornaba siempre con un pino natural. Este era cortado con cuidado en el mismo campo y emanaba un grato aroma a resina y pineno que se impregnaba intensamente en cada rincón de la casa. Dulces y frutas colgaban de sus ramas tentando a los traviosos niños. Pavo relleno, cocinado por doña Carmen de Abarzúa, quien tenía el honor de preparar la cena más importante del año. Para su elaboración empleaba ron y licor de naranja; después un poco al horno y luego manzana, ciruela, cerdo molido y naranja, ingredientes que aderezaban la cocción lenta de cuatro horas. El pan de pascua, las galletas de jengibre y miel y el engañoso cola de mono aportaban la nota dulce a la noche y amenizaban la espera de los ansiados regalos. Pero la mañana del día de Navidad, cuando los niños despertaban y abrían las sorpresas, según su buena conducta, Fernando Domínguez ya no estaba en casa.

La Navidad de 1987 Sara ya tenía nueve años. Como pensaba que era mayor, decidió no dormirse. Aunque el sueño la vencía, su curiosidad por descubrir al ser mágico que llevaba los obsequios fue más fuerte. Y cuando creyó oír los pasos del mismísimo Santa Claus, el corazón comenzó a latirle muy deprisa. Escuchó los pasos sigilosos; era casi medianoche y se levantó para seguirlo, pues estaba convencida de que había divisado la silueta bajando por las escaleras. Fue testigo de cómo sacaba una bolsa de regalos del despacho. Pese a que tenía los ojos nublados por la emoción, pudo identificar a su padre; lo vio encender la camioneta y desaparecer en la oscuridad de la noche tras la cerca de su casa. Este hecho dibujó una cicatriz en su alma que perduraría por siempre.

—¿Qué piensas, Sara? —la interrumpió doña Rosario al percibir que su mente se transportaba a través de los años.

—En mi gente, tía. Y en lo feliz que estarían si me viesen ahora junto a ustedes.

La cena navideña de las tres mujeres transcurrió en grata cordialidad: Luisa cocinó pavo, la tía Rosario preparó salsa de frutos rojos y Sara coronó la noche con la receta de tarta de ruibarbo de su madre.

Doña Rosario se había vestido con elegancia. Era la época del año propicia para desenfundar los trastes guardados y los collares de perlas traspasados por varias generaciones. Lucía el cabello corto, teñido de negro oscuro, lo que hacía relucir más aún sus ojos de color azul pálido perfectamente maquillados para la ocasión. Su rostro, suave y terso, mostraba un suave rubor rojo y la luminosidad de la alegría de la noche. Los labios, antes delgados, se hallaban engrandecidos en color guinda.

—Eres lo mejor que nos ha pasado este año, Sara —dijo doña Rosario cogiendo la mano de su sobrina, que descansaba sobre el mantel de la mesa.

—¡Y ustedes a mí! —expresó, depositando la otra mano sobre la arrugada extremidad de su tía abuela. Después añadió—: En el fondo de mi corazón siempre supe que debíamos conocernos. Y pensar que casi no lo hice por seguir los consejos de Pedro...

—¿Qué te decía? —curioseó Luisa mientras retiraba la loza de la cena.

—Que era una mala idea, que ustedes no iban a querer conocerme —confesó levantándose para buscar el postre.

—Es una suerte que no te hayas casado con él —comentó doña Rosario asintiendo con la cabeza.

—Es lo que todos me dicen —hizo una pausa—; sin embargo, aún me duele, aún lo extraño, aún busco respuestas que no he encontrado.

—No puedes vivir sin respuestas —comprendió la tía con la seguridad y el poder que otorgan la experiencia.

—Sé que las respuestas estaban en aquella carta que me dejó... y que perdí.

—Busca las respuestas que necesitas —continuó la anciana—. Puedes buscar la carta o a Pedro, pero mereces una explicación para poder seguir con tu vida.

—No puedo ver a Pedro todavía. Necesito salir de las cenizas, resurgir como el ave fénix; y cuando tenga la coraza suficiente, me pararé frente a él y lo voy a enfrentar por todo el daño que me hizo, y lo haré de tal manera que se va a arrepentir todos los días de su vida de haberme abandonado —relató con los puños apretados por la ira y la impotencia; emociones estas que nunca antes había sentido, pero que le hicieron percibir una fortaleza interior que desconocía en sí misma.

# Capítulo 24

31 de diciembre de 2008  
(diecisiete meses tras el arribo a Madrid)

Sin duda, el año 2008 había sido un buen año para Sara. Madrid había equilibrado el dolor, le había regalado una familia, trabajo y nuevos amigos.

La mañana del 31 de diciembre salió a comprarse un vestido nuevo para ir a la fiesta que se iba a organizar en el teatro. Después de andar mucho, se decidió por uno rojo ajustado que realzaba su figura menuda y armónica.

El año anterior, para la víspera de Año Nuevo, Sara había esperado a las doce acostada en su apartamento de la Gran Vía. Aquella solitaria noche vio dos películas, y tras varios pañuelos empapados de lágrimas, se quedó dormida. Este fin de año sería diferente y pretendía esperar el 2009 haciendo todas las cábalas posibles, y el calzón amarillo era una de ellas.

—Hola, ¿me vende uno en amarillo, por favor?

—Aquí está. Ojalá que la noche fin de año te traiga al novio que estás buscando —le dijo risueñamente la vendedora.

A las siete de la tarde Luisa tocó puntualmente el timbre del apartamento de Sara. Lucía un vestido azul acampanado con tacones de color marfil. Cuando vio a Sara con su despampanante vestido rojo, exclamó:

—Pero ¡qué guapas somos las Domínguez!

Sara sonrió y le dio un abrazo.

—Me abrocho los zapatos y estoy lista —informó Sara. No pudo evitar tocarse la cicatriz que tenía en el tobillo derecho. Entonces se dio cuenta de que Luisa la miraba, así que agregó—: Me la hice el día que fallecieron los padres de mi mejor amiga, y cada vez que la veo, puedo sentir que ellos nos acompañan.

Minutos más tarde cogieron un taxi que las llevaría a la fiesta. El teatro estaba decorado con luces navideñas. Había muérdago sobre la puerta de entrada y la cafetería estaba despejada para dar paso a la pequeña pista de baile. El mostrador se había convertido en un bar, donde David intentaba preparar rebuscados brebajes haciendo piruetas en el aire.

—Te lo voy a poner fácil, David —habló Sara con tono bromista—. Dos sangrías para las primas Domínguez, por favor.

El ambiente distendido de la última noche del año 2008 fue ameno, con una gran camaradería entre los asistentes. Compartieron, bailaron y bebieron con el grupo que se había formado. Cuando faltaban solo cinco minutos para las doce de la noche, Daniel detuvo la música.

—Estimados amigos y compañeros de trabajo —comenzó diciendo—, a las doce de la noche todos debéis besar a alguien. Necesitamos que este sea un buen año para el teatro; no podemos permitir que



la mala suerte nos acompañe. Aquel que no lo haga ¡será despedido! —soltó. Los invitados estallaron en carcajadas.

Sara se quedó inmóvil en la pista de baile. Sintió que cada segundo de la cuenta regresiva se acoplaba al latir de su corazón. Recordó cuando era niña y esperaba casi rezando para que alguien la sacase a bailar en las fiestas infantiles; y en eso estaba cuando la tomaron de la mano y la trajeron bruscamente de vuelta al año 2009.

Era Daniel, que le acarició la mejilla y la besó. Fue un beso intenso y coordinado, que ella contestó sin titubear.

—Te salvaste —le dijo él con una sonrisa—. Estuviste a punto de ser despedida.

A la vuelta, ambas primas caminaron descalzas por las jolgoriosas calles de Madrid. El ambiente de fiesta contagiaba y las chicas, con sus copas plásticas de champán, festejaban con cada individuo que se cruzaba en su camino.

Rieron un buen rato recordando el inesperado beso de Daniel y la cara de desconcierto de Sara.

—Es que... jamás me lo esperé —reconoció Sara agitando nerviosamente las manos. Después se tapó los ojos con ellas—. ¡No sé cómo lo voy a saludar el lunes!

—Con otro beso —rio Luisa con ironía.

—Me estresa un poco encontrármelo de frente...

—Quédate tranquila. Parece ser el tipo de hombre al que no le afecta nada. El lunes no se acordará del beso.

—Entonces intentaré olvidarlo también.

—No, tú no lo olvides. Nada es más perfecto que comenzar el año con un beso.

A la mañana siguiente Sara despertó casi a mediodía. Caminó de puntillas para no despertar a Luisa, que aún dormía en el sofá del *living*. Recordó que estaba desprovista de provisiones y decidió salir a buscar algún pequeño lugar abierto para abastecerse. Bajó los ocho escalones a pie para acallar su conciencia por la falta de ejercicio.

Ya en la calle paseó sin rumbo hasta que el aroma a café la detuvo. Un hábil comerciante tenía abierto su local el primer día del año. Compró dos vasos de café de grano y una lasaña congelada. Luego se sentó en una banca a beber un poco y a disfrutar con la quietud de Madrid tras las fiestas. Revisó su teléfono y se percató de que tenía varias llamadas perdidas de Alma y un mensaje de WhatsApp que decía: «Llámame en cuanto puedas», así que decidió aprovechar el momento y llamarla.

—¡Amiga, feliz Año Nuevo! —saludó.

—Gordita hermosa, para ti también. —Después de una pequeña pausa, agregó sin rodeos—: Tengo algo que decirte.

—Dime —le pidió, intuyendo que no serían buenas noticias.

—Anoche fui a una fiesta con Rubén y nos encontramos con Pedro.

—¿Qué te dijo?

—Que hace un mes se había casado con Mónica.

Sara cortó la llamada. Sabía que Alma había hecho lo correcto al contarle, pero su cerebro no supo cómo reaccionar.

—¡Se casó con Mónica! —gritó desconcertada, aprovechando la soledad del lugar, mientras apretaba

el teléfono contra el pecho.

Qué simple sonaba al decirlo en voz alta; y pensar que hasta aquella mañana creyó que la historia de Pedro ya era un tema superado... Sin embargo, las dudas volvieron como fantasmas recién desenterrados: ¿por qué no la encontró digna para ser su esposa? ¿Cómo pudo casarse tan fácilmente con Mónica?

Pese a todo, Sara no lloró. Sentía más rabia que nunca y se formó en ella un sentimiento poco experimentado antes en su vida: ¡venganza!

Entonces se dio cuenta de que su tía Rosario tenía razón: debía buscar las respuestas o no podría avanzar con su vida. No quería demostrar debilidad y para ello necesitaba sacar la personalidad fuerte que tenía escondida y proyectarla. Tenía que lograr que Pedro la viese feliz y que, al menos por un segundo, se arrepintiera por haberla dejado plantada en el altar. Solo con eso se daría por pagada.

Respiró hondo y llamó nuevamente a Alma, quien contestó inmediatamente el teléfono:

—Gordita, lamento haberte contado. Es que no quería que te enteraras por otro lado —se disculpó tras contestar el segundo llamado.

—Tranquila, te agradezco que lo hayas hecho. Necesité tomar un poco de aire para asimilarlo, pero ya estoy bien. ¿Sabes si Pedro trabaja aún en la empresa? —agregó.

—Sí, ambos trabajan ahí. ¿Por qué?

—Bueno —dijo, y tras una pausa, continuó—, que se preparen entonces... Algún día volveré a trabajar con ellos.

## Capítulo 25

12 de marzo de 2009  
(diecinueve meses tras el arribo a Madrid)

Habían pasado diecinueve meses, doce días y cinco horas desde su llegada a Madrid, y aquella luminosa tarde de marzo Sara se tuvo que enfrentar a la inminente realidad de tener que asumir su regreso a Chile.

Siempre supo que ese día llegaría, y pese a querer retornar para ver a los suyos, después de su traumático recuerdo amoroso con Pedro, todavía no estaba lista. Tenía lo que había ido a buscar a Madrid, pero, aun así, sabía que no deseaba volver como una mujer derrotada; aquella que huyó al antiguo continente tras un arrebato de impulsividad, sin plan alguno, y que, tras varias vueltas, regresó exactamente en las mismas condiciones. Necesitaba más tiempo para poder armar un plan, pero la enfermedad de su madre adelantaba su voluntad.

—¡No quiero que me ocultes información, Felipe! —gritó Sara, desesperada, al teléfono—. Si mamá está grave, necesito saberlo.

—Está estable, Sara. Los médicos dicen que va a estar bien, pero le amputarán completamente la pierna derecha.

«¡Maldita diabetes! Esa enfermedad silenciosa y mortal que te carcome lentamente mientras tu cuerpo ni siquiera se da cuenta del asesinato», escribió Sara en la parte posterior de una de las fotos donde posaba con su madre en la terraza de la casa en el sur de Chile.

Salió de su apartamento en Madrid con la nostalgia impresa en el rostro. Las gafas oscuras disimulaban su desconcierto, pero al parecer no era suficiente.

—¿Qué le pasa, señorita Sara? —se interesó el conserje mientras le abría la puerta del edificio.

—Nada, Juan. Es que mi madre está muy enferma y tengo que volver a Chile —le contó, e hizo un movimiento bamboleante dirigido por la inercia de sus piernas, motivadas por la impaciencia que suponía la espera de algún taxi.

—Al menos, tiene una madre y una patria que la esperan...

—¡Qué profundas sus palabras! —comentó Sara, dejando de moverse y mirándolo fijamente.

—Es que una madre es lo más valioso del mundo. Si enferma, aún tiene tiempo para ir a verla; al final, será más sanador para usted que para ella.

—¿Usted perdió a su madre, Juan?

—Así es, y también perdí la vida. Jamás me perdonaré no haber ido a verla; cuando nos dejó, no fui capaz de ir al funeral. Ya no había razones —expresó mientras procedía a detener un taxi con la mano.

—Gracias, Juan —contestó Sara, dándole dos palmadas en la espalda a aquel hombre tan noble que le había abierto la puerta tantas veces.

Victoria Abarzúa padecía esta enfermedad desde que Sara tenía memoria. Pasó de las aguas de monte

para disolver las grasas y bajar el azúcar a la dieta con controles estrictos que nunca pudo seguir, porque la tentación del pastel de ruibarbo y el manjar casero superaban toda buena intención de obedecer la indicación médica. Primero fueron las pastillas y luego las inyecciones diarias de insulina, que más que un medicamento, parecían ser una poción maldita para envejecer, porque se encargaron de demostrarle que ya no era una mujer sana. De ahí en adelante sería definitivamente una mujer enferma, cuyo cuerpo ya no podría ser capaz de sobrevivir por sí solo.

—Mamá, ¿te pusiste la insulina?

—No, hija, lo haré más tarde.

—Pero ¡cómo más tarde?! Esto tiene un horario y una asociación con las comidas; no puede ser a la hora que a ti se te ocurra. ¡Papá, dile algo!

—¿Qué quieres que le diga? Ella es una mujer adulta. ¡Yo me encargo de pagarle al médico para que tu madre haga lo que tiene que hacer! —contestaba Fernando con el desinterés propio de su personalidad.

La relación de Sara con su madre era tan sólida que esta sabía perfectamente que, para acallar su espíritu, necesitaba volver a su país para verla. Desde el instante en el que cortó la llamada con Felipe, comenzó a organizar en la mente el cierre de su vida en España y su retorno.

El trabajo en el Teatro de las Artes había complementado la vida de Sara en todos los aspectos posibles. Desde el momento en el que se atrevió a hablar sobre la altura del techo y la entrada de la luz para mejorar la acústica, logró captar la atención del equipo. De ahí en adelante su opinión siempre era considerada. Pudo involucrarse y poner todo el corazón en esa maravillosa obra de reconstrucción, hasta tal punto de que se dio cuenta de que la mayor parte del tiempo era total y absolutamente feliz. No necesitaba nada más, ni hijos ni casa ni mucho menos un marido. En Chile jamás había sentido esa sensación de plenitud; amaba la arquitectura porque le daba la opción de crear, pero en ese teatro se sentía libre de hacerlo casi por una causa común.

En su país natal, en cambio, trabajaba para el sueño de otro. Había un prototipo que cumplir y su imaginación debía limitarse a ello. En Madrid todo era muy distinto: partió con un trabajo de asistente y pudo elegir desde el color de las tazas hasta la distribución de las mesas, y nunca fue contenida. Se le permitió hablar en todo momento y fue ascendiendo con sus intervenciones hasta llegar a la arquitectura misma, donde expresó todo el potencial que tenía guardado. Entonces se dio cuenta de que para hacer lo que le gustaba y dar lo mejor de sí no era necesario trabajar para la firma más prestigiosa; había que hacerlo con pasión y compromiso. Y si alguna vez sentía que eso no era posible, entonces se encontraba en el lugar equivocado.

La remodelación de aquel teatro contemplaba sesenta y cuatro butacas de color rosa pardo, las cuales estaban distribuidas en ocho filas. El papel decomural crema con gruesas líneas púrpuras le daba a la sala una sensación de tridimensionalidad. Dieciséis focos luminarios otorgaban realce a la gran lámpara de lágrimas del techo alto con vigas de madera a la vista. La escalera lateral derecha, tapizada en alfombra de color castaño claro, finalizaba en un balcón alargado, con sobresalientes diseños dorados que había pintado David, un actor del equipo; se asemejaban a simples rayas. Estas eran onduladas y elegantes, pero al mirar con detención se observaba que eran grandes letras aisladas.

—¡Eres un artista! —afirmó Sara al notar que David se paraba junto a ella y contemplaba su obra.

—Gracias, guapa —respondió este, cruzándose de brazos e intentando no arrugar la chaqueta azul marino de alta costura que llevaba puesta.

—¿Qué significan las letras?

—Bueno, la primera D es de Daniel, la O es Olivia, la L es Laura, la J es José Luis, la A es Antonio, la I es Ignacio, la segunda D soy yo y la S eres tú.

—¡¿Yo?! Pero si yo no soy actriz —se sorprendió mirándolo a los ojos.

—Has sido una parte importante de este trabajo. Has influido en todo momento y tus ideas están plasmadas en esta sala —aseguró el actor mientras recorría el lugar con la mirada.

Sara no pudo contener las lágrimas. No solía llorar, y mucho menos en público, pero sentir que formaba parte de algo tan grandioso la conmovió.

—Eres parte de nuestra esencia como teatro, Sara —expresó también emocionado David Bourdeau a la par que la abrazaba.

—¡Cómo voy a extrañarte, amigo mío! Nunca nadie podrá competir contigo. Has sido el ser más increíble que pude conocer acá en Madrid. Anhele el día en el que puedas estar con Alma, que es mi otra mitad, allá en Chile.

—Ya estaremos los tres juntos y probaré ese famoso pisco souer del que tanto hablas —soltó de manera distendida para alegrar la conversación.

La soledad, las oportunidades y el desafío habían fortalecido el carácter de Sara durante esos meses; sin embargo, todavía necesitaba preparar mejor sus armas para retornar a Chile.

No estaba lista para enfrentar a Pedro. El fantasma de su tragedia amorosa aún rondaba sus noches y aparecía en sus peores pesadillas. Era reiterativo: soñaba que estaba en el borde de un barranco, vestida de novia, impecable y hermosa... y, de pronto, perdía el equilibrio. Pedro alargaba la mano, pero no la alcanzaba y ella rodaba por la ladera cubierta de lodo. Cada vez que despertaba sobresaltada por aquella escena maldecía su destino.

No tenía claro cuánto había amado a Pedro, pero sabía que, si se hubiese muerto, con suerte le habría llorado una tarde, y aunque intentaba convencerse de que no era el hombre indicado para ella, aún le intimidaba su presencia. Sentirse bajo la mirada evaluadora de aquel hombre tan complejo alteraba su equilibrio emocional. Ella misma tardó en darse cuenta de que en cada paso que daba debía esperar la aprobación de Pedro, y lo peor era que nada de lo que hiciera podría lograr obtener la admiración en un ser tan egocéntrico como él.

—Te quedó lindo el corte de pelo, Sara. Ilumina más tu rostro —le había dicho una vez un colega en Chile.

—Muchas gracias.

—¿Cuándo te cortaste el pelo? —le preguntó Pedro alejándola del grupo.

—Hace dos días.

La culpa debía ser de su madre. ¿Cómo era posible que una mujer tan inteligente como Victoria Abarzúa pudiese consentir el engaño y guardarlo tan recelosamente? La traición de su padre era un secreto a voces; probablemente, muchas de sus amistades lo sabían, pero ninguna tenía pruebas concretas, y aunque así fuese, nadie se atrevería a comentarlo con Victoria Abarzúa.

Pretender que nadie supiera nada, pero a la vez querer conocerlo todo era la gran característica de los

chilenos. Los viajes de negocio de Fernando, las llamadas interminables mientras recorría el campo y la hermeticidad de su despacho habían caminado por años como alma en pena en la familia Domínguez Abarzúa.

—¿Eres feliz, papá? —quiso saber Sara en una oportunidad en la que estaban los dos solos.

—Casi, hija.

—¿Por qué casi? ¿Qué te hace falta?

—Me falta el brillo en los ojos.

—No entiendo, papá.

—Algún día, cuando tus ojos brillen, lo entenderás.

Probablemente, los antepasados de Fernando Domínguez debían de estar retorciéndose en la tumba, porque pese a lo arriesgado de sus jugadas, fueron protagonistas de historias de romance y poesía. Porque la fisonomía facial delicada que los caracterizaba y la capacidad intelectual que abundaba en todos ellos les permitieron mantener un matrimonio sólido y duradero. ¿Por qué Fernando no dejaba a Victoria? O, peor aún, ¿por qué Victoria no dejaba ir a Fernando? Esas eran preguntas que merodearon por la mente de Sara durante su adolescencia. Sin embargo, no podía negar que el *statu quo* de sus progenitores le otorgaba estabilidad a su vida. No imaginaba compartirse entre dos casas; disfrutaba las fiestas de fin de año tal y como habían ocurrido desde siempre.

—Mamá, ¿eres feliz? —le preguntó en otra ocasión a Victoria.

—Muchísimo, hija.

Aquella fue respuesta más que suficiente para que Sara decidiera que nunca más se involucraría en la historia de sus padres. Ver la sonrisa de su madre al recibir flores de parte de Fernando en los cumpleaños, ser anfitriones de cenas y fiestas para sus amigos, verlos planear juntos los viajes de vacaciones y las remodelaciones de su casa... y escuchar llorar a su padre al ver enferma a Victoria le hicieron comprender que el matrimonio de ellos era una especie de sistema de compañía y compromiso para toda la vida; y que simplemente se ajustaba a una visión distinta del amor.

## Capítulo 26

Daniel

Daniel García era un hombre misterioso y solitario. Había fundado el Teatro de las Artes junto con Olivia varios años atrás. Ambos se conocieron durante la academia y la determinación de Daniel en la intención de montar su propia industria fue determinante para que Olivia se decidiera a trabajar con él.

Era la que más lo conocía, pero ni siquiera la antigüedad a su lado podía revelar lo que pensaba o sentía este intrigante actor de alma y vocación. Al hablar con él se obtenían muy pocas pistas sobre su vida privada, y mucho menos sobre su ambivalente personalidad.

Como director y actor del teatro, tenía un cierto dejo de formalidad en el trato que daba y recibía del resto del equipo. Era un hombre interesante; su intelectualidad y el empleo de pocas palabras a la hora de expresarse le otorgaban una puntuación extra entre las mujeres, pero el profesionalismo que lo caracterizaba hacía casi imposible cualquier interacción con él que no fuese netamente laboral.

Tuvo un gran ojo para elegir a su elenco de actores. Había definido en ellos un perfil versátil, donde todos tuviesen la capacidad de desarrollarse y sentirse partícipes del proyecto. Siempre dejaba claro que nada era más importante para él que su trabajo y jamás salió de su papel de director, ni siquiera cuando murió su padre.

—No es necesario que estés aquí, Daniel. Deberías irte a casa a descansar— dijo Olivia en aquella oportunidad.

—No necesito descansar. Gracias por la oferta, pero estoy bien.

—Por Dios, Daniel. Mírame, soy yo, Olivia. No es necesario que me mientas. Nadie puede enterrar a su padre por la mañana y trabajar por la tarde.

—Todos vamos a morir, Olivia. Si eso lo asumimos como verdadero, no puedo estar en mi casa durmiendo y malgastando mi vida llorando a los muertos.

Cuando comenzó la remodelación del teatro, Daniel ya casi no se interesaba por la vida social. Nunca se caracterizó por compartir actividades fuera de las funciones habituales, pero las comidas las consideraba una extensión laboral y aprovechaba la instancia para evaluar las ideas de los actores en un ambiente más distendido. Sin embargo, su mente creativa estaba tan abocada a su sueño y a la inversión de su vida que había perdido la costumbre que tenía de salir a cenar con su equipo.

La única vez que compartió con Sara fue una tarde en la que todos ya se habían retirado y esta le llevó un café. No le preguntó si lo quería; tal vez porque sabía que si lo hacía, él le daría las gracias cortésmente y diría que no, como era su costumbre. Pero ese día fue distinto. Sara necesitaba comentarle las ventajas de dejar las vigas a la vista y el sello original que podría traer al teatro la madera nativa en una ciudad donde el concreto era la materia prima más sobresaliente.

Aquel día llevaba el cabello recogido en una cola y cubierto por un sombrero gris de tipo fedora que le otorgaba seguridad. Sin duda, le recordaba la templanza de su abuelo Enrique. Este siempre solía

usarlos.

Se sentó en la silla de director frente a las butacas y procedió a describir su concepto de techado como si alguien se lo hubiese preguntado. Habló de materiales, de textura, de distribución del espacio y del impacto en el sonido; se dejó llevar, y casi sin darse cuenta, estaba de pie hablando como si estuviese dando una charla magistral de arquitectura. Recorrió cada centímetro de ese teatro, alabando y criticando esto y aquello, opinando de telas y colores; hasta que se percató de la mirada fija y penetrante de Daniel. Entonces puso en pausa su relato. Se sintió intimidada. Por un segundo, le pareció notar un cierto interés por parte de este sobre ella. Hubo un breve silencio, y él comentó:

—Estaba seguro de que algún día liberarías el potencial que tienes —afirmó con seguridad y esbozó una sonrisa que se destacó sobremanera en su inexpresivo rostro.

Fue la única conversación, si podía llamarse así, que ambos mantuvieron. De ahí en adelante Sara siempre proporcionó su punto de vista en las tareas que se estuviesen efectuando en la remodelación. Sin embargo, después del beso inesperado de Año Nuevo, Sara sintió que algo había cambiado en Daniel. Le sonreía a lo lejos, le guiñaba un ojo si se cruzaban en algún pasillo y en más de alguna oportunidad le dejó un pequeño chocolate en el mostrador, sin siquiera mirarla ni mucho menos emitir palabra alguna. Ello la incomodaba y la ponía nerviosa. Por su parte, Sara guardó distancia con él después de su encuentro furtivo. Fue cada vez más seria y menos cordial, comenzó a evitarlo y a esquivarle la mirada si se lo encontraba. En un principio, asumió que la causa de sus actos se debía a la vergüenza por haber sido besada lastimosamente por él; sin embargo, con el pasar del tiempo, pudo darse cuenta de que su inconsciente la estaba protegiendo, porque su jefe generaba en ella una reacción más inquietante de la esperada para una relación solo estrictamente profesional... y, en definitiva, no estaba preparada para ello.



## Capítulo 27

David

David Bourdeau era su confidente y compañero de aventuras nocturnas en Madrid. Reconocía en su amigo a un ser artístico puro que, a su juicio, era el alma del teatro. David logró captar su atención desde el primer día de trabajo.

—Hola, me llamo David y soy gay —se presentó él estirando la mano—. Bienvenida a bordo.

«¿Cómo puedes tener la capacidad de presentarte ante una desconocida y que lo primero que digas sea tu preferencia sexual?», pensó Sara. Este joven la descolocó de tal manera que ella respondió de la misma forma y sin tapujos.

—Hola, soy Sara y mi prometido me rompió el corazón dejándome plantada el día de mi boda, lo que me convirtió en la inmigrante más patética del mundo.

—Me encanta tu presentación —dijo David con una carcajada—. Cuando comienzas contando lo que más te preocupa de tu vida, el resto del relato se vuelve simple.

David Bourdeau era un artista de nacimiento. Sus padres lo educaron en las mejores escuelas, apostaron por él para darle todas las oportunidades que alguien de su condición social debía tener. Provenía de una familia parisina acaudalada y creció rodeado de lujos en una maravillosa mansión de doce habitaciones ubicada en el distrito XVI en el exclusivo barrio de La Muette. Era una casa del siglo XVIII construida con piedra París, piedra de origen local que únicamente era utilizada para construcciones de renombre tales como la catedral de Notre Dame o el palacio de Louvre.

El comedor no perdía su toque de antigüedad. Había sido restaurado con cautela para mantener las maderas nativas de la época, y el piso, tallado en mármol con distribución típica de un tablero de ajedrez, acaparaba miradas. Las puertas dobles incrementaban el aire elegante, al cual se sumaban los miles de esculturas y pinturas que adornaban el lugar. El sitio favorito de David era el patio interior. El césped verde, siempre cortado a dos centímetros del suelo, la fuente de agua en el centro y los magníficos ventanales que rodeaban la casa le daban la sensación de estar leyendo dentro de su propio cuento de hadas.

Siempre sintió atracción por el sexo masculino, pero la poca comunicación y confianza con sus padres y la estricta educación impartida le impidieron expresar en voz alta sus preferencias. Se acostumbró a pasar horas leyendo, imaginando que el protagonista del cuento era él y que sería rescatado de ese castillo encantado por algún valiente príncipe. Sus talentos artísticos se acrecentaron por su emocionalidad contenida. Ello, sumado a sus clases intensivas de pintura y literatura, lo convertía en el gran candidato para asumir algún día la gerencia de las galerías de arte de sus padres. Tuvo varios noviazgos arreglados con señoritas de buena familia. Al principio, encontraba que era lo más patético que podía ocurrirle: que su madre tuviese que armar sus parejas, ya que pese a tener una cara anatómicamente perfecta y un cuerpo atlético, no lograba el más mínimo interés en el sexo

opuesto. Sin embargo, la idea terminó por acomodarle, así que se emparejaba, a lo sumo, por treinta días con cada una de ellas, las cuales permanecían ese tiempo a su lado; primero, por miedo al castigo de sus propios padres y segundo, admirando la belleza y majestuosidad de la residencia.

—Necesito contarte algo —comentó una de sus novias mientras caminaban por el jardín.

—Dime —le pidió él con los ojos fijos, revelando curiosidad.

—Sabes que eres gay, ¿verdad?

—Claro que lo sé.

—Bueno, alguien debe decírselo a tu madre, porque está haciendo el ridículo.

—¡No está haciendo el ridículo! —exclamó David, exaltado—. Le está buscando esposa a su hijo, le está ofreciendo a una mujer un matrimonio de lujos y privilegios. ¿Explícame cuál es la parte en la que la mujer sale perjudicada?

El mismo David demoró en asumir lo que para muchos era tan evidente. Sabía perfectamente cuál era su preferencia sexual, pero aceptarla frente al mundo era un difícil desafío. A sus veinte años ya había tenido que besar por obligación a algunas muchachas en fiestas o actividades sociales, pero nunca en privado. Siempre lo dejaba claro desde el primer día: en la intimidad no habría nada entre ellos. Entonces conoció a Jean Paul en la academia. Era su profesor de Literatura Contemporánea. Un hombre mayor que él, de unos cuarenta y tantos; él tan solo tenía veintiuno. Lo observaba en cada paso. Su tez clara y su cuerpo estilizado lucían armónicamente con el suéter de cuello alto que solía vestir. Su intelectualidad y su finura lo volvían loco y no podía dejar de pensar en él ni un segundo. Lo sentía en las noches ingresando a su inmensa cama, se lo imaginaba desde que despertaba hasta que lograba nuevamente conciliar el sueño.

—He visto cómo me miras, David —lo descolocó una mañana Jean Paul.

—Es admiración, profesor —aseguró enrojecido.

—Tú y yo somos iguales: tú me miras y yo también te he estado observando.

Fue su primer gran amor y la razón por la que lo dejó todo. Por él se pintó la cara de blanco como un mimo y bajó las escaleras arrastrando una gran maleta con un diseño de leopardo. Y ante la mirada perpleja de sus padres, se despidió de ellos con la mano y esbozó una sonrisa con esos labios rojos. En ese momento, dejó sus lujos atrás y se fue a vivir con Jean Paul a un pequeño piso de un solo ambiente en los suburbios de la Ciudad de las Luces.

La primera vez que salieron Sara y David fue en septiembre de 2008. En aquella ocasión, pese al ambiente ajetreado de la bohemia noche madrileña, el bar elegido permitía la conversación fluida entre ambos.

—¿Y qué pasó con Jean Paul? ¿Dónde está ahora? —preguntó Sara, intrigada, tras escuchar la romántica historia de amor parisina.

—Está en su apartamento... supongo.

—¿Terminó contigo?

—Tuve que irme, porque él era un hombre de muchos hombres, y yo ya no estaba dispuesto a compartirlo.

—Ay, amigo mío —expresó Sara, removiendo su Martini—. Tú y yo nos parecemos demasiado, ambos nos enamoramos de las personas incorrectas.

—Perdona, a ver si lo comprendo —agregó David con ironía—. ¿Me estás diciendo que... tú estabas enamorada de Pedro?

Viajar miles de kilómetros para que una noche de juerga, recorriendo bares y cantando en karaokes, terminara con la pregunta más trascendental de su vida; una que había intentado evitar en varias ocasiones: ¿había estado realmente enamorada de Pedro?

Había cuestionado todo el proceso, el porqué de la separación, el embarazo de Mónica, la falta de comunicación y la poca capacidad para enfrentar los problemas, pero no había evaluado su capacidad para amarlo.

—¡Dios mío! —exclamó con los ojos muy abiertos, y miró a David—. Nunca lo amé. Todo este sufrimiento fue por nada.

David Bourdeau se puso de pie e hizo sonar su copa. Tras conseguir la atención de los presentes, gritó:

—Señoras y señores, démosle un gran aplauso a mi amiga, que acaba de darse cuenta de que el amor verdadero debe de estar en otra parte. Que lo que dejó atrás no era más que un ensayo para la gran obra de su vida.

# Capítulo 28

27 de marzo de 2009  
(veinte meses tras el arribo a Madrid)

Había llegado su penúltimo día en Madrid. Aquella jornada transcurrió entre limpieza y embalajes. A pesar del ajetreo que suponía dejar ese país que la había albergado por casi dos años, Sara no podía abandonar la capital española sin despedirse de su tía Rosario.

Aquella anciana era «el eslabón perdido», como le decía con cariño. Conocerla a ella, y también a Luisa, que además había sido la gestora indirecta de su destino en el teatro y se había convertido en una gran amiga y confidente, había sido, sin duda, una de las experiencias más trascendentales de su viaje. Les dejaba una historia familiar y se llevaba consigo todas las respuestas de la travesía de los Domínguez; fueron más de ochenta años de separación que habían logrado una perfecta unión.

—Quiero regalarte esta cadena, Sara —le comentó su tía Rosario extendiendo la mano, temblorosa a causa de la debilidad muscular propia de los años, con la tristeza marcada en el rostro por la inminente separación—. Era de mi madre y le habría gustado que la tuviese la descendencia de su hijo.

Sara, emocionada, abrazó a esa mujer bonachona a quien había logrado querer durante esos meses. Le prometió que la llamaría desde Chile para que conociese al resto y le dejó todas las fotos familiares que había llevado impresas. «Somos lo que los genes y el carácter moldea en nuestra historia», escribió detrás de una fotografía. Aparecía ella con sus hermanos Diego y Felipe. Después se la entregó a su tía como símbolo de la cruzada de sus antepasados al distante país americano.

A la mañana siguiente fue a comprar otra maleta. La pequeña maleta roja que hizo el viaje de ida no era suficiente para la infinidad de cosas que ahora consideraba imprescindibles para el retorno. La guía fotográfica de Toledo, la cartera colorida de Granada, el traje que usó el día de la entrevista en el teatro, el bolso mágico que heredó de tía Rosario, la chaqueta azul de su prima Luisa y los catorce libros que habían impregnado de vida su apartamento; cada uno de ellos emanaba, a través del papel, un aroma diferente que le evocaba distintas sensaciones anímicas.

—Buenas tardes, señor Molina. ¿Cómo está usted? —saludó Sara por teléfono. Nunca había visto personalmente al señor Molina. Todas las negociaciones con este habían ocurrido de forma telefónica, pero se lo imaginaba como un hombre gordo y bigotudo, porque el tono de su voz le recordaba al Dr. Fernández, su médico de la infancia.

—Muy bien, señorita. ¿Todo bien con el apartamento?

—Todo perfecto. Quisiera hacerle una petición, y disculpe mi patudez. —Hizo una pausa y prosiguió—: Hay catorce libros de su biblioteca que me gustaría llevarme a Chile. Le propongo comprar los mismos libros y los ejemplares nuevos dejarlos en el apartamento a cambio de los que me llevo.

—No hay ningún problema, pero solo por curiosidad, ¿por qué no te llevas los libros nuevos?

—Porque de los miles de libros de esta biblioteca, muchos estaban dedicados, pero estos catorce libros tenían la misma letra y la misma cita, que dice: : «Para él que lo necesite, para él que le haga sentido leer estas líneas».

—Los turistas que se quedan mucho tiempo suelen dejar libros de regalo en la librería y algunos los dedican para los siguientes pasajeros.

—¡Voy a dejar dedicados los míos! —exclamó entusiasmada.

Aquella misma tarde, caminó a una pequeña librería en la Gran Vía. No fue fácil resistirse a no comprar más libros. El papel impreso era su debilidad. Las sensaciones transmitidas por un autor a través de su pluma cobraban vida en las emociones de Sara. Eso se convertía en su placer culposo mejor guardado. Nunca imaginó una vida sin libros. Podría faltarle cualquier cosa, pero un texto bien escrito era lo único que necesitaba para una tarde solitaria.

Aquella librería madrileña, envuelta en la hermosura primaveral, la invitaba a sentarse y comenzar a leer hasta perder la noción del tiempo.

—Vamos a cerrar —la interrumpió la amable mujer, dándole un pequeño golpecito en el hombro que la sacó de su trance.

—Disculpe, se me ha pasado la hora.

—No te preocupes. ¿Necesitas algo más?

—No, solo estos catorce libros.

—¿Vas a escribir algo en ellos antes de envolverlos?

—Sí —respondió Sara.

Entonces cogió el primer ejemplar y escribió la siguiente frase:

*Para el que ha buscado, para el que se ha encontrado a sí mismo, para el que ha logrado amarse como a ningún otro.*

## Capítulo 29

Su última noche en Madrid Sara se sentía particularmente hermosa. Su rostro era reflejo de ello. Dejaba España, pero estaba satisfecha con las experiencias que se llevaba de vuelta en su nueva maleta.

Caminó por las calles del barrio del Retiro en busca del local que sus amigos habían elegido para despedirla. Disfrutó de cada centímetro de camino, de cada semáforo, de cada tienda iluminada, de cada risa, de cada rostro sorprendido, de cada turista. Qué sensación de paz. Madrid había logrado rescatarla de todas las formas que alguien puede ser salvada.

El lugar era perfecto. La luna contemplaba lo que las luces de la terraza de aquel restaurante español, similar a un bistró, no lograba iluminar. Música tenue, aroma a aceite de oliva y especias y la compañía alegre de su grupo de teatro. Era más de lo que podría haber imaginado. Si cuando dejó Chile hubiese sabido que sería así, habría dejado de lado la etapa de dudas y las lágrimas perdidas.

—Te vamos a echar de menos. Prométenos que volverás —le pidió Olivia mientras acomodaba la chaqueta en el respaldo de la silla. Luego tomó asiento frente a ella.

—Claro que lo haré. Esta es mi tercera vez en Madrid. Antes solo había venido de vacaciones, y ahora tengo muchas más razones para regresar.

—Comadre, no me dejes —pidió David usando la jerga chilena, y le apretó la mano por encima de la mesa.

—Compadre, tú y yo somos inseparables —respondió devolviéndole el gesto.

—¿Y qué planes tienes ahora? —se interesó Laura mientras se giraba para recibir la tabla mediterránea que el camarero depositaba sobre la mesa.

Esa capacidad de los españoles para realizar preguntas precisas para las que no existen respuestas concretas no terminaba de sorprender a Sara.

—Supongo que iré a ver a mi madre y trataré de hacerle sentir que ella es lo más importante para mí.

—¿Y qué harás con Pedro? —interrumpió el siempre indiscreto David Bourdeau.

—¿Qué haré? Nada. No soy capaz de enfrentarme aún a él. Debe de estar feliz con su familia, compartiendo con nuestros amigos y colegas de la empresa. Y la verdad no se me ocurre cómo entrar. Después de casi dos años sin verlo, me habría encantado llegar radiante y exitosa con un novio maravilloso tomado de la mano, pero esa no es la realidad —confesó haciendo un gesto de resignación.

Todos rieron ante la respuesta de Sara, que era capaz de burlarse de su propia suerte.

—No es una mala idea —comentó Daniel ante la mirada desconcertada del grupo—. Podéis contratar a un actor.

—Explícate mejor —le pidió José Luis, interesado, porque las intervenciones de Daniel en una conversación banal no eran habituales.

—Que si necesitas a un novio, pues que lo contrates. Un hombre enamorado de ti, que se gane la confianza y el cariño de tus amigos, que grite a los cuatro vientos cuáles son tus virtudes, que te ponga

en tu sitio. Vamos, que haga lo que quieres —explicó Daniel con tal naturalidad que provocó perplejidad en los asistentes.

—¿Dónde voy a conseguir a ese hombre en Chile? —interrumpió Sara con una carcajada—. Si existiese, no habría venido a España.

—Puede ser alguien del grupo —continuó Daniel. Sus dedos golpeaban la mesa con movimientos rítmicos y nerviosos. El silencio prolongado hizo que retornara nuevamente la seriedad a la conversación.

—¿Y quién iría con Sara? —preguntó David, asumiendo que se trataba de una broma—. Recordad que yo soy gay y, para mi satisfacción personal, ¡se me nota mucho!

—Yo —afirmó Daniel, serio, mientras le daba un sorbo a su copa de vino *cabernet*.

—Uy... Esto se acaba de poner interesante —agregó David, con su histrionismo característico, ante la mirada atónita y desconcertada del grupo.

**SEGUNDA PARTE**  
**ENSAYO, AMOR Y DESHONRA**



«Hay que saber que no existe país  
sobre la tierra donde el amor no haya convertido  
a los amantes en poetas».

VOLTAIRE

## Capítulo 30

Las emociones eran confusas. El miedo a retornar, opresivo y las preguntas sin respuesta se tropezaban en la mente. Ya no había tiempo, el movimiento del avión anunciaba que era hora de enfrentar la realidad.

El vuelo desde Madrid transcurrió sin problemas. Sara no acababa de asumir que, además de sus dos maletas, la acompañara Daniel; aquel actor tan poco comunicativo y que, además, para su patética vergüenza, había sido el único hombre a quien había besado en los últimos dos años. Habría preferido mil veces que el designado fuese David; la relación era mucho más cercana. Ella no era una actriz, y aunque la idea descabellada de hacer este montaje le había acomodado en un primer momento, no podía evitar sentir un cosquilleo por los nervios.

Antes de abordar, todavía en Madrid, Daniel quiso ir por un café.

—¿Quieres uno? —preguntó mientras guardaba la cámara fotográfica, muy bien envuelta, en el interior de su mochila negra.

—No, gracias. Me estresan un poco los vuelos y me hace mal para el estómago.

—¿Te dan miedo las alturas?

—No, me da miedo que el avión se caiga —confesó con una sonrisa nerviosa, sin decidirse a tomar asiento.

—Tómate algo para dormir —sugirió a la par que recibía el vaso de café de manos de la garzona. Una mujer de ojos verdes, voluptuosa, con el pelo castaño claro y hermosas facciones.

Sara la observó con detención. Se percató de que otros dos hombres se habían dado la vuelta con disimulo para observar a aquella mujer que no dejaba a nadie indiferente. Pero Daniel no se inmutó.

—¿En qué piensas? —le preguntó al verla desconectada de la conversación.

—Estaba pensando... ¿cómo pudiste conseguir un pasaje en tan poco tiempo? Anoche cuando dijiste que vendrías conmigo, pensé que no era en serio.

—Yo siempre hablo en serio —rió—. Tenía puntos acumulados en la aerolínea y como soy mi propio jefe, no tengo que pedirle permiso a nadie.

Las catorce horas de vuelo dieron tiempo suficiente para afinar detalles. Daniel tenía un plan muy bien estructurado. Como Sara no lograba conciliar el sueño, debido a la incomodidad del asiento en clase turista, se lo contó:

—No quiero dinero —afirmó mientras intentaba no golpear el respaldo del asiento delantero con sus largas piernas.

—Pero es tu trabajo. Y eso fue lo que acordamos...

—No. Quedamos en que yo vendría a ayudarte, pero no hablamos del pago.

—¿Qué propones? —preguntó Sara, intrigada.

—Alojamiento y comida durante treinta días y un viaje corto para conocer algo de Chile —soltó, serio, a la vez que trataba de reacomodar las piernas hacia el asiento de Sara.

—¿Quieres que contrate un *tour*? —agregó ella. Intentaba apartarse con disimulo para evitar el roce con él.

—No. Quiero que pienses en algo y me sorprendas. Quiero hacer las mejores fotos de tu país.

Las turbulencias del paso sobre el océano Atlántico desconcentraron a Sara, que se aferró firme a la abrazadera de la butaca y cerró los ojos sin poder evitar que las lágrimas le resbalaran por las mejillas. Esa fobia que arrastraba desde su infancia la hacía sentirse un ser pequeño y vulnerable, y aunque deseaba que Daniel no lo notase, aquella intención fue prácticamente imposible.

—Tranquila. Es normal que el avión se mueva sobre el océano. Ya esta pasando—trató de calmarla, y le tomó la mano.

Inmediatamente, Sara sintió una corriente eléctrica transportándose desde la mano izquierda. Sentir el roce de su piel logró inquietarla más que las turbulencias.

—¡Lo estoy intentando! —contestó ella, apretando con fuerza la mano que le ofrecía Daniel. Tenía los ojos cerrados.

—Cuéntame quiénes viven en tu casa —prosiguió él, cambiando de tema para que se relajara.

—Mi familia tiene una casa de campo a diez kilómetros del pueblo. Ahí viven mi madre, mi padre y mi abuela —le contó ella, retirando despacio la mano.

—¿Esa abuela es la que cocina tan bien?

—La misma —asintió Sara, con la mirada divertida.

—¿Y tus hermanos? Cuéntame algo de ellos.

—Diego está casado con Estela. Ella fue su única novia desde la secundaria. Ambos son contadores, viven y trabajan en Santiago y tienen un pequeño bebé de ocho meses a quien espero conocer con ansias. Mi hermano Felipe es un artista. Nunca nos ha presentado a ninguna novia y tiene fama de mujeriego, pero de aquellos que se aman más a sí mismos que a los demás y son incapaces de comprometerse. Él vive en un apartamento en el pueblo, muy cerca del mío. Estamos muy unidos. Cuando éramos niños, siempre que había tormenta, yo cruzaba de puntillas el pasillo de la casa y me metía en su cama. Yo era más pequeña, pero sabía que él tenía miedo —rio.

—Háblame de Alma —le pidió Daniel—. Ella es nuestra espectadora más compleja.

—¿Por qué compleja?

—Porque es la persona que más te conoce. Si titubeas, sabrá que esto no es real.

—¿Y si le contamos? —propuso—. La conozco, ella va a apoyarnos; puede incluso hacer las cosas más fáciles.

—No podemos hablar de este acuerdo con nadie. Tienes que convencerte a ti misma de que lo que vamos a mostrar es real; es la única manera de que sea creíble. Si logras que ella lo perciba de esa manera, Pedro, Mónica y todos los demás lo verán igual.

—Nunca me ha gustado mentir —reconoció frunciendo el ceño, con la preocupación reflejada en su cara.

—Esto no es una mentira, Sara. ¡Es una actuación!

Sara se mostró indecisa. Tal vez Daniel tenía razón. Una actuación aliviaba su conciencia del peso

que acarreaba una mentira; «pero, al fin y al cabo, daba igual si era una mentira o una actuación porque la canallada de Pedro compensaba cualquier sutil pecado de su parte», pensó.

El silencio y el cansancio de la tripulación, sumado al apacible vaivén de avión, crearon el ambiente propicio para dormir. Sara ya había cerrado los ojos cuando la voz de Daniel la sobresaltó.

—Perdona, pero tenemos que hablar de Pedro.

—¿De Pedro? —dudó—. No tengo ganas de recordar la patética historia, y menos justo ahora.

—Solo quiero que me hables de él. Descríbemelo.

—Tengo una foto —dijo sacando su celular de mala gana. Fue fácil encontrar una fotografía. Cayó en la cuenta de que en todo ese tiempo no había borrado ninguna.

—Buen porte y buena prestancia. Cabello claro, sonrisa falsa y ojos escondidos detrás de unas gafas. No es feo, pero no le luce —aseguró concentrado.

—No, no es feo —reconoció ella con voz triste y con la mirada perdida en la imagen del teléfono.

—¿Cómo es él? ¿Qué cosas le gustan? —insistió Daniel.

—Es hogareño. No disfruta mucho saliendo por ahí. Prefiere leer. No le gusta conocer gente nueva; es poco tolerante. Le cuesta manejar los conflictos y se frustra con ello.

—¡Suen a hombre perfecto! —afirmó con un tono irónico. Sus palabras dibujaron una sonrisa cómplice en el rostro de Sara.

Tras analizar el perfil de Pedro, decidieron que para enfrentar a aquel fantasma la mejor estrategia era que Sara intentase recuperar su trabajo en Chile. Enviaría un correo electrónico a su antiguo jefe, informando sobre el retorno y solicitando un puesto nuevamente en la empresa. Después Sara cubrió su delgado cuerpo con una frazada y se entregó a un profundo sueño.

# Capítulo 31

Chile

—Señoras y señores, hemos aterrizado en Santiago de Chile, en el Aeropuerto Internacional Arturo Merino Benítez —informó la azafata a la mañana siguiente tras el parlante—. La temperatura es de veintidós grados Celsius.

Sara miró de reojo a Daniel mientras este observaba el aterrizaje por la ventanilla. Entonces vio que esbozaba una mueca de satisfacción. «¿Cuál habría sido realmente la motivación para que aquel hombre inteligente y exitoso decidiera, por iniciativa propia, viajar al fin del mundo? ¿Sería acaso un experimento sociológico? ¿O tal vez la búsqueda de una historia que pudiese servirle para su siguiente obra en el teatro?», se preguntó inquieta. De cualquier manera, no había forma de saberlo, considerando el hermetismo característico que él siempre había manifestado. Además, tampoco era el momento de preguntarle, así que lo dejó disfrutar del aterrizaje sin evitar sentir desconfianza. Ella era un libro abierto y él, un ser aún completamente desconocido.

—Te va a encantar este aeropuerto —habló Sara, entusiasmada, al sentir el roce de las ruedas del avión sobre su tierra natal—. Lo están remodelando desde hace años; es un gran proyecto arquitectónico.

Daniel disfrutó cada momento y dio rueda a la cámara profesional que había traído. Se detuvo a fotografiar todo lo que sus ojos veían y Sara no lo interrumpió. Intentó darle a cada instante el espacio que sabía que él necesitaba.

El primer filtro fue Diego, que como buen hermano mayor, y en su papel sobreprotector, no pudo disimular el asombro al ver a su hermana acompañada de aquel sujeto tan físicamente llamativo.

—Hola, hermanita. Tú nunca dejas de sorprenderme —susurró mientras la abrazaba con sus grandes y musculosos brazos. Después, como siempre hacía, se burló de ella poniéndose a su lado para notar que la altura de su hermana no superaba sus hombros. Tras reírse de nuevo, agregó—: Definitivamente, no has crecido nada.

Viajaron los cinco, junto con Estela y el niño, por tierra rumbo al sur de Chile. Los dos hombres ocuparon la primera corrida de asientos. Sara nunca había visto a Daniel con tanta elocuencia. Este conversó con Diego desde que se subió al auto y su comportamiento reveló una personalidad extravertida que nunca antes había mostrado. Estaba intrigada, pero aquella inquietud fue superada por la necesidad de entretener a su pequeño sobrino.

El infante, sin duda, llevaba la estampa de los Abarzúa. Tenía el cabello castaño claro y ondulado, los ojos grandes de color azul pálido y la sonrisa amplia con la delgadez labial indiscutible de doña Victoria.

—Es increíble cómo se parece a mamá —comentó Sara mientras se comía a besos a la regordeta criatura.

—Es igual a ella —aseguró Estela—. Ojalá cuando crezca también herede ese corazón gigante que

tiene mi suegra.

—¿Alguien tiene hambre? —interrumpió Diego mirando hacia los asientos traseros a través del espejo retrovisor.

—Yo sí —afirmó Estela, que se tocó la barriga—. Además, el niño ya está muy inquieto. Nos haría bien parar.

La frondosidad de la carretera sureña no dejó a nadie indiferente. La mezcla de colores otoñales, con todas sus gamas cromáticas al ser reflectados por la luz, le daban una sensación de bienestar y seguridad. Daniel se quedó perplejo, absorto en el encanto visual.

Una vez que pararon, Daniel bajó deprisa para abrirle la puerta a Sara. Le extendió la mano para ayudarla a salir. Entonces pudo notar su nerviosismo. La impulsó con brusquedad hacia él, sin permitirle ni siquiera contestar, y ante la mirada perpleja de esta, la besó en los labios; un beso seco y plano. Luego le susurró al oído:

—Sin nervios, no dudes. Solo confía en mí. Todo va a salir bien. —La abrazó por la cintura y caminaron juntos hacia la entrada del restaurante.

—¿Qué se van a servir? —preguntó la camarera con la mirada distraída.

—¡Cordero! —dijeron los chilenos a la vez.

—Pues que sea cordero también entonces —contestó Daniel con voz firme y entusiasta.

La calidez de un buen almuerzo en una rústica cocinería criolla a orillas del camino y en una mesa junto al fuego ayudó a que ambos hermanos compartieran en un ambiente distendido.

—Me gusta para ti —expresó Diego mirando a Daniel a través del ventanal. El español se había alejado para fotografiar el lugar.

—A mí también me gusta para mí —sonrió Sara. Se asombró de su propia espontaneidad.

—Lamento la discusión que tuvimos por teléfono —agregó él disculpándose. Luego cogió la mano de su hermana con una expresión de tristeza en el rostro.

—No te preocupes, eso ya pasó.

—Es que... solo quiero que seas feliz. Debo reconocer que en algún momento pensé que estabas perdiendo el tiempo en España. Sé que eres demasiado talentosa y me frustra que tú misma no logres verlo.

—Te quiero, hermano —concedió Sara mientras se le colgaba al cuello, igual que hacía cuando era una niña pequeña.

—También te quiero, chica. Prométeme que pase lo que pase siempre intentarás ser feliz.

—Lo prometo. Y debo decirte que este bebé es hermoso —cambió de tema. Luego le apretó los cachetes a su rojizo sobrino.

Hablaron durante las diez horas de manejo hacia el sur. La hospitalidad de los Domínguez se hizo notar desde el primer momento. Lograron que Daniel se sintiera en absoluta confianza, lo cual se vio reflejado en la profundidad de las conversaciones.

—¿Es la primera vez que estás en Chile? —preguntó Diego

—Así es. Cuando era niño, no pude viajar, y cuando crecí y pude hacerlo, me dediqué a recorrer Europa con una mochila. América estaba pendiente en mi lista.

—Europa está en mi lista de los pendientes —comentó Diego haciendo reír al grupo.

—Pues cuando quieras, hermano —le dijo mientras esbozaba una sonrisa fraternal—. Sois bienvenido en casa.

Sara clavó la vista en Daniel. Su sonrisa amable evidenció lo guapo que era. Entonces recordó el beso de Año Nuevo en Madrid, hasta que notó que Estela la observaba.

—He visto esa mirada antes —comentó.

—¿Qué mirada?

—La mirada que le regalas a Daniel. Definitivamente, estás enamorada.

—Así parece —rio nerviosa.

Llegaron al atardecer. La costanera de Puerto Varas encandilaba la vista y nublabla el pensamiento con la maravillosa gama de tonalidades anaranjadas en la mezcla clásica del otoño. Diego dejó a Sara y a Daniel en el apartamento de su hermana.

—La abuela hizo el aseo hoy —les comentó mientras le daba un abrazo a Daniel para despedirse. Con una mueca bromista, agregó—: Y no te preocupes, Sara, que mató todas las arañas.

Puede ser que no hubiese arañas, pero el resto del apartamento estaba tal cual lo había dejado y ¡nadie había quitado las fotografías de Pedro! Aquello fue como sacarle los puntos a una herida y esperar que esta se desangrase.

Cuando Daniel entró al apartamento, se dirigió directamente al balcón.

—¡Qué vista tan maravillosa! —dijo, pero no fue capaz de sacar la cámara. Frente a él, a escasos metros, se alzaba la apacible inmensidad del lago Llanquihue. El sol se posaba sobre él, en un tono anaranjado, en su ocaso, y el azul del lago era casi del color de sus propios ojos. La escena lo cautivó y necesitó respirar profundo para guardar esa imagen para siempre en su retina.

—Acá está escondida la belleza de lo increíble —manifestó Sara, aspirando el aroma de su tierra—. No imaginas cuánto había extrañado este balcón.

En eso estaban cuando un ruido ensordecedor estremeció el lugar. Sara había olvidado aquella sensación de hormigueo visceral los segundos previos a algún movimiento telúrico. Recordó que desde niña se había acostumbrado a predecirlos unos días antes, porque el oído humano, de tanta angustia y estrés, logra entrenarse hasta tal extremo que puede detectar hasta el ruido subterráneo más sutil.

—¡Bienvenido a Chile! —soltó Sara, con una risa nerviosa y sin dejar de afirmarse al balcón.

—Ha sido fuerte —exclamó Daniel con los ojos muy abiertos. Estaba perplejo.

—La tierra de este país ajusta sus capas cuando un extranjero quiere compenetrarse en ella —expresó Sara dándole una palmada a Daniel, en un intento por tratar de retornar la calma en el ambiente.

—¿Tienes una bolsa? —preguntó él con seriedad.

—Debe de haber alguna —respondió ella, dirigiéndose a la cocina a hurguetear. En el segundo cajón pudo verla. Ahí estaba, arrugada aún, la carta que debía haber leído dos años atrás. Se quedó inmóvil. Una ola de recuerdos recorrió su mente y, como si fuese ayer, revivió en segundos todo el dolor y la vergüenza que le causó el autor de aquellas líneas. Intentó disimular su desconcierto: cogió una bolsa y se la entregó a Daniel.

El español, sin preguntar ni solicitar permiso, escondió el reciente temblor como si nunca hubiese ocurrido y recorrió el apartamento metiendo en aquella bolsa todas las fotografías que encontró. Después las dejó en la basura del corredor.

—Pedro ya no vive en este lugar —afirmó como si hubiese notado el dolor al rojo vivo en el corazón de Sara.



## Capítulo 32

Horas más tarde, en la tranquilidad de la noche, y ya en el silencio y la soledad de su habitación, Sara desenvolvió el arrugado papel. Cogió una copa de vino y salió por la puerta de su dormitorio hacia el balcón de la terraza. Tomó asiento en el sofá de ratán y, posteriormente, procedió a mirar de reojo las líneas que en aquel momento iluminaba la luna. El pulso comenzó a acelerársele y las manos le temblaron de tal manera que tuvo que sujetar con fuerza la vieja carta para evitar que se le cayese al suelo. Respiró hondo, bebió un sorbo de vino para compensar la sequedad de la boca y comenzó a leer:

*Sara:*

*Hoy he intentado levantarme tres veces. No imaginas la presión que hay en mí, estoy desesperado y me estoy ahogando de dolor; pero finalmente he tomado una decisión, y aunque tal vez sea tarde, voy a hacer lo que considero correcto. Dejé embarazada a Mónica. Y esa es la razón por la cual mañana no me puedo casar contigo.*

Hizo una pausa. Cerró los ojos y cogió aire para calmar su impaciencia. Hasta acá estaban las líneas que ella ya había leído antes de emigrar a España. Esperó un momento y prosiguió:

*Sé que cometí un error y que te he fallado. Llevo tres semanas tratando de pensar en cómo solucionar esto. No estoy enamorado de Mónica; lo que pasó entre ella y yo fue un momento de debilidad mía y trajo un embarazo como consecuencia. Se lo hice saber a ella y le dije que me casaría contigo, pero, aun así, nunca abandonaría a ese hijo. Mónica me amenazó con hacer un escándalo en la iglesia, gritar en el pasillo sobre su estado con la evidencia en la mano.*

*En este momento me siento desesperado, estoy atrapado y prefiero evitar este escándalo. Mañana no estaré en la iglesia, ahora voy a subirme a mi auto, destruiré mi teléfono y manejaré rumbo a Bariloche. Me quedaré en el hotel de la plaza, el mismo en el cual nos quedamos hace dos inviernos.*

*Sé que puede sonar egoísta lo que te voy a pedir, pero estaré tres días en Argentina. Si vienes, sé que podremos solucionar las cosas.*

*Un beso,*

*Pedro*

La copa se le resbaló de las manos y acabó en la fría cerámica del balcón. El sonido del cristal haciéndose pedazos despertó a Daniel.

—Sara, ¿estás bien? —se preocupó al verla consternada, con el rostro hundido entre las piernas, sin siquiera inmutarse por el reciente desastre, que manchaba el piso de vino tinto.

Ella no contestó. Entonces se sentó a su lado y tiró con suavidad de la barbilla para que levantara la cara. Después la observó en silencio, para luego abrazarla. La cabeza de Sara descansó en su hombro derecho. La quietud de la noche se mantuvo por varios minutos, hasta que Sara la interrumpió:

—Hoy he descubierto —hizo una pausa y clavó la vista en el infinito lago oculto tras el manto de la oscuridad— que Pedro nunca me amó.

—Te escucho —asintió Daniel, acomodándose entre los cojines del sillón de la terraza.

—Se fue de Chile un día antes de la boda para evitar un escándalo. ¡Un escándalo que él no quería presenciar! —exclamó con los dientes apretados por la ira—. ¿Y la vergüenza que yo viví? El día más importante de mi vida terminé sentada en el barro. No imaginas las miradas de compasión que me lanzaron. No había ninguna explicación, nadie tenía respuestas. Incluso pensé que había muerto. Y, sin embargo, a él lo único que se le ocurrió fue dejarme una carta para pedirme que lo siguiera a la Argentina. ¿Sabes qué es lo que más me indigna? Que en ningún lado de la carta pide disculpas.

—¿Qué quieres hacer ahora?

—¡Vengarme! Quiero que se arrepienta todos los días de su vida de las malas decisiones que ha tomado. —Miró de nuevo la carta. Luego levantó la vista y la posó en Daniel—. ¿Crees que estoy loca?

—Para nada... Cuenta conmigo.

# Capítulo 33

31 de Marzo de 2009  
(dos días tras el arribo a Chile)

A la mañana siguiente, Sara y Alma se reunieron en el tradicional café del lago. Iban a ese lugar desde que tenían edad para tomar café; aquel fue el origen de una vida colmada de placeres, donde Sara descubrió sus grandes habilidades olfativas.

El reciente retorno de Sara desde España era sinónimo, para Alma, de que había mucho de qué hablar, pero Sara estaba distante y se empeñó en guardar de manera recelosa la información. Con todo lo que se conocían, Alma pudo percibir que Sara le estaba ocultando algo... No supo qué, pero estaba segura de que algo había cambiado en su amiga.

—Te ves distinta. Estoy convencida de que hay algo que no me has contado —afirmó con la confianza propia de una amistad de más de veinte años.

—¿Qué crees tú que no te he contado? —respondió Sara sin dejar de remover aquella taza—. Sigo amando el café, disfrutando del lago, peleando por sentarme en la misma mesa y esperando volver a trabajar en mi aburrido trabajo de siempre.

—Sara, has estado casi dos años fuera. Algo interesante tendrás que decir —exclamó. Estaba empezando a perder la paciencia.

—Bueno... hay una pequeña novedad —comenzó bajando la vista y mordiéndose el labio—. Tengo novio.

Alma, incrédula ante la revelación de su amiga, la miró con desconfianza. Si Sara tuviese novio, si tan solo hubiese besado a un chico en Madrid, ella lo habría sabido. La amistad que tenían no era para ocultarse cosas de ese tipo.

—¿Por qué tanto misterio, Sara? —preguntó con el ceño fruncido, segura de que había algo más en aquella confidencia.

El sonido de la campanilla de la puerta, que se abrió para dar paso a un hombre de casi dos metros de alto, captó las miradas de los presentes. Cuando Alma vio a Daniel, comprendió la situación de inmediato. Aquel era el ser más hermoso que alguien podría llegar a imaginar. Esbelto y de rasgos finos y estilizados, piel canela, con los ojos azules intensos y penetrantes que iluminaban completamente aquel lugar. Llevaba una barba de tres días, a medio afeitar, y la sonrisa más perfecta que hubiese imaginado jamás. Parecía un ser mitológico; era el prototipo de belleza masculina. Si Sara se lo hubiese descrito, ella no la habría creído.

—Hola, tú debes de ser Alma. He oído mucho hablar de ti —se presentó, y le dio un beso en cada mejilla ante la mirada curiosa de las demás mujeres del local.

—Yo no sé mucho de ti, pero estoy dispuesta a escucharlo todo —respondió ella sin evitar ruborizarse. La mirada intensa de aquellos ojos azules la desconcertaron.

—¿Fue fácil llegar? —preguntó Sara, tratando de romper el incómodo silencio.

—Sí. Este lugar es muy concurrido y todo el mundo lo conocía.

—¿Cómo estuvo el vuelo? —se interesó Alma, intentando mejorar la perpleja imagen que generó con la primera impresión.

—Casi tan movido como el recibimiento en Chile —refirió Daniel, haciendo un gesto a la garzona para pedirle una taza de café.

—¡Es verdad! Les tocó el temblor.

—Sí, fue un buen susto —comentó Sara, algo incómoda al sentir la mano de Daniel sobre la suya.

—Pero ahora pasará mucho tiempo sin temblar. ¡No te preocupes!

—¿Cómo podéis acostumbraros a esto? —quiso saber, inquieto, el español.

—No sé si nos acostumbramos o simplemente lo asumimos. Lo que sí es seguro es que aprendemos a convivir con ello —le relató Alma—. Nos preparamos para evacuar.

—¿Para salir corriendo? —comentó con tono de preocupación.

—Así es. Lo peor son las zonas costeras. El tsunami es el principal temor.

—Pero no te preocupes —agregó Sara con voz suave al ver la perplejidad en el rostro de Daniel—. Actualmente todos los proyectos inmobiliarios tienen estructuras antisísmicas y los últimos diez años hemos triplicado los controles en construcción.

—Confío en ti —afirmó Daniel sonriendo mientras se acercaba despacio para darle un beso.

Sara no pudo evitar el desconcierto. Sabía que formaba parte del plan, pero no se sentía preparada para representar ese papel delante de Alma. Respiró lento y sonrió tranquila para disimular su nerviosismo. Después de unos segundos de duda, lo miró a los ojos y se acercó para corresponder aquel beso.

Bebieron y charlaron durante una hora, hasta que Sara interrumpió el momento justificando que al otro día debía comenzar a trabajar y necesitaba descansar. La verdad era que quería volver a ver a su madre. La noche de su llegada Victoria Abarzúa aún estaba bajo los efectos de los sedantes y analgésicos y no pudo darse cuenta de la presencia de su hija.

Al salir del café se encaminaron hacia la casa de los padres de Sara. Esta fue manejando el pequeño *jeep* rojo que tanto extrañaba. El camino de ripios llegaba hasta la casa. Los árboles permitían el paso de los rayos mezquinos del sol. A lo lejos se lograba vislumbrar el lago cristalino.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Daniel sin dejar de admirar el paisaje.

—¿Por ver a mamá? No, para nada. Para nosotras, será como si nunca nos hubiésemos separado.

—¿Y por qué tienes esa cara de preocupación?

—Porque debe de estar angustiada con todo esto. Si la veo reír, me quedará más tranquila —reconoció levantando los hombros con una mueca de resignación.

Al llegar a la finca los recibió Fernando Domínguez. Se lo veía relajado acariciando a los dos gigantes Golden Retriever que lo acompañaban durante la espera de los recién llegados.

—Qué gusto verte nuevamente, hija —comentó mientras cerraba el portón de la parcela.

—Sí, papá. Los extrañé tanto... Espero que se acostumbren a verme seguido por acá —dijo a la par que se acercaba a darle un beso en la mejilla.

—Bienvenido, Daniel. Llegan a buena hora. La abuela está preparando un estofado para almorzar.

Espero que te guste.

—Me encanta. Y el aroma que percibo hace que me lo imagine —confesó aspirando hondo.

Victoria Abarzúa estaba recostada sobre un sillón de cuero de tres cuerpos en el *living* de la casa. El gran ventanal otorgaba una vista a las verdes praderas; las mismas en las que Sara sufrió su primera crisis asmática.

—Quiero saber todo de este muchacho —fue lo primero que dijo al ver a Sara estirando los brazos para abrazarla.

—¡Mamá! —la reprendió esta, sonriendo, pero con voz lastimera—. Hablemos de ti primero. Daniel está con papá; ya habrá tiempo para conocerlo mejor.

Había imaginado este encuentro y creía estar preparada para ello, pero al ver a su madre mutilada y con vestigios purpurinos, de aquellos que deja la sangre coagulada, como consecuencia de las múltiples punciones y los tratamientos recibidos, tuvo que contenerse para no derramar las lágrimas.

—No es para tanto, hija —intentó consolarla Victoria al ver su aflicción—. Es solo una pierna menos. Nada impedirá que tu madre deambule por casa como siempre.

—Me duele verte así, mamá —expresó mientras tomaba asiento en el sillón, a su lado.

—Es algo físico, Sara. Las heridas del alma y del corazón son mucho más difíciles de sanar —manifestó. Luego tomó la mano de su hija y la miró a los ojos.

—Tienes razón, mamá. Vamos a salir de esta y vamos a estar bien —afirmó apretando los párpados para evitar la salida amenazante de las lágrimas.

—Este joven...

—¿Perdón? —la interrogó Sara al ver a Victoria con la mirada perdida.

—Daniel —continuó su madre mientras lo observaba a través del gran ventanal—. Creo que me gusta.

—¡Aún no has conversado con él, mamá! —protestó Sara, moviendo la cabeza. No pudo evitar sonreír por la audacia de su progenitora.

—Cuando vi a Pedro por primera vez, supe enseguida que había algo extraño en él. Con Daniel, en cambio, estoy segura de que te quiere y, sobre todo, que desea cuidarte. Es muy observador; tal vez demasiado, diría yo. Eso es lo único que me inquieta —aseguró.

—¿Cómo sabes que me quiere? —preguntó tímidamente, y bajó la vista.

—Porque te mira cuando tú no lo haces. Te busca, y cuando te ve sonreír, se le ilumina el rostro.

## Capítulo 34

Felipe

Felipe Domínguez había estado siempre muy apegado a su madre. Su silueta delgada y estilizada estaba escondida tras la puerta del *living*, intentando disimular la sensación de angustia que le provocaba ver a Victoria en aquel estado.

—Tranquilo, hermano —dijo Sara al salir del *living*—. Mamá estará bien.

—Lo sé, pequeña —respondió abrazándola—. Ella es fuerte; tengo miedo de mí mismo. Temo no poder soportar el dolor que la aqueja. Agradezco a Dios tenerte de vuelta en casa.

Felipe Domínguez era un joven tímido. Tenía un olfato artístico envidiable que le emanaba por todos los poros, pero se mantenía en una lucha constante por mantener sus planes e ideales en absoluto silencio. Siempre se había caracterizado por no pertenecer a ninguna parte. Estudió arte moderno y su sueño era instalar su propia galería en el sur de Chile. Era un fiel defensor del idealismo de descentralización.

—Las regiones deben ser autosustentables y ser capaces de independizarse para poder surgir —manifestaba a menudo.

Al igual que Sara, había vivido un período de su vida en España, tras persuadir a su padre y a sus hermanos para que se sacasen la nacionalidad. Se fue al antiguo continente a los veintitrés años, estuvo casi diez meses y recorrió Europa con una mochila al hombro, hasta que el dinero le cobró la cuenta, porque a diferencia de Sara, su padre no participó financieramente en aquella aventura.

Desde niño se lo vio solo; no lograba encajar con sus pares, nadie comprendía su talento y sensibilidad, y su lenguaje estructurado y literal no lo ayudaban en el proceso de adaptación.

—¿Cómo está el señor pintura?

—No soy un señor; soy un niño al que le gusta pintar.

—Era un halago, Felipe.

Su vida era un misterio para todos, incluso para su hermana; después de su madre, ella era la persona de la familia con quien mejor se relacionaba. A Sara no le preocupaba que no le contase sus cosas, sino ese dejo de tristeza que nunca dejaba de ver en sus ojos. Fue por ello por lo que, armándose de valor, decidió emplear con su hermano la técnica de la declaración desconcertante, aprendida en su travesía por España. Así que luego de abrazarlo detrás de la puerta del *living*, le dijo:

—Hola, Felipe. Soy Sara, mi prometido embarazó a su dibujante y la noche antes de nuestra boda decidió no casarse conmigo. No pude enfrentar la situación, así que hui a España en un acto completamente cobarde.

—No entiendo a qué viene esto...

—Dime tu mayor verdad. Vamos, sin pensar, lo primero que se te venga a la mente.

Pese al silencio inicial, la confesión de Sara, que copió de su amigo David, produjo el efecto que ella

esperaba.

—Soy Felipe, un hombre atrapado en una vida que no quiere. Soy Felipe —dijo entre sollozos—, y soy gay.

Sara lo miró con ternura mientras le acariciaba la mejilla; y esta vez no pudo contener las lágrimas.

## Capítulo 35

Fernando , 5 de Abril de 2009  
(una semana tras el arribo a Chile)

El retorno de Sara desde España devolvió la sonrisa al rostro de Fernando Domínguez. Verla junto a doña Carmen preparando la mesa para almorzar aquel domingo del mes de abril le hizo sentir nuevamente la quietud y la paz de antaño; y aunque ante las heridas del pasado habría preferido que Sara no hubiera regresado acompañada, debía reconocer que después de conocer a Daniel, su espíritu paterno se mantuvo tranquilo.

Fernando era un hombre de pocas palabras y había llorado contadas veces en toda su vida, pero, sin duda, la experiencia más dura había sido el 14 julio de 2007, cuando vio a su única hija sumida en lágrimas y lodo con un desgarrado vestido de novia.

El día de la boda Fernando, como siempre, fue un mero espectador. Subió a su camioneta con Victoria una vez que vio a su hija alejarse junto con Alma. Ambos se dirigieron al apartamento de Sara y ahí la esperaron. Fernando creyó que la muerte de su madre, doña Matilde, había sido el dolor más grande que podría llegar a sentir, pero contemplar a Sara deambular por aquel frío apartamento, descalza y desaliñada, llena de barro y con los ojos perdidos y tristes, buscando alguna salida, le desgarró el alma.

No supo cómo calmarla, y mientras Victoria y Alma la consolaban, él se limitó a observar la escena a cámara lenta. Asistió como testigo al momento en el que las dos mujeres llevaban a Sara a la habitación. Entonces en aquel mismo instante divisó un papel arrugado en el suelo. Se levantó del sillón de felpa gris en el cual se encontraba y se acercó a recogerlo. Como estaba solo, procedió a leerlo. Después de pasar la vista por aquellas líneas entendió lo que ocurría en la mente de Pedro y su plan de fuga. Luego guardó la carta en el cajón de la cocina y salió del apartamento, subió a su camioneta y se dirigió rumbo a la finca.

Puede que no fuese un padre con facilidad para decir las palabras adecuadas, pero, al fin y al cabo, ¿quién las necesitaba en ese momento? Victoria siempre había sido la consejera idónea para sus hijos y su comportamiento se hacía extensible a él. Sin embargo, él podía hacer algo mucho mejor: enfrentar a Pedro.

Buscó la empolvada escopeta en el fondo de su clóset y la cargó con un casquillo. Después, sin sacarse el terno negro que se había puesto aquella mañana, regresó a la vieja camioneta y comenzó a manejar. Durante el trayecto recordó la sensación de miedo paralizante que evidenció cuando nació Sara. Rememoró cómo pasaban los minutos y la niña seguía sin respirar. Revivió su impotencia y cuando le prometió a la Virgen de Lourdes que él cuidaría a aquella criatura, con su vida si fuese necesario, si le permitía sobrevivir.

Aquella era la misma camioneta que había servido de sala de parto para Victoria, así que el recuerdo



emocional que les acarrea hizo que nunca quisieran deshacerse de ella. La manejó embriagado de odio, buscando a aquel monstruo que le había causado tanto dolor a su hija. Iba decidido a defender la honra de la familia. Si era necesario, lo mataría allí mismo.

Condujo en silencio en dirección a la aduana argentina. En el trayecto oyó la melodía del celular, pero nunca se dignó a contestar. La soledad y la herida abierta durante el viaje le evocaron en la memoria la partida de Julia. En aquella época Fernando era solo un chiquillo; sin embargo, el sufrimiento familiar dibujó en su rostro la madurez impuesta con tan solo catorce años. Julia tenía un año más que él y cuando comenzó la adolescencia, enfermó. Primero sufrió todo tipo de infecciones: urinarias, respiratorias y digestivas, entre otras; manteniendo un constante uso de antibióticos y visitas médicas. Pero no fue hasta que apareció la tonalidad terrosa amarillenta que sus ojos empezaron a anunciar que la partida sería inminente. La desesperación se apoderó de Matilde de la Fuente, quien no pudo aceptar el lapidario diagnóstico de su primogénita. Se rebeló contra Dios y descargó su ira contra Enrique Domínguez, llegando incluso a golpearlo con los puños, desesperada. Él solo había dicho que lo único que podían hacer era asumir que el desenlace sería inevitable.

Julia se apagó dos meses después del diagnóstico, pues la metástasis hepática aceleró el proceso, y con ella murió definitivamente la inocencia de Fernando. Se vio obligado a crecer de golpe para asumir las labores del campo, porque sus progenitores se sumieron en un hermético duelo en el que prefirió no intervenir. La casa se tornó silenciosa y las Navidades y demás fiestas familiares se extinguieron. Fernando se acostumbró a no verbalizar y se convirtió en un joven retraído y observador. Y pese a que aquello se había convertido en la tónica de su vida, ver sufrir a su hija en aquella boda frustrada lo sacó de su permanente estado de inmovilidad.

Aquella noche el paso fronterizo Samoré, donde estaba la aduana argentina, estaba cerrado. Cualquiera en su sano juicio habría previsto aquello, pero el trauma vivido había nublado la cordura de Fernando. Detuvo la camioneta. El cansancio de la noche lo obligó a plantearse una estrategia para poder dormir. Descendía de esta para recostarse en la carrocera cuando de pronto oyó pasos acercándose hacia él. Entonces distinguió una silueta iluminando con la linterna el lugar. Cuando lo tuvo más cerca, pudo comprobar que se trataba de un individuo alto y robusto que portaba uniforme de seguridad policial.

—Buenas noches —saludó este con voz firme—. ¿Por qué viene tan tarde? Faltan seis horas para abrir el paso.

—Sí, es que necesito estar mañana temprano en Bariloche —respondió Fernando sin titubear—. Tengo una entrevista de trabajo.

—Así veo. Viene con el terno puesto.

—Sí, no tengo dónde cambiarme.

—Puf, hace frío, amigo. Esa chaqueta no le sirve. Si no se cubre, mañana va a amanecer muerto en la camioneta. ¿Trajo frazadas suficientes para pasar la noche?

—No, mi cabo —aseguró tímidamente, y bajó la vista por tan absurdo descuido.

—Acompáñeme —ordenó el agente.

Se dirigieron a una pequeña oficina. El olor a café se percibía desde la entrada. En su interior encontró a dos jóvenes de civil jugando a las cartas. Estos detuvieron la actividad que tan concentrados

los mantenía al ver ingresar al desconocido.

—Este caballero estaba fuera casi en paños menores, intentando morir —informó con ironía el uniformado que acompañaba a Fernando—. Voy a darle una taza de café.

Los otros dos sujetos hicieron un ademán aprobatorio con la cabeza y continuaron con el juego de mesa. Fernando recibió el café, lo necesitaba imperiosamente para recuperar el calor de su congelado cuerpo. Tras beber un sorbo y sentir la tibieza del líquido en la boca, recibió una oleada de angustia. Aquella madrugada él debía de haber estado con su hija festejando, y no en aquel lugar bebiendo café corriente con tres desconocidos. Entonces, sin poder evitarlo, y afectado por el agotamiento y el estrés, se llevó la mano a la cara y lloró. Su liberación emotiva fue tan fuerte que los inmutables jóvenes se pusieron de pie para cogerlo del brazo y obligarlo a que se sentara en una silla.

—Tranquilo, amigo —exclamó el uniformado a la par que le quitaba la taza de café para evitar que se le derramase—. Es solo una entrevista de trabajo.

Pasó la noche en la carrocera de la camioneta. Le facilitaron frazadas y una almohada. No supo si fue el espíritu infantil de Sara, que se había quedado ahí tras el parto, o la resignación de no poder cambiar los hechos ocurridos, pero durmió profundamente, como no lo había hecho en años.

A la mañana siguiente fue el primero en la fila aduanera para cruzar la frontera.

—¿Y de qué es la entrevista? —lo interrogó el funcionario de la noche anterior.

—De trabajo —respondió distraído.

—Ey, amigo. No se haga el vivo y conteste a lo que le estoy preguntando —insistió el oficial. Su tono se había vuelto más grave.

—Es un puesto de paisajista para un hotel.

—¿Cuál hotel?

—El Llao Llao.

—¿Le gustan las plantas?

—Mucho —respondió con una sonrisa afirmativa mientras disimulaba a la perfección el nerviosismo generado. Llevaba un arma escondida bajo su asiento y no podía arriesgarse a levantar ningún tipo de sospechas.

Manejó directamente hacia el hotel de la plaza y, tras estacionar frente a este, esperó. Tres horas más tarde vio salir a Pedro con paso rápido. Bajó con rapidez de la camioneta y lo siguió. Cuando estuvo a pocos metros de él, respiró hondo y gritó:

—¡Maricón, mírame, a ti te estoy hablando!

Pedro, con la sensación de culpabilidad en el cuerpo, se volteó inmediatamente.

—Fernando —balbució perplejo.

—El mismo, Pedro. El padre de la chica a la que dejaste destruida en un altar.

—Tuve mis razones —se defendió aún asombrado— y es algo que solo le debo explicar a Sara.

—Te equivocas.

—Lo siento, Fernando. Lamento lo ocurrido, pero tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—¡Tú me vas a dar una explicación! —chilló con ira. Tenía los dientes apretados—. Mi hija se merece una explicación. Lo que hiciste fue de cobardes.

—¡Perdón! ¿Me está tratando de cobarde a mí el hombre que por años mantiene una relación

paralela? ¿Me trata de cobarde el hombre que ha hecho sufrir a su familia más que nadie?

—¿Cómo sabes eso? —se descolocó Fernando.

—Por Sara.

—¿Sara sabe? ¿Cómo? —titubeó acariciándose la barbilla mal rasurada.

—Todos saben. Encontraron las cartas hace años en tu despacho...

Fernando bajó la vista y luego le dio la espalda. No dijo nada más. Solo caminó de vuelta a la camioneta. Luego manejó con retorno a Chile sin detenerse. Tenía el corazón apretado de culpa y de estupidez. Al llegar a casa Sara ya se había marchado rumbo a España.

Ver a su hija nuevamente —tras su arribo a Chile— después de tanto tiempo provocó que la conversación que ambos tenían pendiente fuese algo inevitable, pese a lo difícil que era para Fernando expresarse. Aquel domingo de abril era el momento propicio.

—¿Cuándo entras a trabajar, hija? —preguntó Fernando, descorchando un vino de guarda en la tranquilidad de su despacho.

—Mañana, papá.

—No comprendo. —Detuvo el movimiento circular de su muñeca y dejó de lado la botella. Tras una pausa, prosiguió—: ¿Por qué vuelves a la misma oficina donde está Pedro?

—Porque necesito enfrentarlo.

—¿Estás segura de que aquello no te va a causar más daño?

—No lo sé, pero es importante para mí cerrar el ciclo.

—Te admiro, Sara. Tu templanza no la tienen muchas mujeres.

—¿Lo dices por mamá? Ella te ama, papá, y no se merece lo que le has hecho. Si ella lo acepta es porque el amor hacia su familia supera el amor propio.

—No me compares con Pedro, Sara. Yo jamás le haría a tu madre lo que él hizo contigo. Yo nunca la voy a abandonar.

—Pero tienes una amante, papá...

—No es una amante, hija. Es la mujer que amo —respondió con franqueza y determinación.

—Entonces séparate de mamá —se quejó exasperada y con los ojos humedecidos.

—Tu madre sabe de esto hace años y prefiere que actuemos como si nada ocurriese porque no quiere separarse de mí. Por mi parte, yo prometí que estaría toda mi vida junto a ella y eso es lo que haré. Me mantendré a su lado, cuidándola todos los minutos que me quedan si es necesario.

Sara se retiró del despacho con una sensación de ahogo. Su padre tenía razón: él y Pedro no eran iguales. Pedro la abandonó, la humilló frente a los suyos y pisoteó su autoestima. Recordó las veces que fue infeliz a su lado y otras tantas que quiso alejarse para siempre de él. Tenía ganas de llorar, pero en aquel instante su vista se posó en la estruendosa carcajada de doña Victoria, que estaba charlando con Daniel. Disfrutaba de las historias que este le relataba con tanta efusividad. Sara sabía que eran historias inventadas y no pudo evitar conmovirse al notar que Daniel estaba haciendo esfuerzos para que ella estuviese feliz.

## Capítulo 36

Durante los días previos, en los ensayos con Daniel —en su apartamento en Puerto Varas—, afloraron sus ocultas dotes teatrales. Habían visualizado momentos y situaciones posibles.

—Necesito que te muevas con seguridad —expresó Daniel mientras comenzaba a caminar poniendo un pie delante del otro, como si siguiese una línea imaginaria. Con ello consiguió arrancarle una carcajada a Sara—. Quiero que todos se den la vuelta para mirarte.

—¿A qué te refieres con caminar con seguridad?

—Que marques los pasos, que se refleje que eres la mujer más capaz, inteligente, talentosa y hermosa de esa oficina.

—¿Tú piensas que soy hermosa? —preguntó tímidamente.

—¡Por supuesto que eres hermosa! —dijo sonriendo—. ¿Tú crees que no lo eres?

—No lo sé. La belleza es algo tan subjetivo... —agregó pensativa. No negaba que la respuesta de Daniel le había agradado.

Trabajaron la risa, la ironía y la falta de asombro ante situaciones que debían descolocarla. Planearon su historia romántica y Sara la memorizó y repasó varias veces para evitar los titubeos.

—Mi novio es un exitoso empresario, un intelectual, un hombre de letras. Dueño de un prestigioso teatro en Madrid y me ama con locura.

—No me convence, Sara. No suena creíble. Tienes que estar segura de lo que dices; solo de esa forma podrás proyectarlo.

—Esto no es fácil, Daniel. Yo no soy actriz —protestó con la voz entrecortada.

—Tranquila. Esto es solo un ensayo. No desesperes; solo intenta meterte en tu personaje.

—¡No sé hacer eso!

—Necesitamos que liberes emociones —recomendó. Entonces hizo una breve pausa, se paró delante de ella y le cogió de las manos. Luego prosiguió—: Mírame a los ojos e intenta imaginar que delante de ti tienes al hombre más increíble del mundo. Ese hombre es capaz de cruzar océanos por ti. Él haría lo que fuese por estar contigo; está dispuesto a dejar de lado sus propios sueños para perseguir los tuyos. Él sabe que eres capaz de todo lo que te propones y mucho más y te lo recordará siempre. Ese hombre es alguien a quien amas tanto que no puedes imaginar ni un solo día sin despertar junto a él. Sara, ¿me escuchas?

—Sí, estaba intentando entender el personaje —mintió sin dejar de mirarlo y con el corazón latiendo desbocado.

## Capítulo 37

6 de abril de 2009  
(ocho días tras el arribo a Chile)

Aquella mañana se concretaba el esperado retorno a su antiguo trabajo. El pelo amarrado y levantado en el centro de la bella estructura ósea, pero con un ligero toque desordenado, a tenor de los escasos mechones sueltos que caían azarosamente. Una polera amarilla de seda suave, pantalones negros de corte recto, chaqueta oscura, zapatos blancos de tacón con perlas metalizadas y lentes ahumados. Todo ello le transmitía a Sara la seguridad que aquella mañana pretendía demostrar.

Había esperado ese día con ansia. Tras vestirse, caminó de puntillas por el apartamento para no despertar a Daniel, que aún dormía en la pieza de alojados. Como era propio del anfitrión sureño, le dejó preparado el desayuno con una nota que decía: «Nos vemos en la tarde. Disfruta del lago por mí».

Manejó muy temprano para evitar los inconvenientes propios de la congestión matutina. Estacionó el auto en el aparcamiento que solía utilizar siempre y necesitó tomarse un minuto para respirar tranquila antes de ingresar. Increíblemente, no estaba nerviosa; se sentía segura, incluso un tanto ansiosa. Aquello era un desafío diferente a todo lo que antes había hecho con su vida.

—Pero qué mujer más guapa —exclamó el director—. No sabes cuánta falta nos haces por aquí, Sara.

—Gracias, jefe. Fue bastante tiempo —comentó pensativa, intentando disimular la incomodidad que le generaba que la piropease algún hombre.

—Demasiado tiempo. Esta compañía te ha estado esperando. ¿Cómo estuvo España?

—Perfecta, trabajé en la remodelación de un teatro en Madrid.

—Imagino que debe de haber sido una gran experiencia...

—Fue una aventura beneficiosa en muchos aspectos. —Sara respiró evadiendo la mirada de aquel hombre. Necesitaba enfrentar a Pedro pronto para dar término a su tortura.

—Ya habrá tiempo para que me pongas al día; ahora vamos a saludar al equipo —le dijo posando su mano en la espalda femenina—. Acompáñame para que veas los proyectos en los que estamos trabajando.

El reencuentro fue como había imaginado. Volvió a ver a todos sus colegas y actuó frente a ellos con naturalidad. Al ingresar nuevamente a su antigua oficina, que aún conservaba varios de sus viejos documentos guardados, pudo observar, para su asombro, que en uno de sus cajones había una foto de ella y de Pedro. Estaba rodeada por sus curiosos compañeros de trabajo, y mientras todos le hablaban y preguntaban cosas al mismo tiempo, ella hizo su primera representación y, sin dejar de hablar y ante la mirada expectante de todos, sacó aquella fotografía y la envolvió junto con otros documentos viejos para después depositarla en la papelería que había junto a su escritorio. Todo ello al mismo tiempo que relataba las maravillas de la bohemia vida madrileña.

—Es que Madrid es una ciudad preciosa —dijo con naturalidad—. Es un lugar acogedor, con muchísima cultura, cargado de historia y con una trayectoria culinaria envidiable —relató el párrafo tal cual lo había ensayado.

En aquel instante Pedro se acercó al grupo que conversaba de manera animada. Se notaba nervioso, pero era ineludible pasar por fuera de la oficina de Sara. Esta estaba preparada y tranquila. Las pláticas previas con Daniel habían calmado su ansiedad por aquel encuentro. Cuando su vista se posó en él, no pudo evitar evocar la iglesia, el barro, el desconcierto... De inmediato, intentó alejar de su mente esos pensamientos para que no interfiriesen en su obra de teatro particular.

—¡Pedro! —gritó ante la mirada perpleja de los asistentes—. Tanto tiempo, ven a saludarme. ¿Cómo has estado?

—Bien, Sara, gracias —respondió con una sonrisa fingida, sin sacar las manos de los ajustados bolsillos.

—Estuve viendo los trabajos en desarrollo y decidí tomar dos en los cuales estás asignado; al parecer, nos va a tocar trabajar juntos otra vez —informó con voz pausada y natural mientras se dirigía despacio en su dirección.

La prueba del enfrentamiento estaba superada. Todo resultó como se había planeado; incluso Sara se asombró de su propio desempeño. Ni un latido cardíaco superó el ritmo basal; la seguridad se le notó en cada palabra y en cada gesto. Sin embargo, ese grupo de personas la conocía bastante; ellos sabían que Sara era una mujer planificadora e incapaz de enfrentar sus propios miedos. Necesitaba una última actuación para consolidar su relato.

—Lo mejor del viaje fue conocer a Daniel —exclamó para otorgar la credibilidad que faltaba—. Es un hombre maravilloso y pretendíamos quedarnos a vivir en España, pero al enfermar mamá, decidimos venir a Chile. Uno de estos días haremos una comida en nuestro apartamento. Me gustaría invitarlos a todos para celebrar que he vuelto a casa.

Abrió su bolso, simulando buscar algo con el propósito de disminuir la tensión de las miradas y encontró una hoja doblada que decía:

*Tarde o temprano todos nos veremos obligados a actuar.*

*Confía en tu capacidad.*

*Daniel*

Aquella nota era lo que necesitaba para obtener el coraje y dar la última puntada al hilo de ese montaje.

—Te espero con Mónica —le dijo a Pedro en voz baja—. No hay rencores, sé que podemos mantener las buenas relaciones.

Se alejó con paso firme y caminó por el pasillo sin mirar atrás. Avanzó marcando el paso con una seguridad que nunca antes había proyectado. No necesitaba voltearse para saber que todos la estaban mirando.

## Capítulo 38

Lucas, 10 de abril de 2009  
(doce días tras el arribo a Chile)

El rostro sucio y desgarbado, el pelo seco y opaco de polvo, los mocos pegados en las mejillas y los zapatos grandes y perforados contrastaban con el fondo de la postal que Daniel esperaba encontrar.

Aquel era un niño de no más de cinco años, de pie en una esquina, con la mano extendida y la mirada suplicante dirigida a los transeúntes. No todos lo veían, algunos fijaban la vista hacia el infinito sin bajarla y otros les daban alguna moneda sin emitir palabra.

Daniel no pudo contenerse, caminó lentamente hacia él. Ya no pudo ver más el lago ni la perfecta distribución arquitectónica de las edificaciones de la costanera... Solo tuvo ojos para él; se arrodilló y lo miró.

—¿Cómo te llamas, pequeño? —le preguntó con ternura.

—Lucas.

—¿Te puedo abrazar, Lucas?

—Sí —respondió este, elevando las manos y levantando sus pequeños y huesudos hombros.

Daniel lo cogió en brazos, lo cargó como si fuese su propio hijo y lo rodeó con ellos. No pudo contenerse. Lloró lenta y silenciosamente, intentando disimular la congoja.

Lo sintió tan frágil, tan indefenso, tan inocente... Permutando su infancia por equiparar las injusticias del sistema y perdiendo con ello el derecho a crecer con dignidad. Lloró por la indiferencia, por la ceguera de los que más tienen, por aquellos que prefieren no ver pensando que tal vez lo que no se mira no existe.

—¿Está usted bien, señor? —lo interrumpió una mujer descalza y cubierta de harapos, que se acercaba con cuidado—. Yo soy la madre del niño, ¿necesita algo?

—¡Necesito ayudaros!

Aquella misma tarde buscó la pequeña media agua sin número; siguiendo las indicaciones del dibujo que tenía, la encontró fácilmente. Una habitación pequeña de madera, con plástico en las ventanas y piso de tierra.

El bracero encendido, la tetera piteando y el pan tostado fueron dejados de lado para salir al encuentro del visitante. Daniel se dejó abrazar por los niños, disfrutó con sus sonrisas y la alegría de sus rostros al ver las bolsas y cajas que traía el visitante.

Abarrotes, ropa de invierno para los niños, zapatos, zapatillas, mochilas y cuadernos, artículos de aseo, juegos de mesa, juguetes y chocolates. Abrazó a la mujer mientras esta lloraba junto a sus niños.

—Ni en mis mejores sueños hubiese imaginado un día como este. No sé cómo agradecerle —dijo ella, emocionada.

—Cuénteme su historia, María —le pidió mientras se acomodaba en un banquillo junto al fuego.

—Puf, ¿qué quiere que le cuente? Esta historia no tiene nada bueno que contar; puras desgracias nomás.

—Bueno, riámonos de las desgracias entonces.

—Crecí por acá cerca, en un campito donde mis padres trabajaban. Mi padre era alcohólico y le pegaba a mi madre todas las noches, hasta que mi hermano mayor, cuando tenía trece años, lo enfrentó y le tiró un tronco de leña en la cabeza. Vi cómo se desplomó al piso; la tierra se empapó de sangre. Tras su muerte mi madre enloqueció y comenzó a salir de farras todas las noches, así que tuvimos que comenzar a pedir limosna para sobrevivir. Mis dos hijos mayores, en verdad, son mis hermanos pequeños. Lucas es mi hijo mayor y ninguno de los cuatro tiene el mismo padre —relató con una carcajada, evidenciando su falta de dentadura—. No sirvo para esposa, pero a mis críos no los abandono nunca.

—¿A qué edad tuviste a Lucas?

—A los dieciséis.

—Eres joven.

—Parezco una vieja, lo sé —confesó ocultando el rostro entre las manos. Estaba nerviosa, como cualquier mujer al verse observada por los imponentes ojos azules de Daniel.

—¡No parece una vieja!, no diga eso.

—Y usted, ¿por qué nos quiso ayudar?

—Porque yo también fui Lucas.

—¿Cómo es eso? —preguntó la mujer, retirando la chillona tetera del brasero.

—Mi madre se quedó embarazada de un hombre casado que nunca la ayudó. Su familia le dio la espalda cuando descubrió que esperaba un niño. Yo nací en la pobreza y mis primeros años de infancia fueron de privación; no solo económicamente, sino también de afectos.

—¿Su madre no lo quería?

—Sí me quería, pero la adversidad la endureció. Se le congeló la ternura maternal; solo pensaba en sobrevivir. No se nos estaba permitido llorar y los paseos que dábamos por la casa de tierra siempre discurrían en silencio.

El sincero relato de Daniel conmovió a la desconocida, que tomó su mano antes de hablar:

—Si yo hubiese tenido un hijo tan hermoso como usted, me habría encargado de hacerle reír todos los días. —Con aquellas palabras consiguió que su cara dibujara una sonrisa.

Más tarde caminó despacio por la costanera de Puerto Varas. El sol templaba suavemente su rostro e iluminaba el agua con su reflejo. El atardecer sobre el lago se había convertido en su momento favorito del día. Recorrió la artesanía local, buscando algo para llevar al grupo, y su mirada se posó en un mostrador que exhibía pequeñas figuritas de personas tejidas para colocarse en los dedos. ¡Lo encontró magnífico! Cada uno podría representar a alguien del elenco.

—Deme ocho muñequitos, por favor.

—¿Algo más, señor?

—Sí, una hoja de un árbol, una pizca de arena, cacao y una taza de lago para llevar a España —dijo sonriendo, dejando a la vista las escasas arrugas que se le marcaban alrededor de los ojos; esas que le daban un toque de atractiva madurez.



Mientras contaba las monedas para entregar al comerciante, divisó a Sara a lo lejos. Su caminar apresurado y rítmico, el pelo suelto y la mirada fija en el suelo. Ella levantó la vista cuando estuvo más cerca y él reconoció el rostro sincero y amable que siempre había admirado de ella. Cuando la tuvo cerca, la abrazó fuerte.

—¿Estás bien? —se sorprendió por aquel acto expresivo y sentimental.

—Sí, es que este lugar... me ha conmovido. ¿Harías algo por mí? —añadió mientras comenzaban a caminar de nuevo por la costanera.

—Dime.

—¿Me acompañarías a tomar un helado?

—Jamás podría negarme a una propuesta como esa —se alegró ella, sintiendo la caricia suave de la felicidad; algo que se estaba acostumbrando a experimentar junto a él.

Caminaron uno junto al otro, sin hablar, absorbiendo el final del atardecer con paso lento, logrando mimetizarse a la perfección entre los turistas y el chocolate caliente.

## Capítulo 39

12 de abril de 2009  
(dos semanas tras el arribo a Chile)

Los sabores fuertes y marcados gatillaban el inicio de una nueva jornada familiar en la estancia de los Domínguez. El aroma a mar que emanaba de aquella mezcla desconocida para Daniel le habían aguzado todos los sentidos. Eran dos tipos de caldos distintos: uno caliente, consecuencia de la sustancia liberada al hervir las cholgas junto con el perejil picado, y el otro era un caldo frío compuesto por tomate y cebolla. Mariscos mezclados y sumergidos bajo tierra, sometidos a un lento proceso de cocción, acompañados de dos versiones de masa hechas a base de papa. La manta de la hoja verde y frondosa de la nalca, planta nativa de la zona templada de Chile, conservaba el calor y liberaba despacio vestigios de lo que sería una de las comidas más memorables que jamás hubiese imaginado.

—¿Cómo se llama este plato? —preguntó embelesado al observar la perfección culinaria que tenía delante de él.

—Curanto —le respondió Sara, sonriendo al ver el impacto en el rostro de su invitado. Se veía igual que si fuese un niño maravillado con un juguete nuevo.

—¡Qué gran idea cocinar bajo tierra! —exclamó preparando su cámara fotográfica.

—¿Te gustó, Daniel? —se interesó doña Carmen, acercándose a él con la marcha pausada propia de la vejez. Después le entregó una copa de vino blanco.

—Estoy asombrado.

—Te dije que a los hombres se les conquista por el estómago —le susurró risueña la anciana a Sara en el oído mientras le daba una suave palmada en la espalda.

La reunión familiar de los domingos eran una tradición. Las puertas siempre estaban abiertas para los amigos y para quienes desearan compartir y aquella jornada de abril no fue la excepción. El tenue sol otoñal fue el complemento perfecto para almorzar al aire libre.

—Ya llegamos —anunció Alma desde la ventanilla de su *jeep* a la par que lo estacionaba bajo la sombra de un árbol. Después descendió de este junto a Rubén y su hija.

—Déjenme mirar a esta hermosura —exclamó Daniel al verla, levantando a la pequeña colorina entre sus brazos—. Qué grande eres. ¿Cuántos años tienes?

—Cuatro —respondió la niña con una gran sonrisa que marcó los hoyuelos de sus rosadas mejillas.

—Eres una hermosa princesita. ¿Te gustaría acompañarme a la cocina a buscar el escondite de las galletas de la abuela Carmen? —susurró con un travieso tono de complicidad.

—¡Vamos! —gritó entusiasmada.

Alma observó con ternura a Daniel, que se alejaba hacia el interior de la casa con su hija. Luego caminó sonriente hacia donde estaba Sara y se sentó junto a ella. Entonces la abrazó. Ambas se quedaron unos minutos en silencio, observando el panorama, como si rodasen el tráiler de una

película. Todos se veían felices, incluso doña Victoria, sentada en una mecedora sobre el verde y frondoso césped.

—Este tipo me tiene intrigada —comentó Alma interrumpiendo el silencio.

—¿Daniel?

—Sí, hay algo en él que no me encaja.

—¿Qué te intriga? —preguntó Sara sin mirarla, con la vista fija hacia el frente.

—No sé. ¿Qué está haciendo acá?

—Viene conmigo. ¿Qué crees, que está aquí por dinero o algo así?

—¡Eso lo sé, amiga! No te lo tomes a mal. Él me gusta y siento que te quiere, de una manera extraña, pero te quiere. Es noble, lo vi en sus ojos cuando miró a mi pecosa, pero percibo que busca algo y no sé qué es.

—¿Piensas que me va a hacer daño? —insistió Sara, revelando de nuevo esa necesidad imperiosa de complacer a los demás para aprobar su propia felicidad.

—Creo que no va a querer dañarte, y eso le da puntaje adicional. Pero tengo la sensación de que tiene la mitad del rostro sobre el agua y la otra mitad escondida y se encuentra en una lucha permanente por no sacarla.

Vino blanco y una espléndida puesta de sol permitieron que Daniel liberase su pasión artística. Fotografizó todos los momentos de ese succulento alimento. Recorrió la casona de campo de los Domínguez, apreciando la espléndida construcción en madera. Observó los detalles del acabado, la terraza en el primer piso, con una amplia baranda que asemejaba un balcón antiguo, y la amplitud de la cocina, con una estufa propulsada solo por la combustión de la leña. Llamó su atención una banqueta al lado de la estufa, con mantas tejidas a mano, que invitaba a dormir la siesta junto al calor del fuego.

—La cocina es el lugar más importante de la casa en el sur de Chile —lo sobresaltó la abuela Carmen mientras ingresaba arrastrando los pies.

—Eso veo —asintió él—. Yo podría vivir en esta cocina para siempre. Me imagino el frío del invierno bajo el calor de las ollas... y el abrazo de una abuela.

—¿Tienes abuela? —preguntó la mujer a la vez que removía el gigantesco perol de mermelada de grosella.

—Solo tengo una madre —confesó bajando la vista. Tras una pausa, agregó—: Mi padre falleció hace algunos años, pero nunca lo conocí bien.

—¡Le debes todo a esa mujer! —exclamó la anciana asintiendo con la cabeza y recordando sus propias hazañas.

—Sí, mi madre lo ha dado todo por mí...

—Yo también crie a mis hijos en la tierra, haciendo dormir el ruido de las tripas para acallar el hambre, buscando en la basura y cociendo sacos de harina —contó emocionada. Después depositó con la mano temblorosa la cuchara de palo azucarada en el lavadero.

Daniel la abrazó y la besó en la frente, tal y como lo hubiese hecho cualquier nieto al escuchar aquel relato.

—Está bien, abuela, está bien —susurró mientras sentía el débil llanto de la anciana sobre su pecho.

Al caer la noche, la temperatura y la luz intensa de la luna permitieron que el grupo se mantuviese a la

intemperie. Sara nunca había visto a Daniel tan extravertido como en aquel encuentro familiar. Definitivamente, no era la misma persona que ella conocía. Lo observó correr tras la pequeña, abrazar y reír junto a su abuela y compartir con su padre amenas charlas durante la tarde. «¿Acaso sería posible que estuviese actuando? ¿Quién era este hombre que ella no había visto nunca?», se preguntaba en silencio una y otra vez, cuestionando su propio juicio al traerlo a su casa a involucrarse con los suyos.

—Este lugar es un paraíso —le comentó Daniel acercándose a ella. Se había quedado sola y pensativa junto a la fogata.

—Qué bueno que te guste —asintió Sara, seriamente.

—Algo le ponen en este país a la comida que te hace querer disfrutar aún más de la vida. ¿Qué es? —preguntó sentándose a su lado junto al fuego. Enseguida se percató de la frialdad evidente de Sara.

—Ese es nuestro secreto mejor guardado; algún día tal vez seas digno de conocerlo —expresó ella manteniendo la expresión de seriedad.

—¿Hice algo que te haya molestado? —interrogó sin rodeos.

—Estás loco, Daniel, ¿lo sabías? —saltó ella mirándolo a los ojos.

—Ese no era precisamente el piropo que esperaba escuchar hoy —dijo con ironía—, pero me intriga. Define mi locura, por favor.

—Eres misterioso... No sé lo que quieres ni lo que buscas; mucho menos comprendo qué haces acá conmigo —expresó ella nerviosa. Había comenzado a patear las pequeñas piedras del suelo.

—Sara —la llamó a la par que la cogía del brazo para obligarla a que lo mirase. Soltó un suspiro y continuó—: No soy una mala persona.

—¿Quién eres? ¿Qué haces acá conmigo? —preguntó ella soltándose de él con delicadeza.

—Soy un actor disfrutando un poco de la vida.

—No, en serio. ¿Quién en su sano juicio se va con alguien, que ni siquiera es su amiga, al otro lado del mundo para crear un montaje? No tiene sentido. A mí puede que me beneficie, pero ¿a ti?

—¿Por qué crees que no somos amigos?

—¿Por supuesto que no lo somos! En Madrid había algunos días que ni siquiera me veías, hasta una brisa de aire podía captar mejor tu atención. Simplemente, me saludabas sin mirar.

—Nunca café —soltó él en voz baja; esta vez con la mirada triste.

—¿Ves que no me conoces? Si hay algo que yo amo ¡es el café! —expresó exasperada.

—No me refiero al brebaje, me refiero al color. Te miré los trescientos noventa y dos días que trabajaste en el teatro y jamás usaste café —se sinceró ante la mirada desconcertada de Sara.

—¿Me mirabas? Daniel, ¿qué escondes tras tus ojos? —Sara agachó la vista—. ¿Por qué no me cuentas? ¿Qué puedes perder?

—Mi infancia fue difícil —comenzó relatando tras un largo primer silencio incómodo—. Tuve un padre ausente y una madre que escondía el rostro tras las penurias. Dejé de emocionarme y me convertí en una persona insensible. Las heridas del pasado me hicieron fuerte y, por tanto, no me arriesgo. No odio a nadie ni amo a nadie.

—Eso es imposible, Daniel —exclamó Sara intentando empatizar con él—. Al menos, debes amar a tu madre.

—Qué fácil es juzgar, Sara —dijo levantándose de la banca y alejándose un poco del fuego—. Mira a

tu alrededor. Dos padres que se desviven por ti, una abuela que te adora, una tremenda amiga y dos hermanos que me miran con desconfianza porque no quieren que nadie te haga sufrir. Si yo hubiese tenido, al menos, un poco de esto, probablemente ya me habría casado y viviría feliz con ella en mi apartamento de Madrid.

—Tranquilo —lo calmó con voz suave mientras le tomaba la mano impulsada por la sinceridad del momento—. No fue mi intención juzgarte.

# Capítulo 40

16 de abril de 2009  
(dieciocho días tras el arribo a Chile)

Alguien dijo alguna vez, o tal vez lo leí, no lo recuerdo bien, que la mejor terapia para desenredar los acertijos de la vida era escribirlos. Sea cierto o no, heme aquí igual que cuando tenía quince años, en plena adolescencia, contándole a un desgastado diario mis fantasías amorosas; imaginando que el joven y recién contratado profesor de música olvidaba un día su calidad docente y me declaraba su amor incondicional, superando cualquier barrera de prejuicios que aquello acarrease. Quién diría que a mis treinta años la situación no hubiese cambiado tanto.

Es verdad que ahora es una computadora, y que el personaje, al menos, sabe que existo y me ha besado un par de veces, pero la historia sigue bordeando lo imaginario. Si analizo detenidamente la situación y evoco el primer beso en Madrid, lo entiendo como un acto de solidaridad hacia el más desvalido. Me vio sola, en medio de la pista, y para evitar dañar aún más la autoestima de la novia plantada, me besó. Hasta ahora, Daniel es solo un buen samaritano. Pero... ¿y lo que ocurrió después? Le he dado vueltas estos días intentando encajarlo en la mente estructurada de este hombre, pero no lo he logrado. ¿Cómo explico las miradas y las sonrisas durante las largas jornadas en el teatro, o los chocolates en las tardes sobre mi mostrador? Tras darle otra vuelta a la idea, creo que lo que me faltó fue mirar más allá de mis hombros; no sé cómo era él con las demás chicas, si hubiese sido más observadora, el panorama ahora sería más claro. De cualquier forma, siempre vuelvo al punto más controvertido: ¿qué hace en Chile conmigo? Eso aún no lo logro comprender.

Por otro lado, debo reconocer que la confesión de la semana pasada durante el almuerzo familiar me trastocó el alma. Nunca lo había visto tan vulnerable, tan dolido con el mundo y con la suerte que le tocó. No pude evitar sentir unas ganas locas de abrazarlo, pero me contuve.

¡Que no tiene sentimientos! No me lo creo. Es casi imposible, es lo que nos convierte en seres humanos. He visto que puede llegar a ser empático, amable, cordial e incluso afectuoso, igual que un actor; pero acá no hay necesidad de actuar. ¿Será acaso que está tan acostumbrado a manifestar emociones a través de los personajes que ha llegado a extrapolarlo a su vida real? ¿O será que el dolor de lo vivido le ha prohibido sentir y solo puede dejar aflorar lo que oculta si no se expone a revelar su propia personalidad?

Sea cual sea la verdad, me quedo con su último comentario: «Qué fácil es juzgar». Bueno, eso justamente no lo pienso hacer, porque a pesar de que no lo puedo entender, tampoco lo voy a juzgar. Debo reconocer que algo me pasa con él, algo que todavía no puedo explicar, pero se traduce en que deseo creerlo.

Él tiene esa capacidad indescriptible de ponerme nerviosa. Me atrevo a decir que es la única persona que ha sido capaz de quitarme el aliento. Durante uno de los ensayos imaginé por un momento que

aquel libreto podía ser cierto; que este hombre alto, guapo e inteligente podía sentir algo por mí; y cuando miré sus labios, sentí la necesidad de besarlo. Pero, como siempre, me contuve.

«¿Y cómo defino esto?», me lo he preguntado de varias maneras. Supongo que es solo el instinto básico del deseo y mi necesidad imperiosa de sentirme viva.

«¿Qué es lo que quiero? Quiero que me mire como a nadie, que sus ojos inmersos en los míos me impidan volver a respirar si no vuelvo a mirarme en ellos. Si aquello llegase a ocurrir, si él llegase a verme de una forma distinta, como mi mente se ha imaginado, no podría hacerme responsable de mis actos», escribió Sara en la computadora en la quietud de su apartamento.

# Capítulo 41

20 de abril de 2009  
(veintidós días tras el arribo a Chile)

«Nunca se está lo suficientemente preparado para enfrentar a aquellos que han dañado tu vida», pensó Sara mientras caminaba por el largo corredor en dirección a la oficina de Pedro. Llevaba en las manos los planos del proyecto que necesitaba discutir con él.

Habían pasado dos semanas de su incorporación a la oficina y cada día había intentado evitar a Pedro, pero esta conversación laboral era ineludible.

—¡Permiso! —dijo asomando el rostro a través de la puerta entreabierta—. ¿Tienes un minuto?

—Sí, claro, Sara —respondió él, agrupando rápidamente la pila de papeles sobre su escritorio, sin poder disimular su nerviosismo.

Sara observó el lugar. Había estado en aquella oficina una infinidad de veces, pero ahora la encontraba tan distinta. Miró detenidamente a Pedro, aquel hombre de contextura media y ojos miel a quien alguna vez encontró apuesto, pero que en aquel momento ya no lo parecía tanto. No supo si fue la luz de aquella mañana o simplemente su buena suerte, pero parecía mucho más viejo. Las oscuras ojeras y las líneas expresivas de su rostro marcaban los incontables desvelos de las preocupaciones, y la tonalidad amarillenta de su dentadura sugería que aún mantenía el mal hábito de fumar.

—No estoy de acuerdo con este diseño —comentó ella depositando la papelería sobre la madera del escritorio. Hizo una pausa para arreglarse el cabello con naturalidad y continuó—: Este tipo de techumbre afectará a la estética del proyecto. Me gustaría que diseñaras una opción con más altura para poder comenzar a trabajar en ello.

—Te esperé en Bariloche —habló él, desconcertándola.

Sara sabía que alguna vez llegaría ese momento, pero esperaba que fuese cuando ella lo planteara; necesitaba preparar una armadura para pararse frente a Pedro y aquella mañana solo había planeado conversar de los planos.

—Te esperé en el altar —agregó ella mirándolo fijamente—. ¿Te parece si quedamos a mano?

—¡Esto no es una competencia, Sara! —protestó él tomándola de la mano—. Me sentí atrapado en ese momento y creí que sería lo mejor. Sabía que irías a mi apartamento; por eso escribí la carta. Y Mónica... Bueno, ella amenazaba con arruinar la boda.

Sara observó la mano de Pedro rodeando la suya y la retiró despacio. ¡Qué extraña sensación! El contacto físico le provocó el impulso de correr hacia la puerta. Se sintió vulnerable, expuesta a las heridas abiertas.

—¡Me dejaste plantada, Pedro! —le recriminó a la cara—. Solo pensaste en lo que era mejor para ti y no te detuviste a reflexionar sobre los daños colaterales.

—Todavía te amo, Sara. Desde que volviste a la oficina no he podido dejar de pensar en ti y sé que



juntos podemos resolver esto.

Dos años antes aquello era todo lo que Sara quería escuchar; sin embargo, en ese instante no tuvo el efecto que ella imaginaba. Sintió lástima por ese sujeto que llevaba una vida que no le hacía feliz, compartiendo sus noches con una mujer mientras pensaba en otra.

El silencio de Sara trastocó la poca paciencia de Pedro, que levantó la voz:

—¡Vamos, di algo!

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que eres una mierda, Pedrito?

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me dices Pedrito?

Sara sonrió al notar que le afectaba más que emplease un diminutivo que echarle en cara que era una mierda. La personalidad egocéntrica y narcisista de este afloraba en cada poro.

Volvió a observar la habitación. Su vista se posó en una fotografía de Pedro con Mónica y el pequeño niño. Lo que en algún otro momento de su vida le hubiese generado desconcierto en ese minuto le trajo paz. Soltó un suspiro de resignación y decidió que desde ese instante sacaría de su pensamiento el espíritu de venganza.

—Yo no te amo, Pedro —se sinceró encaminándose a la salida. Tomó el pomo de la puerta y titubeó. Después se giró hacia él y dijo—: Yo amo a Daniel. —Esa era la mayor verdad que sus labios habían verbalizado jamás.

## Capítulo 42

24 de abril de 2009  
(veintiséis días tras el arribo a Chile)

Los últimos días de Daniel en Chile transcurrieron muy rápido para Sara. La necesidad de compartir con él le hizo tener la falsa percepción de que las horas del día eran menos. Por otro lado, la confesión de este en relación con su infancia hizo eco en ella, que cambió la forma de verlo y de tratarlo. Había comprendido que tras la careta se escondía un niño tímido e inseguro que intentaba sobrellevar las secuelas del pasado.

El plan finalizaba con la cena prometida en el apartamento. Esa sería la ocasión para enfrentar por una última vez a todos los fantasmas juntos. Sara pretendía con ello cerrar definitivamente aquel oscuro capítulo de su vida y para eso quedaban tan solo tres días. Luego de que Daniel se marchase, simularían mantener la relación a distancia por un tiempo.

Las invitaciones para salir fueron ineludibles y tal como habían acordado, aquel viernes aceptaron compartir con los colegas de la oficina de Sara para consolidar la credibilidad de la pareja. Esa noche ingresaron de la mano al restaurante elegido. Sara había adquirido seguridad en la relación, sentía a Daniel como si fuese suyo y lo proyectaba a la perfección. Se desplazó segura detrás de él, sin soltar su mano, y cuando Pedro clavó la vista en ella, Sara le sonrió con naturalidad.

No habían transcurrido ni dos minutos desde su llegada, mientras Sara dejaba su chaqueta de cuero negra sobre el respaldo de una silla, cuando se percató de que las miradas se dirigían a Daniel. Él no estaba hablando; solo se acomodaba en otra silla junto a ella, indiferente al magnetismo que despertaba. En cosa de segundos se convirtió en el centro de atención de todas las mujeres, incluso de aquellas que andaban acompañadas. Notó que algunas, principalmente las más jóvenes, se decían cosas al oído e imaginó que todas se preguntaban lo mismo: ¿qué hacía ese ser tan perfecto con alguien como ella? Lo miró sin decir palabra, observó cómo le caía un mechón desordenado, cómo resaltaba su piel canela, y esos ojos... ¡Dios! donde ni el mismísimo zafiro podría igualar su perfección en color. Estudió sus labios y su sonrisa; esa sonrisa que nunca había visto en Madrid y que robaba la atención. Y estaba en esa perplejidad cuando experimentó una ola de miedo, una emoción que no quería sentir: ¿por qué le molestaba que lo mirasen? ¡Qué sensación más estúpida! No podía ponerse celosa por un hombre que no le pertenecía, ni mucho menos podía darse el lujo de sentir algo que no estuviera escrito en aquel tan bien ensayado libreto.

Daniel la notó diferente. Necesitó acercarse para hablar con ella porque el ruido del lugar dificultaba conversar. Sara lo miró detenidamente. Nunca lo había visto tan de cerca. Lo sintió respirar y se transportó a un lugar mucho más lejano. Las manos comenzaron a sudarle, su mente se nubló y sintió que el corazón se le apresuraba. Entonces se acercó más a él sin dejar de mirarlo. Daniel fijó los ojos en ella y cambió la sonrisa perfecta por una expresión de desconcierto. Pero Sara no se detuvo, no titubeó,

y dejó que sus labios se quedaran solo a milímetros de los de él. Daniel no se alejó. Sara terminó de recorrer la distancia que los separaba y lo besó. Fue el beso más intenso que jamás había sentido. Se besaron con desesperación mientras él la sujetaba del cuello para evitar que se alejase.

## Capítulo 43

«Es imposible actuar con este hombre y no amarlo en el rodaje», se dijo Sara, exasperada. Se sentía estúpida. Sabía que involucrarse en esta etapa final del plan era un error, pero después de aquel beso no podía mantener la mente fría. La situación sería más sencilla si al menos hubiese conocido bien a Daniel en España, si pudiese saber cuánto de ese encantamiento desplegado era solo una ilusión.

El resto de la noche transcurrió en un ambiente distante. Daniel compartió con los amigos de Sara y entabló largas conversaciones con el jefe de esta, pero a ella no la volvió a mirar. El desconcierto de Sara era evidente y en cuanto pudo, anunció su retirada. Se puso la chaqueta de cuero y caminó con paso firme hacia la salida sin darle la mano a él. Manejó con la mirada fija en el horizonte. El silencio era más potente que cualquier puñal, y aunque estaba decidida a no pronunciar palabra, su ego herido la impulsó a hablar.

—¿Qué te has imaginado? —quiso saber deteniendo el auto con brusquedad.

—¡Cuidado, casi chocamos! —exclamó él, desconcertado, apoyando la mano derecha sobre el tablero.

—¿Me vas a decir que no sentiste nada?

—¿De qué hablas?

—¡¿Que de qué hablo?! —gritó—. Tú también estabas ahí, Daniel. Nos dimos un beso real... De esos que se sueñan toda la vida.

Él se llevó la mano a la sien, agachó un poco la cabeza y cerró los ojos; luego los abrió y mantuvo la vista fija al frente, pero no contestó.

Ya en el apartamento, Sara se sirvió una copa de vino. Las confusiones eran muchas como para pensar en dormir.

—¿Quieres una copa? —preguntó con voz más calmada, señalando la botella que tenía en la mano.

—No, gracias —respondió él con tono serio—. Voy a descansar. Mañana nos espera un día intenso.

Sara no podía conciliar el sueño, así que aprovechando el beneficio del cambio horario intercontinental, decidió llamar a la única persona en el mundo que podría escucharla en ese momento.

—Es que el tipo es tan extraño, amiga... Nunca se sabe lo que siente o lo que piensa —le contó el francés.

—¡Me voy a volver loca! He dado muchos besos en la vida, pero este fue completamente diferente.

—Recuerda que es actor, y de los buenos. Tiene la capacidad de transmitir emociones.

—Pero —continuó Sara tras una pausa—, ¿cómo se puede interpretar un beso así?

—Tienes que imaginar que besas a alguien que amas.

—Pero en un escenario; esto era un *pub*. Me miró diferente, y luego del beso sentí cómo se descolocó. Él cambió conmigo.

—Habría dado lo que fuera por ver eso —rio.

—¿Cómo puedo saber si fue real? ¿Qué tipo de mujeres lo atraen? ¡Ayúdame! —le suplicó, ansiosa.

—Nunca lo he visto con pareja —continuó David—. Ni siquiera le he escuchado un comentario sobre alguna mujer. Lo que sí te puedo asegurar es que no le atraen los hombres, porque si mi radar lo hubiese captado, ya sería mío. El tipo es estupendo.

—Amigo, siento que me trata bien y que disfruta estando conmigo y eso me confunde.

—Es una gran persona. Siempre ayuda desinteresadamente a todo el mundo. En esas situaciones lo he visto sonreír; a veces pienso que es lo único que completa su vida. Eso sí... Jamás dejó el teatro para acompañar a alguien al otro lado del mundo. ¡Ahora yo también estoy confundido! —expresó David Bourdeau, riendo.

## Capítulo 44

A la mañana siguiente Daniel se levantó como el personaje liviano y divertido de las últimas semanas. Cogió la mochila y la maleta de Sara y salió del apartamento silbando, como si fuese un niño pequeño extasiado con la aventura que le esperaba.

—Amaneciste contento —comentó Sara mientras subían al auto.

—Sí, es que llevo todo el viaje esperando esto.

—Así parece —aseveró ella seriamente. Le molestaba que el entusiasmo por viajar superase lo acontecido la noche anterior.

Los cincuenta y siete kilómetros rumbo a la montaña transcurrieron en silencio. Daniel pidió detener el auto un par de veces para fotografiar los parajes sureños. Estaba concentrado en jugar con la luz y el reflejo de esta en las hojas. La calidez del color amarillo carmín revelaba la característica otoñal del sur de Chile. El ruido de las ruedas en aquel camino de ripios se mezclaba con el silencio misterioso de la montaña.

—Lamento lo de anoche —dijo Sara sin desconcentrar la vista del camino.

Daniel solo asintió con la cabeza e hizo una mueca débil intentando fingir una sonrisa; no lo verbalizó, pero a Sara le dio la impresión de que su rostro se había inundado de tristeza, así que decidió no volver a tocar el tema.

Al llegar, el ingreso del pequeño auto al lugar fue dificultoso porque el manto blanquecino de la nieve cubría todo el ancho que la vista podía abarcar, y aunque aquello había sido un pequeño obstáculo, se convertía en el paisaje perfecto para finalizar la travesía, pues era un paraje que encandilaba la vista.

Entre árboles se abría paso un hotel de montaña, escondido y cubierto de césped verde. Estaba adornado por pequeñas ventanas de madera que parecían sacadas de alguna aldea de cuentos de hadas y desde su punta, por uno de los costados, corría una sutil cascada que daba un toque de vida y de magia al lugar.

—Tengo una reserva a nombre de Sara Domínguez —solicitó ella dejando la cartera brillante y colorida que le recordaba las aventuras con Alma por las calles de Granada.

—Sí, dos habitaciones individuales —respondió el recepcionista mientras buscaba las llaves. Era un hombre alto y delgado, con el cabello claro y de delicadas facciones que hablaba español con un acento francés. Sara se dio cuenta de que este miraba de reojo a Daniel, que permanecía ajeno, o tal vez acostumbrado, a ese escrutinio. No interrumpió su análisis observacional sobre la mezcla equilibrada de madera nativa y piedra volcánica de aquel recibidor.

Sara le pasó la llave de su habitación, y ambos se dirigieron hacia el ascensor para subir a sus respectivos aposentos. Después se separaron el resto de la tarde. Daniel salió a caminar por el lugar y dar

rueda a su cámara fotográfica, pero Sara prefirió dormir. El viaje había sido muy incómodo como para perpetuarlo durante la tarde. Sin embargo, la cena junto a Daniel era ineludible.

No sabía qué ponerse para bajar a comer y se probó toda la ropa que llevaba en la pequeña maleta roja. Tras varias vueltas, se decidió por unos *jeans* azules y una blusa negra. Mientras bajaba por el ascensor, se observó en el espejo. Se sintió hermosa. Cuando faltaban pocos segundos para llegar a su destino, notó un dolor visceral en el abdomen envuelto por el nerviosismo del momento. Ya en el comedor se percató de que Daniel aún no había llegado. Desde que Pedro la había dejado plantada en la iglesia, había perdido la paciencia para esperar. Ya habían transcurrido quince minutos; en otras circunstancias se habría retirado a su habitación, pero la necesidad de hablar con él superó sus inseguridades.

—Dos piscos souer, por favor —pidió amablemente mientras tomaba asiento en una de las mesas desocupadas.

Necesitaba un trago. Sin embargo, se arrepintió enseguida de su pedido. Daniel podía haberse retractado de bajar a cenar y no había nada más patético que dos tragos en una mesa para una sola persona. Pero entonces, como si fuese un espejismo, lo vio asomarse al final del comedor. Lo observó detenidamente, sin disimulo. Se quedó hipnotizada con aquel caminar marcado y seguro. Su movimiento armonizaba con la espalda recta y los hombros anchos que se movían a la vez de sus bien definidos brazos. Con una mano se retiró un pequeño mechón de cabello castaño que le caía sobre el rostro. Era el ser humano más hermoso que jamás había visto. Daniel le sonrió conforme se acercaba y ella le correspondió con naturalidad.

La tonalidad de la madera intensa con un toque de caramelo y limón era el *bouqué* de sensaciones que emanaba de aquel brebaje solicitado por Sara.

—Ten cuidado —le advirtió riendo—. Solo un chileno puede tomar un pisco souer y resistir sus efectos alucinógenos.

—Podría volverme adicto a esto. Es una experiencia casi tan perfecta como este lugar —reconoció levantando la vista y recorriendo el salón con sus profundos ojos azules.

—¡Huilo huilo! —exclamó Sara, logrando que Daniel se centrara en ella. Detuvo su relato un momento, pues se sentía intimidada, pero luego respiró lento y prosiguió con su explicación—: «Grieta profunda», de la lengua mapudungún del pueblo mapuche.

—¿Por qué tenías escondido este país? —comentó—. Ha logrado sorprenderme desde que he llegado.

La velada fue reveladora. Sara se encontró con un Daniel nuevo; un ser frágil y vulnerable, ese que ella sabía que era, aquel que se escudaba en la actuación y que acá lejos de su propia realidad, entre árboles, agua y montaña, podía darse permiso para ser quien quisiera ser.

—¿Alguna vez te has enamorado? —se interesó Sara sin dejar de comer el *mousse* de maracuyá que la tenía ensimismada.

—Nunca.

—Pero ¿cómo puedes opinar sobre un sentimiento que jamás has experimentado? —Aquella pregunta tenía la intención de descubrir si había actuado al darle el beso.

—Lo he visto en los ojos de otros. Me han transmitido la emoción y la he robado para mí.

Cuando terminaron de cenar caminaron por la orilla del lago. La noche se iluminaba por sí sola. Sara sintió que era muy feliz. No le interesaba saber qué sentía Daniel o qué iba a ocurrir al siguiente día; aquella noche solo quería disfrutar.

¿Cómo no lo había visto en Madrid? ¿Cómo no se había percatado de la esencia de Daniel? Entonces, como un fulcro, recordó las sabias palabras del comerciante granadino en relación con la desgracia de gozar de buena vista y no ver nada. Y esbozó una sonrisa por la paradoja.

—¿Cuántas veces te han dicho que eres guapo?

—La gente no va diciendo eso por ahí.

—¿No te lo dicen?

—No, no lo hacen. La gente suele sentirse incómoda conmigo.

—¿Cuándo decidiste ser actor? —continuó Sara.

—¡Uf, desde siempre! Mi madre estaba aburrida de tanto hacerme disfraces porque yo quería ser todos los personajes —respondió él dejando entrever un esbozo de nostalgia en su relato.

—¿Y el Teatro de las Artes? ¿Cuál es la historia?

—La historia es simple. Siempre supe lo que quería hacer, y también sabía que no quería trabajar para otros. En cuanto pude, trabajé, ahorré dinero e invertí todo lo que tenía. Olivia confiaba en mi idea y apostó por el proyecto. Busqué un lugar con historia. Esa fue la parte más complicada, pero encontré un local que había pertenecido a un inmigrante hindú que traía mujeres para vender clandestinamente en España. Cada vez que actuamos, percibo el dolor, la alegría y el placer a través de sus paredes y puedo sentir cómo se transmite esta energía en el escenario.

—Envidio tu determinación. Yo nunca sé realmente lo que quiero.

—Sí lo sabes, Sara, lo que pasa es que no te atreves a expresarlo. ¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntó deteniendo el paso.

—No lo sé, pero de lo que sí estoy segura es de que quiero dejar ese trabajo horrible que tengo.

Esa noche Sara no pudo conciliar el sueño. Se imaginaba a aquel hombre durmiendo tras la pared de su habitación. ¿Por qué no le dijo que se quedara con ella? ¿Por qué siempre tenía que tratar de ser tan correcta? No podía dejar de pensar qué hubiese ocurrido si en vez de haberle dicho que quería dejar su trabajo, hubiera confesado que deseaba estar con él. Se sentía estúpida. ¿Por qué dejaba escapar las oportunidades que le otorgaba la vida? Se levantó de la cama para ir a verlo a su dormitorio, pero el miedo al rechazo fue mucho más fuerte y volvió a acostarse.

Al día siguiente el viaje de regreso fue bastante más ameno. Las paradas fotográficas de Daniel se mantuvieron, pero esta vez había una complicidad mayor entre ambos.

—¡Sonríe a la cámara! —le pidió él mientras la enfocaba.

—¡Nunca salgo bien en las fotos! —se quejó con las manos en el volante.

—Es fácil. Solo mírame a través de la lente y olvida que es una foto.

Conversaron de libros y de música, y casi sin darse cuenta, Sara se percató de que había vuelto a reír a carcajadas. Hacía tiempo que no lo hacía. Luego detuvo el auto en un pequeño local a orilla de carretera.

—¿Qué me sugieres para almorzar en mi última salida? —preguntó el español con nostalgia.

—Difícil pregunta, pero creo que no puedes dejar este país sin probar el pastel de choclo.



Amarillo carmín, consistencia pastosa y granulada, esencia de carne impregnada de cúrcuma y ajo; todo ello aromatizado en completa armonía con cebolla y vino blanco.

—¡Joder, esto es el cielo! —exclamó con los ojos cerrados ante la mirada victoriosa de Sara.

## Capítulo 45

26 de abril de 2009  
(cuatro semanas tras el arribo a Chile)

Pese a los infructuosos esfuerzos de Sara por detener el paso del reloj, el último día de Daniel en Chile llegaba a su fin. Aquella misma tarde, tras retornar de Huilo Huilo, se dispusieron a preparar la cena para el equipo de trabajo de Sara. Si alguien los hubiese visto en ese momento, podría jurar que eran una pareja que llevaba años juntos...

—No puedo creer que le dijeras a tu mamá que la prenda la había orinado un gato —reía Daniel mientras picaba con destreza las patatas sobre la tabla de madera.

—Fue lo único que se me ocurrió... Además, la prenda ya olía fatal, así que fue una mentira creíble —argumentaba mientras descorchaba un Caballo Loco, su vino chileno favorito. Lo tenía guardado hacía más de dos años, pero la ocasión valía la pena.

—Esto huele increíble—comentó el español tras recibir la copa del encuerpado vino tinto.

—Lo abrí para hacer un salud contigo —expresó levantando su copa, y agregó—: Por este maravilloso mes que hemos pasado juntos, he disfrutado cada momento...

—Salud por nosotros entonces —agregó este juntando las copas.

—Salud por nosotros... —sonrió Sara.

Por intentar demostrar a los demás que tenía una vida soñada tendría que compartir a este español durante su última noche. Qué arrepentida estaba de haber organizado esa cena en su apartamento. Así que uno a uno fueron llegando los compañeros de trabajo y los amigos más cercanos. La noche tibia de aquel domingo de abril hacía presagiar que se trataría de una velada inolvidable, pese a la poca disposición de Sara.

Alma se percató de la lejanía mental de su amiga, ajena al bullicio y al ruido del entorno, así que aprovechando que se encontraba sola en la cocina, se acercó a hablarle.

—¿Y cómo van a mantener la relación? —se interesó acercándose con una copa de vino en la mano.

—Vamos a estar viajando. Yo iré primero y él volverá. Le gustó Chile, más de lo que esperaba.

—¿Estás contenta?

—Ni te imaginas —respondió Sara espontáneamente y con expresión de satisfacción.

—Estoy feliz por ti, gordita. Ese brillo que tienen tus ojos no lo había visto desde que ganaste el concurso literario de la escuela en cuarto grado —aseguró Alma logrando arrancar una sonrisa de su anfitriona.

—Lleva esta bandeja mejor —le pidió Sara entre risas, entregándole las tartas de cangrejo preparadas por su abuela—. Cuando te pones chistosa, te vuelves un tanto peligrosa.

El plato principal evocaba el aroma a madera cubierto con pulpo ahogado e impregnado en aceite de oliva teñido con rojo pimentón. Presentaba una consistencia equilibrada con las patatas acompañantes.

Era el toque español de la velada y no dejó a ningún paladar indiferente.

—¡Esto está increíble!

—Daniel cocinó hoy —refirió Sara con la mirada orgullosa.

—Es un plato gallego. Me alegro de que os guste —comentó el elogiado chef.

Sara no pudo evitar mirar a Pedro y Mónica. Estos estaban sentados juntos, al final de la mesa. No había lenguaje entre ambos, no se evidenciaba pasión ni complicidad. Los observó reiteradamente y en ningún momento los sintió conectarse; estaban callados, cada uno mirando a diferentes lados. Estudió a Pedro, absorto en sus propios pensamientos, tal vez en los recuerdos que él mismo tenía de aquel apartamento, sin importarle en absoluto la incomodidad de su acompañante. Se sintió reflejada; así era su vida dos años atrás. Y pensar que estuvo a punto de casarse con ese hombre apático y egocéntrico... Solo centrado en sí mismo, cazador únicamente de sus propios sueños y a costa de los sueños de los demás.

«Qué maravillosa época les había tocado vivir —pensó—. Las mujeres pueden elegir estar con quienes las amen y las hagan felices, y no con quienes les imponga la sociedad».

—Sabes que él ya no te importa, ¿verdad? —le dijo Daniel mientras la abrazaba por la cintura.

—Sí, lo sé —respondió ella sonriendo, evidenciando una confianza hacia él que la hizo sentir tranquila.

Y entonces él la volteó para besarla.

—¿Vas a extrañar Chile, Daniel? —interrumpió Pedro con un dejo de fuerza e ironía en la voz.

—Así es.

—¡Me imagino! —agregó sarcástico desde el otro extremo de la mesa. El resto se quedó en silencio. La tensión era evidente entre los presentes.

—No, no te lo imaginas, porque voy a extrañar este lugar mucho más de lo que debería —confesó mirando fijamente a los emocionados ojos de Sara.

Unas horas más tarde la tranquilidad de la noche se hizo notar en cuanto estuvieron solos en el apartamento. Sara comenzó a recoger los platos mientras alababa la cena que había preparado Daniel.

—Fue un tremendo acierto que prepararas pulpo. ¿Te diste cuenta de que todos lo pasaron muy bien? La cena puede calificarse como un gran éxito —comentó Sara a la par que retiraba los platos—. ¿Qué opinas tú?

—¿Qué quieres hacer ahora, Sara? —quiso saber. Estaba serio. Entonces tomó los platos de las manos de Sara y los depositó sobre la desordenada mesa del comedor. Le acarició la mejilla y la miró a los ojos. Instantes después la besó suave y pausado, intentando que aquel momento sin espectadores durase para siempre.

—Quiero dormir contigo —respondió ella sin titubear.

## Capítulo 46

27 de abril de 2009  
(veintinueve días tras el arribo a Chile)

«Si ya no estuvieses en este mundo, te lloraría toda mi vida, Daniel García», escribió Sara en su bloc de notas para perpetuar lo que sentía aquella mañana. Preparó café y se dirigió a su auto. Los esperaba un extenuante viaje de diez horas.

En esta ocasión, Sara prefirió mantener el silencio que siempre imponía la presencia de Daniel. Él también se veía absorto, observando el paisaje a través de la ventanilla, sumergido en sus propios pensamientos. Sin duda, el dolor del momento era muy fuerte para ambos como para interrumpirlo con alguna palabra, porque nada cambiaría el hecho de que, en pocas horas, Daniel estaría volando hacia Madrid.

Sara manejó sin hablar y recordó a su médico de la infancia, el doctor Fernández, y cuán equivocado estaba. No había polvo ni gatos, y la sensación del pecho oprimido se hacía insostenible. No podía respirar y cada aspiración de aire la carcomía por dentro. Se detuvo de manera brusca a un lado de la carretera mientras otro auto los rebasaba tocando la bocina reiteradas veces. Después se bajó dando la espalda al vehículo para que Daniel no la viera y usó el inhalador. Él descendió apresurado y le puso la mano en el hombro:

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—No, no lo estoy.

—¿Quieres que vayamos a un hospital?

—No te preocupes. Esto lo he tenido siempre; no tiene cura. Debo esperar a que el inhalador haga efecto.

Sara deambuló un buen rato por la soledad del camino. Daniel la observó con los brazos cruzados apoyado en el capó del automóvil, atento por si necesitaba ayuda. Cuando recuperó la calma, la respiración retornó a la normalidad. Entonces Sara subió al auto y reanudaron el viaje.

Daniel durmió varias horas bajo la atenta y constante mirada de Sara, que intentaba grabar en la memoria cada huella de ese perfecto rostro. Quiso devolver el auto y no seguir manejando; aún no podía entender cómo había pasado todo esto. ¿En qué momento había logrado experimentar aquella complejidad de emociones que la hacían sentir tan vulnerable? Pero luego recordó a su madre y las charlas que esta le había propiciado durante su infancia sobre los valores de la vida y la importancia del amor. Se vio a sí misma en el espejo y reconoció en la imagen a una mujer fuerte y decidida, a quien la vida le había otorgado las lecciones suficientes para elegir el camino correcto. Sonrió agradecida al notar por primera vez que todas las emociones que traía consigo no eran más que el reflejo de la vida bien vivida, tal como le hubiese inculcado su tía Rosario en Madrid. Disfrutó de la tibieza del sol que se colaba por el parabrisas y se sintió plena y feliz. Bienaventurados los que pueden sentir —pensó.

—Llegamos —exclamó interrumpiendo el eterno silencio del viaje.

—Gracias por traerme —respondió él, con un dejo que a Sara le impresionó como nostalgia.

—Es lo mínimo que podía hacer —contestó sería sin soltar las manos del volante.

—Me despides de tus padres y de los chicos.

—Lo haré —afirmó sin poder mirarlo a los ojos.

Sara no quería alargar más esta despedida; sentía que estaba a pocos segundos de explotar en llanto y lo que menos deseaba era que este forastero se llevara en el recuerdo su imagen lastimera y desconsolada.

—Falta poco para que salga tu vuelo —expresó intentado sonreír—. Date prisa.

Entonces Daniel sacó un sobre de la maleta. Sara se quedó descolocada.

—Esto es para ti —dijo con voz firme.

Dentro estaban las seis fotografías más reveladoras que había visto jamás. Era ella en diversas situaciones. Las había captado las semanas anteriores y recogía los momentos más esenciales. Vio la ternura al abrazar a su sobrino, la incertidumbre al conversar con su madre, la liberación junto a Felipe, la alegría en las comidas familiares, la amistad indestructible junto a Alma y el amor; el amor en sus propios ojos al mirarlo a él tras el lente de la cámara.

Las lágrimas cayeron con intensidad. No intentó contenerse; solo se cubrió el rostro y se dejó llevar en el acto de liberación más grande que había experimentado. Gritó y golpeó varias veces el volante, hasta que sintió que la abrazaban. Daniel la acomodó sobre su pecho. Ella escuchó cada latido de su corazón y esperó a que se fusionaran armoniosamente con los suyos mientras la angustia y la desesperación se fueron desvaneciendo.

—Necesito decirte algo —soltó Sara con determinación.

—Yo también —agregó él enjugando tiernamente las lágrimas de esta, con la yema de sus dedos.

—Te amo —se sinceró ante la mirada fija de Daniel—. Te amo como nunca pensé que se podía amar a alguien.

—Desde aquel beso de Año Nuevo en Madrid no pude dejar de pensar en ti—explicó él con voz temblorosa. Después añadió—:Necesitaba pasar más tiempo a tu lado, porque sin necesidad de definir el sentimiento, pude notar que junto a ti soy un hombre mucho más feliz.

Luego la miró y la besó en los labios. Fue un beso cálido y silencioso. Se alejó de ella con la cabeza agachada y descendió del automóvil. Después caminó hacia la bulliciosa entrada. La gente se agolpaba para ingresar, indiferente a la partida de este español que se movía a paso lento. Acto seguido, se volteó para mirar a Sara desde lejos para otorgarle la más reveladora de las sonrisas, para luego desaparecer definitivamente tras las puertas del remodelado aeropuerto de Santiago de Chile.

# Epílogo

Cuando me preguntaron durante la entrevista laboral cuál había sido la experiencia más traumática, tuve que detenerme un segundo a pensar. Varias se me vinieron a la mente, y la canallada de Pedro fue, sin duda, una buena candidata, pero la repitencia de Alma en la época del colegio la superó.

Cuando tienes la dicha de encontrar a tu alma gemela a los siete años sabes que la suerte en esta vida estará de tu lado. No puedo negar que me descolocó conocerla. También era mi primer día de clase y no habían transcurrido ni cinco minutos desde que mi madre me había dejado en aquel colegio de monjas. Entonces me volteé y la divisé. Estaba tan asustada como todas. Recuerdo haber pensado que era la niña más hermosa que mis ojos jamás habían visto; eso fue lo que me atrajo, pero su esencia fue lo que me contuvo a su lado todos estos años. Ese mismo día, durante la noche, cuando mi madre pasó por mi habitación a apagar la luz, me preguntó cómo había estado mi primer día de clases:

—Estuvo extraño —dije con naturalidad, acomodándome bajo las mantas de mi voluptuosa cama de tul rosado.

—¿A qué te refieres, hija? —quiso saber ella, sentándose a mi lado y apretando mi delgado cuerpecillo con las cobijas.

—Conocí a alguien como tú —expliqué ante la mirada curiosa de mi madre.

—¿Conociste a una mamá?

—No, conocí un alma gemela.

Cuando tienes un alma gemela, hay palabras que sobran. La relación no se cuestiona, los sentimientos se perciben y los celos no tienen cabida. Cuando un alma gemela necesita a otra, el llamado se oye como un grito desgarrador y el dolor se siente como propio.

La noche que fallecieron los padres de Alma yo había terminado recién de estudiar Historia. Había guardado los cuadernos y me disponía a bajar a cenar cuando, sin previo aviso, sentí el dolor. Fue el ardor de estómago más grande que jamás hubiese imaginado. Me senté en la cama y me apreté el abdomen. Entonces oí una voz fuera de mi casa. Era Alma, que gritaba mi nombre. Abrí la ventana de madera de mi dormitorio, ubicado en el segundo piso, y descubrí que no había nadie. En ese instante supe que había ocurrido una tragedia. Bajé corriendo las escaleras con tanta desesperación que no pude notar cómo sonó mi tobillo al resbalar en los últimos escalones. El dolor que me hacía experimentar mi amiga en aquel instante superaba el mío propio. Marqué el número de teléfono de su casa, y mientras intentaba escucharla, mi abuela me miraba horrorizada. Había dejado una estela de sangre sobre la alfombra. Aquella cicatriz me ha acompañado desde ese momento y me recuerda el dolor más grande que se puede sentir: ver sufrir a quien uno ama.

Tras la muerte de sus padres, Alma dejó de sonreír; durante las noches no podía conciliar el sueño, y su abuela le permitió irse a dormir a mi casa los meses siguientes al accidente. En un principio intentamos que durmiera en la pieza de alojados. La decoramos para ella, toda en color violeta, pero

desde la primera noche se trasladó a mi cama. Sentía cómo tiritaba su cuerpo frágil y cómo se perdía la vista en el techo del dormitorio. Yo la acurrucaba con mis delgados brazos y me desvelaba junto a ella, hasta que el dolor y las lágrimas trasnochadas nos rendían. Dejó de estudiar y después dejó de comer. Ella veía en el espejo a una joven dismórfica, distorsionada por las pocas ganas de vivir. Yo no pude ayudarla y una tarde en el colegio cayó al suelo. Grité con desesperación al verla agitarse contra el cemento. Clavó la vista en algún lugar y comenzó a morderse la lengua. Vi cómo se mezclaba la sangre y la espuma en la boca. Y recuerdo que lloré.

Estuvo cuatro meses hospitalizada. Anorexia y depresión severa fueron los diagnósticos en aquel momento, y la convulsión, consecuencia de la falta prolongada de alimento. Su cerebro ya no tenía reservas para seguir funcionando. Creí que aquello sería lo peor; sin embargo, no contaba con el hecho de que no pasaría de curso. Desde que conocí a Alma, estaba segura de que juntas superaríamos cualquier obstáculo, pero no tenerla conmigo me devastó. Esta cicatriz, sin duda, supera todas las demás porque, aunque no hay nada más triste que ver a una novia sentada en el barro esperando a un novio que nunca llega, ver agonizar a una persona a quien se ama es definitivamente peor.

—¿Está usted casada? —fue la segunda pregunta de la entrevista. Aquí no pude evitar esbozar una sonrisa irónica. No sé por qué me preguntaron algo así; en la primera hoja de mi currículum dice en letras grandes: SOLTERA.

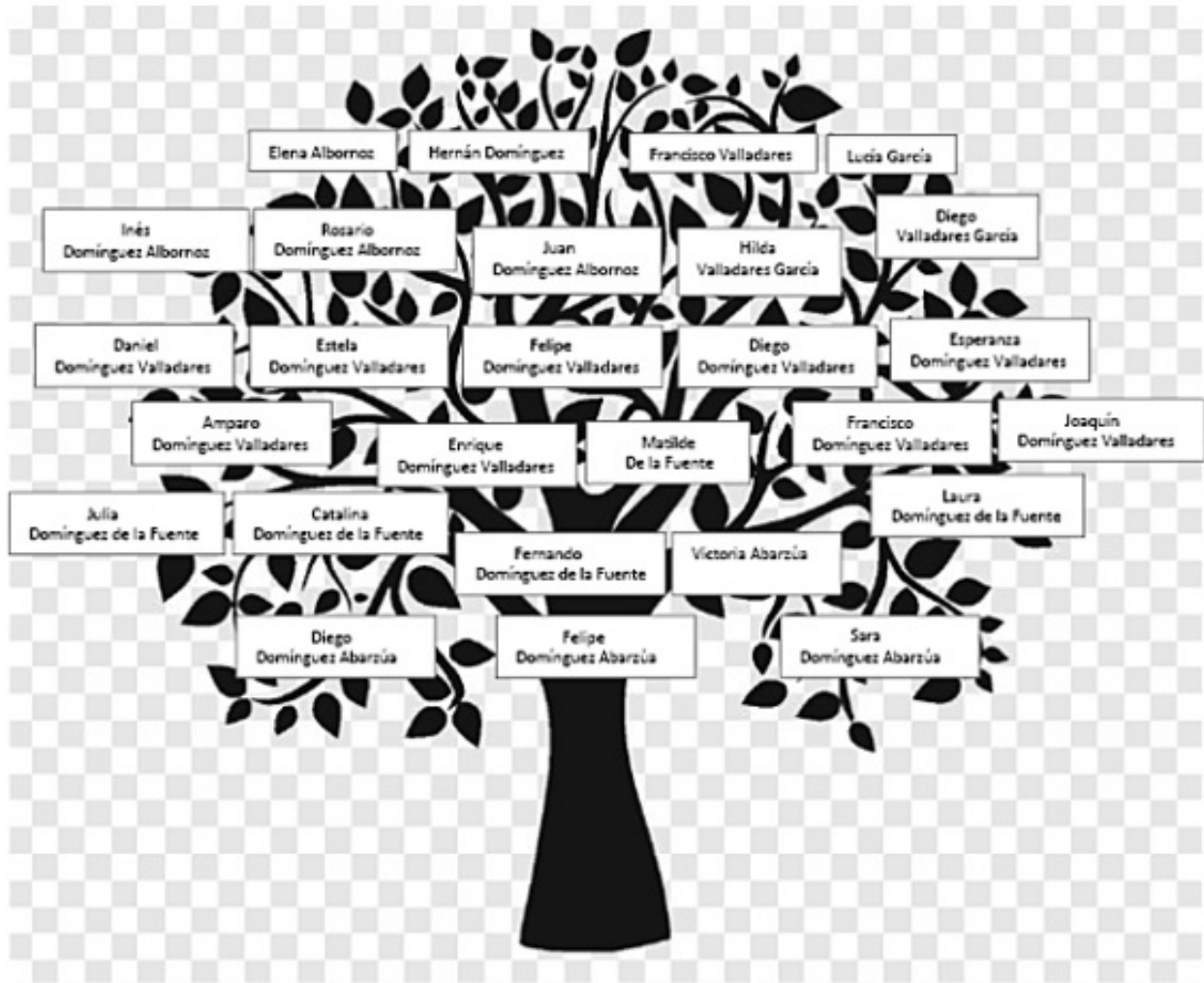
Tal vez querían ver mi reacción o mi desesperación por tener un marido; o quizá deseaban saber si soy de aquellas mujeres angustiadas por el reloj biológico. La verdad, creo que hicieron la pregunta incorrecta; si hubiesen hecho una pregunta abierta, algo así como «¿Usted alguna vez se ha enamorado?», habrían podido analizar un poco más mi perfil, pero como a estas alturas de la vida ya no es mi intención complacer a nadie, contesté con toda sinceridad, lo que mi mente me dictaba:

—Sabes perfectamente que no estoy casada, y si desean conocer si he estado enamorada, por fortuna sí lo he estado, y me ha ocurrido una sola vez en toda la vida. Me enamoré del hombre que me abrió los ojos, de aquel que me hizo notar cuán bella era. Me enamoré del hombre que me devolvió la seguridad, del que me hizo entender que la vida es una sola y que es muy corta para vivirla en un trabajo que no te gusta. Por él renuncié a levantarme temprano y acudir a aquella oficina en Puerto Varas, por él estoy acá con ustedes, porque sé que soy una increíble arquitecta y que mi lugar está en una gran empresa, donde no se limite mi capacidad creativa. Me enamoré del actor que devolvió la sonrisa a mi rostro, y si desean saber si voy a casarme... la verdad, no lo sé. De lo único que estoy segura es de que si alguna vez ocurre algo así, solo será con él.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó una gitana en Toledo. Ella me dijo que él regresaría a por mí.

# Anexo



Árbol genealógico de la familia Domínguez



# Agradecimientos

Al finalizar una novela, los agradecimientos son muchos, porque el camino recorrido ha sido arduo. Los nombres se acumulan en mi mente.

A Álvaro, quien siempre ha creído en mí, inclusive cuando esto era solo un par de líneas sin título. A Hugo, mi padre, que nunca falla, que siempre me acompaña en los proyectos de la vida. A Eliana, mi madre, que me enseñó a leer, me llevó al teatro y siempre está a mi lado. A mi tía Cala, que me leía cuentos hasta que me quedaba dormida. A la Chanita, que inventaba historias para mí. A mis abuelas, Irene y Antonia, que colmaron mi mente de relatos y leyendas. A mis hijas, Julieta y Javiera, que son mi razón de ser y quienes han despertado en mí un amor incondicional que jamás creí imaginar. A mis niños, Arturo y Antonia, que han completado la dicha de mi vida. A mi hermano Marcelo y a mi cuñada María Paz, que, junto con Martín y Macarena, han apoyado este anhelo como si fuese propio. A la tía Mary, que ha velado mis desvelos y cuidado de nosotros. A Denisse, quien me ha enseñado que una amiga puede convertirse en tu hermana y robarte el corazón para siempre.

No puedo dejar de agradecer a cada autor que leí antes de escribir esta novela; sus pensamientos influyentes fueron vida en muchas de mis líneas.

Mis gracias infinitas a Mercedes Laguzzi y Jhoanna Bolívar, mis lectoras cero, que con su experiencia y apoyo fueron una guía y una mano amiga. A Raquel, mi editora, por tantas horas dedicadas a las correcciones, por todos sus consejos y sugerencias.

A mis abuelos, Carlos y Enrique, que desde el cielo velan por cumplir los sueños.

# Índice

[Prólogo 9](#)

## [PRIMERA PARTE](#) [CAMBIO DE RUTA](#)

[Capítulo 1 21](#)

[Capítulo 2 25](#)

[Capítulo 3 37](#)

[Capítulo 4 41](#)

[Capítulo 5 45](#)

[Capítulo 6 49](#)

[Capítulo 7 51](#)

[Capítulo 8 53](#)

[Capítulo 9 57](#)

[Capítulo 10 61](#)

[Capítulo 11 65](#)

[Capítulo 12 67](#)

[Capítulo 13 73](#)

[Capítulo 14 75](#)

[Capítulo 15 81](#)

[Capítulo 16 93](#)

[Capítulo 17 97](#)

[Capítulo 18 105](#)

[Capítulo 19 111](#)

[Capítulo 20 117](#)

[Capítulo 21 121](#)

[Capítulo 22 127](#)

[Capítulo 23 131](#)

[Capítulo 24 135](#)

[Capítulo 25 141](#)

[Capítulo 26 149](#)

[Capítulo 27 153](#)

[Capítulo 28 159](#)

[Capítulo 29 163](#)

## **SEGUNDA PARTE**

### **ENSAYO, AMOR Y DESHONRA**

[Capítulo 30 171](#)

[Capítulo 31 177](#)

[Capítulo 32 183](#)

[Capítulo 33 187](#)

[Capítulo 34 193](#)

[Capítulo 35 197](#)

[Capítulo 36 205](#)

[Capítulo 37 207](#)

[Capítulo 38 211](#)

[Capítulo 39 217](#)

[Capítulo 40 223](#)

[Capítulo 41 227](#)

[Capítulo 42 231](#)

[Capítulo 43 235](#)

[Capítulo 44 239](#)

[Capítulo 45 245](#)

[Capítulo 46 249](#)

[Epílogo 253](#)

[Anexo 257](#)

[Agradecimientos 259](#)